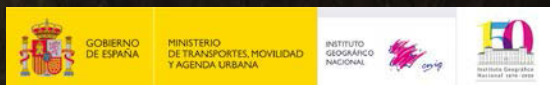


# Concurso de narrativa breve IGN 2020

José Miguel Bel  
Hugo de Cózar  
Adolfo Pérez  
Pedro Borregón  
Carmen Galván  
David Santiso  
Juan José Quintanar  
Víctor Olaya





Concurso  
de narrativa  
breve IGN  
2020

## Edición digital

Concurso de narrativa breve IGN 2020

## Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

**Editado en junio de 2020**

### Edita

© Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2020

### Autores:

José Miguel Bel, Hugo de Cózar, Adolfo Pérez, Pedro Borregón,  
Carmen Galván, David Santiso, Juan José Quintanar y Víctor Olaya

© Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2020

### Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)  
(Subdirección General de Geodesia y Cartografía)

### Fotografía de portada:

Justin Lane (unsplash)

**NIPO:** 798-20-055-X

**DOI:** 10.7419/162.17.2020

Los derechos de la edición digital son del editor. La difusión electrónica masiva debe hacerse a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial



**CNIG:** Calle General Ibañez de Ibero, 3

28003 - Madrid (España)

cnig.es

consulta@cnig.es

# Índice

<b>Prólogo</b>	
Antonio F. Rodríguez .....	5
<b>La llamada de África</b>	
José Miguel Bel .....	9
<b>El cartógrafo imperial</b>	
Hugo de Cózar .....	33
<b>Vida y dulzura</b>	
Adolfo Pérez .....	47
<b>Verónica lo sabe</b>	
Pedro Borregón .....	73
<b>En nombre de las estrellas</b>	
Carmen Galván .....	89
<b>Memoria geográfica</b>	
David Santiso .....	103
<b>La medida</b>	
Juan José Quintanar .....	119
<b>Apuntes sobre el rigor cartográfico</b>	
Víctor Olaya .....	131



# Prólogo

Antonio F. Rodríguez

En esta tercera edición del Concurso de Narrativa Breve del IGN, correspondiente al año 2020, se han recibido un total de 23 relatos, tres más que el año pasado y seis más que el anterior, parece que avanzamos de tres en tres, acompañados de un título, un seudónimo y un teléfono de contacto, que se han distribuido entre los miembros del jurado identificados únicamente por el título y el seudónimo elegido por el autor, para su valoración anónima.

De los originales recibidos, atendiendo a los prefijos de los números de teléfono de contacto proporcionados, parece que tres relatos han sido enviados desde Argentina, uno desde Venezuela y otro desde México, con lo que se mantiene la participación latinoamericana, que se está convirtiendo ya en acostumbrada, para nuestra satisfacción.

En esta ocasión, el jurado ha estado compuesto por siete consumados lectores y aficionados a la literatura del Instituto Geográfico Nacional (IGN), el Centro Nacional de Información Geográfica CNIG), otros organismos productores de cartografía oficial y las universidades:

- Francisco García Cepeda, Topógrafo jubilado de la DG del Catastro.
- Cristina Gómez Jiménez, Técnica especialista y funcionaria en activo del CNIG.
- María Olan Múgica, Cartotecaria de la Universidad Autónoma de Madrid.

- Ana Domingo Preciado, Profesora de la ETSI en Topografía, Geodesia y Cartografía de la Universidad Politécnica de Madrid.
- Endika Urarán Motos. Ingeniero Geógrafo y Director del Área de Fomento en Álava.
- Ana Velasco Tirado, Ingeniera Geógrafa del CNIG.
- Antonio F. Rodríguez Pascual, Subdirector adjunto y Presidente del Comité Editorial del CNIG.

El Jurado considera que el «Concurso de Narrativa Breve IGN 2020» ha sido un éxito, como en años anteriores, por el número de relatos recibidos y por su calidad media, que parece haberse incrementado respecto del año pasado. El Jurado ha decidido seleccionar ocho originales para su publicación, lo cual supone algo más de un tercio de los originales, una proporción muy satisfactoria.

Un año más, nos parece reconfortante comprobar que hay un buen número de autores aficionados con la pericia suficiente para hilvanar buenas historias y redactarlas correctamente.

Curiosamente, en esta edición del concurso ha aparecido en varios relatos el cuadrilátero de Orión, una de las constelaciones más inspiradoras y conocidas, ha habido unos cuantos textos dedicados al papel de la mujer en la sociedad de siglos pasados, tema de candente actualidad y casi mayoría de originales sobre el tema del más apasionado amor en todas sus variantes: amor al amigo, amor callado y sacrificado, amor maduro, amor joven y jubiloso... ha sido una edición muy emocionante.

Como resultado de las valoraciones realizadas, en las que ha habido una notable convergencia y casi unanimidad, el fallo del Jurado es el siguiente:

*El relato ganador del Primer Premio del «III Concurso de Narrativa Breve IGN 2020» es el titulado «La llamada de África» de José Miguel Bel, por representar intensamente el espíritu de aventura de los topógrafos de campo, su arrojo y dedicación, en un texto con sabor a clásico que deja también espacio a la vida sentimental de los protagonistas y refleja la llamada siempre profunda de África y lo salvaje.*



*El ganador del accésit del «III Concurso de Narrativa Breve IGN 2020» es: «El cartógrafo imperial» de Hugo de Cózar, por recordar con elegancia y buen estilo los logros de un antiguo cartógrafo poco recordado, Andrés de Urdaneta, monje agustino, descubridor de Hawái y Australia, que estableció la ruta de Urdaneta o tornaviaje, desde Filipinas a España atravesando el océano Pacífico.*

La editorial CNIG cumple su compromiso de publicar en formato digital y gratuito los dos relatos ganadores y una selección formada por los otros seis mejor valorados, poniendo a disposición de los usuarios este volumen digital, que esperamos sea del agrado de los lectores.

Solo nos queda agradecer al jurado su responsabilidad y dedicación, a los participantes su interés, felicitar a los dos ganadores y animaros a todos a participar en el concurso del año que viene.

Madrid, mayo de 2020  
Antonio F. Rodríguez  
Presidente del jurado



# La llamada de África

José Miguel Bel

Relato ganador del Primer Premio del  
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2020»



# La llamada de África

(relato de ficción inspirado en hechos reales)

José Miguel Bel

*In memoriam:*  
*Ángel, Fernando, Guillermo y Diego*

La década de los setenta tocaba a su fin y yo, un topógrafo joven del Instituto Geográfico Nacional con bastantes campañas a mis espaldas, me encontraba perdido en una de esas encrucijadas que, de cuando en cuando, nos pone la vida en el camino. Me había casado demasiado joven y las largas ausencias, la lejanía, no haber tenido hijos y, sobre todo, cosas que pasaron que, en lugar de asumirlas y hacerles frente, me negué a aceptar empeñándome inútilmente en borrarlas, fueron los motivos de la separación, recién aprobada en España.

Me estaba costando mucho superar la ruptura de unos lazos que, entre noviazgo y matrimonio, habían supuesto quince años felices de mi existencia, si es que la felicidad existe. Eso en lo sentimental, pero en lo económico mi situación no era mejor. Acepté de buen grado las peticiones que ella propuso: pasarle una pensión de un tercio de mi sueldo y, ya que no estaba interesada en el piso, quedármelo yo haciéndome cargo de las letras y la hipoteca, que en esa época estaba al interés, rayano en la usura, del 19 %.

Como caído del cielo, una mañana encontré un oficio sobre mi mesa de la delegación del IGN de la ciudad levantina en la que había recalado años antes, tras aprobar la oposición al *Cuerpo Nacional de Topógrafos Ayudantes de Geografía y Catastro* —larguísimo nombre que, poco después, pasó a denominarse de Ingenieros Técnicos en Topografía—. En aquel escrito y en virtud de las misiones de paz en materias militares, de orden público, educación, sanidad, cartografía y otros campos, auspiciadas en 1979 por Naciones Unidas

y la Unión Europea, se solicitaba personal de campo para trabajar en la antigua posesión española de Guinea Ecuatorial.

En aquella especie de banderín de enganche triunfalista, se ensalzaban los supuestos valores que los españoles habíamos dejado durante el periodo colonial (1869 a 1968) y el grato recuerdo que los nativos guardaban de nosotros. La retribución era atractiva: compromiso mínimo de un año cobrando el sueldo, más dietas y complementos acordes con los riesgos que nos esperaban y dos meses de vacaciones anuales. Allí nos facilitarían vivienda y sólo debíamos hacernos cargo de la comida y los gastos personales. Resumiendo: en dos años me vería libre de una pesada carga económica que me estaba asfixiando y que en España tardaría, como poco, diez en liquidar. Una oportuna tabla de salvación —pensé interesado.

Yo me consideraba topógrafo de campo vocacional, pero carecía de espíritu aventurero, o eso creía entonces y en un principio me acobardé imaginando la selva de los grandes felinos, elefantes, serpientes, cocodrilos, gorilas capaces de arrancarte la cabeza de un manotazo y búfalos cafre de 600 kilos que podrían abrir en canal a un «miura», si es que tal combate fratricida fuese posible. Amén de enfermedades endémicas, como la del sueño, malaria, fiebre amarilla y otras tan peligrosas o más que estas. Tras llegar a la conclusión, haciendo mío el lema del matador «el Espartero»: *más «cornás» da el hambre* —la hipoteca, en mi caso—, coloqué un folio en la Olivetti y, resumido, escribí despacio y a dos dedos, pero también, con decisión y firmeza:

*Ilmo. Sr. Subdirector General:*

*En respuesta a su oficio le comunico que, creyendo reunir las condiciones requeridas por V.I., es mi deseo formar parte de la citada expedición a Guinea Ecuatorial...*

*Gracia que espera alcanzar de su recto proceder...etc.*

Una semana más tarde, recibí otro oficio de la subdirección en el que se me aceptaba para formar parte del grupo de aguerridos topógrafos. Si tengo alguna cualidad es que una vez tomada una decisión, nunca me echo atrás. Por eso, a pesar del ligero temblor que me dificultaba leer aquel escrito, me alegró la noticia y la esperanza fue sustituyendo al miedo y así, convertido

en mercenario más que aventurero —para qué engañarnos—, me trasladé a Madrid con el fin de ir preparando el instrumental y demás medios para hacer el trabajo. Este consistía en la ejecución de un mapa que mejorase, además de actualizar, los que a lo largo de los años habían hecho el Instituto Geográfico Nacional y el Servicio Geográfico del Ejército en años anteriores. La precisión no era la principal exigencia. Debido a las escasas y difíciles comunicaciones y la espesa vegetación que cubría la mayor parte del territorio, tanto insular como continental, era difícil por no decir imposible, establecer una red geodésica convencional por observaciones angulares o trilateración. Por suerte disponíamos de modernos receptores JMR-1 que, basados en el efecto Doppler, eran capaces de, en cientos de registros de pasos de satélites de la constelación TRANSIT (antecesor del GPS) por el meridiano del lugar, obtener por el método de traslación unas coordenadas con una precisión de 1 metro. Era más que suficiente para, con poligonales y radiaciones, cubrir el país de puntos con coordenadas aceptables desde los que levantar caminos, poblados, casas, misiones... etc. Para ello se iba a hacer con la única metodología posible: itinerarios por veredas abiertas a base de sudor y machetazos, cuyos tramos se medirían con rueda métrica y brújula. Las altitudes de vértices y puntos fundamentales se obtendrían con barómetro de precisión. No iba a ser un trabajo fino, pero sí plagado de penalidades y peligros, que debíamos arrostrar el grupo de ingenieros geógrafos e ingenieros técnicos en topografía que aguardábamos con ilusión y temor a partes iguales, el día de vernos en aquel remoto rincón de África. El ingeniero jefe de la Delegación del IGN en Canarias, hombre de mucha valía además de gran conocedor de África en general y Guinea Ecuatorial en particular, había sido designado con acierto, director de la misión y ya nos aguardaba impaciente en Bioko.

## LA LLEGADA

A comienzos de los 80, dos años después de la firma del acuerdo de cooperación de España con el gobierno de Guinea Ecuatorial, partimos al fin de Barajas en un Douglas DC-10 de Iberia, un ingeniero y cuatro topógrafos con receptores JMR para empezar por establecer la Red Geodésica, en un viaje a través del cielo y también del tiempo, pues conforme transcurrían las cinco horas del vuelo, lo que veíamos abajo iba transformándose, pasando del mundo «civilizado», lleno de carreteras y poblaciones de nuestra península y la franja

costera de Argelia y Marruecos, en el amarillento y yermo desierto del Sáhara. Tres mil kilómetros de arena sin vida aparente visto a diez mil metros de altitud, cuyas dunas, acariciadas por el resplandor del sol y las sombras proyectadas por sus ondulaciones, componían el cuadro abstracto más grande y hermoso que se pueda imaginar. La vista se me iba sin querer siguiendo hipnotizado el puntero de la diminuta sombra del avión, que jugueteaba culebreando entre ellas. A partir de allí, al sobrevolar Níger, el paisaje, aunque tan despoblado como el propio desierto, empezaba a verdear para, en Nigeria, tornarse de un verde oscuro que se espesaba hasta alcanzar su máximo esplendor al bordear la costa de Camerún, bañada por el Océano Atlántico.

Ya con el avión descendiendo en busca de la pista de aterrizaje, se dejaba ver al E el litoral, cubierto por un frondoso manto de grandes árboles de un verde de infinitas tonalidades en el que, al S, se divisaba entre brumas la Isla de Bioko y su capital, Malabo, empequeñecida por la mole de más de tres mil metros de altitud del Pico Basilé —anagrama de Isabel, su antiguo nombre colonial—, en la cúspide del más alto de los tres volcanes que vertebran la isla, donde nos aguardaba la misteriosa África en estado puro.

En contraste con tanta grandiosidad, el diminuto aeropuerto consistente en una pista que se me antojó demasiado corta, próxima a una destartalada nave, más propia de una granja que de un aeropuerto, punto y final del retorno al pasado, en el que sólo desentonaba la silueta del gran DC-10. Tan justo era el espacio para maniobrar la aeronave, que las alas pasaban por encima del tejado de chapa de la «terminal», casi rozándolo y llevándose prendidas en las puntas algunas hojas de los árboles más cercanos. En sólo cinco horas, había viajado a otro mundo distante varios siglos en el tiempo.

Una vez en Bioko, nos distribuimos en dos equipos. Uno, formado por el ingeniero y el topógrafo más veterano, que se ocuparía de las operaciones en la isla, y otro por los tres topógrafos encargados de los trabajos en la zona continental, la más extensa. Aún permanecimos todos en la capital unos días tramitando las farragosas gestiones oficiales y practicando con los JMR, para que nada fallase cuando nos separáramos.

Bastó ese breve espacio de tiempo para que el mercenario que había salido de Madrid, se transformase en el aventurero ávido de explorar aquel país





ignoto. Y es que África, la selva —que allí todos llaman «bosque»— y sus gentes, me enamoraron al instante, confirmando en lo más profundo de mí, que la manida «llamada de África» era una realidad.

Un amanecer brumoso partimos los tres al continente en un Aviocar C-212 español rumbo a Bata, en cuyo aeropuerto, solo apto para ligeros aviones de hélice, nos aguardaban tres flamantes Land Rover del IGN en los que nos trasladamos a la casa que iba a ser durante largo tiempo nuestro hogar y cuartel general. Los alojamientos destinados a los diversos grupos de cooperantes consistían en unos barracones de aluminio y poliéster llamados «caracolas», aunque al nuestro, debido a la cantidad de material que llevábamos, nuestro director le consiguió un bonito edificio colonial con un antiguo almacén de cacao anexo cerca de la playa, algo descuidado pero que era lo más parecido a las construcciones africanas que uno esperaría encontrar allí. Esto contribuyó a elevar nuestro ánimo, sembrado todavía de dudas.

El trabajo, elemental en lo topográfico, pronto se convirtió en rutinario, no así los continuos descubrimientos de la grandiosidad de aquel país y la



convivencia con aquellas gentes sencillas y amables, tan diferentes a las que estamos acostumbrados a tratar en nuestras ciudades. Allí no existían periódicos, radios o televisiones que informaran de forma más o menos partidista a la población, pero todo ello lo sustituían las «Casas de la Palabra», estancias comunales existentes en todos los poblados, por pequeños que fueran. Auténticos parlamentos democráticos en los que se debatían con total libertad y sencillez por los habitantes, sin distinción, cualquier noticia, propuesta o discusión por irrelevante que pudiera parecer, que quisiesen comentar, como por ejemplo nuestras visitas a sus comunidades.

No se sabía cómo, pero a nuestra llegada a los poblados, ya nos estaban aguardando ávidos de conocernos y escucharnos en la Casa de la Palabra correspondiente, a la que acudían en pleno. Si alguna vez habíamos temido ser vistos como unos nuevos «colonizadores», en su acepción más negativa, estos temores desaparecían al vernos tan bien tratados. Siempre estaban dispuestos a acompañarnos como guías y porteadores, facilitarnos alojamiento y comida y, en ocasiones, hasta la compañía de una «mininga» (joven guapa) que hiciese agradable la estancia, algo que había que rehusar con mucho tacto para que

no lo tomaran como un desprecio. También había palabras y conceptos que diferían mucho de los nuestros. En las despedidas del poblado, tristes para ellos, era normal que te «invitaran» a unas cervezas. La invitación consistía en que todos bebieran contigo animadamente pero luego pagases tú la cuenta, algo lógico y justo si se considera que con nuestra dieta de un solo día, una familia numerosa podía vivir holgadamente un mes.

En una ocasión, me desapareció por la noche una rueda del Land Rover. Ante mi desolación, apareció por la mañana y por sorpresa una rueda idéntica que «alguien», había encontrado casualmente «por ahí» y que me vendió barata. Malicias que uno aceptaba de buen grado con una sonrisa ante su ingenuidad casi infantil. Como prueba de su llaneza les transcribo la breve conversación que sostuve con un anciano, tan lógica como espontánea.

—Oye, ¿por qué los españoles os marchasteis de aquí?, —me preguntó un día un viejo nativo superviviente de la época colonial, que añoraba aquellos tiempos en que se vivía bien y tenían «hospital y televisión».

—Porque queríais la libertad y no depender de un país extranjero, ¿comprendes?, y eso era bueno para vosotros —respondí.

—No, no lo comprendo. Pero bueno, dime —insistió—, entonces ahora que habéis vuelto se acabará por fin eso de la libertad, ¿no? Terminó por decir iluminándosele la cara con una sonrisa que desvelaba unos restos dentales de no más de cuatro piezas dispersas y renegridas. Como es natural, no todos, en especial los jóvenes, compartían la misma opinión.

## EL HALLAZGO

El tiempo iba pasando con lentitud, como pasan allí las cosas. El Ecuador, que todo lo rige en Guinea, iguala los días a las noches y el frío, relativo, al calor. Solo variábamos la comida, que desde hacía tiempo nos enviaba con regularidad El Corte Inglés que, al parecer, llega a todas partes, eso sí, no a los precios de España y que, una vez vencidos los remilgos iniciales, alternábamos con alimentos autóctonos como serpiente, pangolín, rata de bosque, cocodrilo, mono o puercoespín y, por fortuna, también pescado fresco de todas clases



y sabrosa vaca. Sólo cambiábamos los topógrafos —entre los que existía una gran camaradería— quienes, excepto los pocos fieles que llevábamos desde el comienzo, iban yendo y viniendo en función del interés económico, la curiosidad o las ganas de aventura de cada uno.

Estábamos en febrero de 1983, próximos al equinoccio de primavera, la época de lluvias más intensas del año, en la que bien poco se podía hacer que no fuera permanecer encerrados en casa haciendo los tediosos trabajos de gabinete. Quedaban por rematar algunas pequeñas tareas de campo y decidí acometer la que, sin saber por qué, pues era la más dura de todas, me hacía sentir una fuerte atracción: subir al Monte Mitra, punto más elevado de la Guinea continental y además deseaba hacerlo sólo. Cuando en su día se había hecho la observación del vértice, hubo discrepancias en algunas medidas y había que repetirlas. Me ofrecí voluntario para ir, ante el regocijo del resto de compañeros, pues los 1200 metros de altitud y lo alejado y frondoso del lugar no pintaban un panorama demasiado halagüeño para nadie.





No llegó a dos horas el tiempo que me llevó hacer las observaciones. Aún reposamos otra más recuperando fuerzas para el descenso. Ya iba la comitiva a empezar a bajar para llegar al poblado antes de que anocheciera, cuando me entretuve en echar una ojeada para no dejarme nada en un remoto lugar al que nunca más iba a volver. Bajo la hojarasca, a tres metros del bonito mojón de piedra negra que materializaba el vértice, un leve abultamiento del terreno me intrigó. Me aproximé y vi que, de él, asomaba el extremo de una pequeña correa de cuero oscuro resquebrajado por el tiempo. Tiré de ella con cuidado y, apartando piedras y tierra con ayuda del cuchillo, fui descubriendo lo que —casi daba ya por hecho— serían los restos de algún aventurero o cazador de la época colonial.

Pero no fue así. La correa iba cosida a una lona, tan ajada como aquella. Tiré con fuerza de ambas y, ante mí, apareció una mochila que en tiempos debió ser de color caqui. En su interior y cuidadosamente arrollada en varios hules protectores en mejor estado, había una botella lacrada guarnecida en cuero que, al limpiarla con la mano, vi que era de coñac Magno Osborne. El que la enterró había tenido la precaución de que dentro de un sobre amarillento se conservara un papel cuarteado en el que podía leerse el siguiente mensaje:

*A quien encuentre esta botella:*

*Después de realizar las observaciones topográficas que me fueron encomendadas, abandono este lugar para siempre en la seguridad de que es el más bello que nunca he visto. Quiero dejar algo querido, como recuerdo de lo feliz que un día fui aquí, y esta botella de excelente coñac, lo es, pues significa mucho para mí. El licor no se echa a perder con el tiempo, y espero que algún día lo encuentre una persona de bien. Quizá un colega. Si ha sido así, disfrútela y viva la felicidad que a mí, el cruel Destino me negó.*

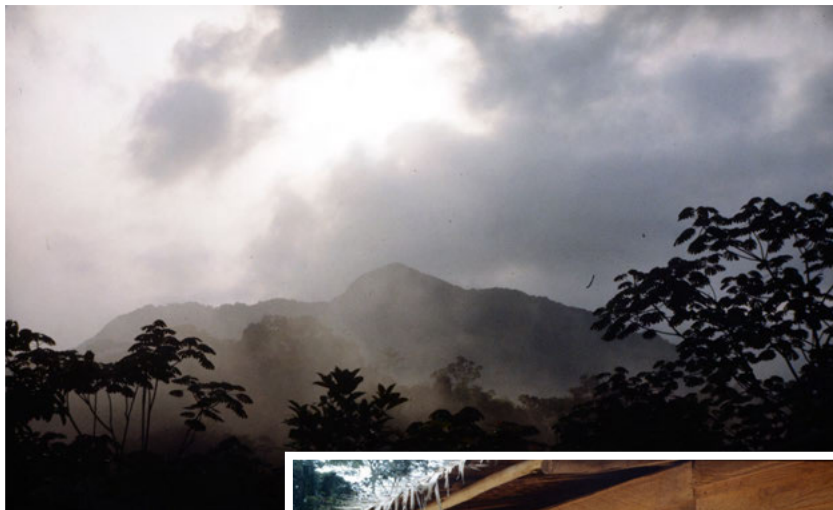
*Basilio López Mora – Figueroa, Teniente del Ejército Español.*

*Monte Mitra, 11 de abril de 1933*

Guardé todo con cuidado en mi mochila, al tiempo que los guías me hacían señas de que iniciásemos el descenso si no queríamos que se nos hiciera de noche. Me uní a ellos y, aún sorprendido, con una mezcla de emoción e intriga, emprendimos el regreso al poblado.

En el viaje de vuelta a casa, la idea que tuve en un principio de bebernos todos los compañeros esa singular botella se había ido desvaneciendo. Quería, o más bien necesitaba, saber por qué un hombre aparentemente en su sano juicio había tenido la ocurrencia de enterrar donde era casi imposible que alguien lo encontrara, un bello objeto con un enigmático mensaje adosado. En la mar, los naufragos los lanzan dentro de botellas con la esperanza de ser rescatados y en la guerra, se envían en palomas mensajeras para combatir al enemigo; aquello, sin embargo, no tenía lógica alguna.

Al llegar a casa, después de la cena, conté a los compañeros mi hallazgo, pero a pesar de que la opinión mayoritaria era la de bebérnosla esa misma noche, prevaleció la mía. Aquel teniente de aristocrático nombre había escondido su tesoro allí por algún motivo; puede que una premonición, o como penitencia..., ¿una broma, quizá? o... el Destino quería que yo la encontrara. Por la fecha, aunque anciano, podría seguir vivo y, si así fuese, sólo él y yo debíamos bebernos aquel coñac. Y además, hacerlo juntos.









Ya tumbado en la cama, miraba pensativo el cuello del esbelto frasco asomando erguido por la abertura de la mochila. «¿Por qué te escondías allí?

¡Vamos, dímelo! Cuéntame tu secreto». Dos cigarrillos más tarde, aún le seguía dando vueltas al asunto «...para que yo la encontrara...» ¡Vaya insensatez!... Con este pensamiento, el sueño me venció.

Los dos meses de vacaciones reglamentarios vine, como siempre había hecho, a España, donde había comprobado dos cosas. Una, que como era de esperar, mi penuria económica ya pertenecía al pasado; la otra, que mis años en África me pasaban factura en forma de una sombría soledad. Seguía sintiendo, con más fuerza si cabe, la llamada del África que me cautivó y mi amor por ella. Sin embargo ya no me ataba con la frescura de los tibios brazos de la joven amante y sí con los sarmentosos de la celosa exigente que no dejan salida posible. Habitado al alcohol que, como otros compañeros, consumía cada vez con más frecuencia; a la hierba, tan excelente como barata, y al fácil sexo rutinario, unido a la indolencia que producía aquel perenne calor pegajoso, habían hecho que me abandonase. Despreocupado, ya llevaba meses sin tomar Resochín, medicamento contra la malaria, y de acudir a la catedral de Malabo a deleitarme con los bellos cánticos del coro, que llenaban de paz mi espíritu. Me estaba embruteciendo y, sin darme cuenta, matando.

Por otro lado, como topógrafo, lo elemental del trabajo allí unido a mi larga ausencia, me habían postergado a la hora de ir pensando en solicitar alguna plaza que mereciera la pena. «Estar en Guinea» era como estar en el limbo. Llegué incluso a perder la mesa de mi despacho, que encontré en una de mis esporádicas visitas al IGN, ocupada por un topógrafo recién ingresado que hablaba inglés, sabía informática y además era muy simpático, por lo que se había hecho imprescindible en la Delegación Regional. Si dura fue en su día la partida, mucho más duro se me iba a hacer el regreso a España a recuperar mi trabajo y mi vida, algo que iba a necesitar pronto, puesto que ya empezaba a vislumbrarse el fin de nuestra misión en Guinea.

Unos días antes de regresar a África, me decidí a visitar en el Ministerio de Defensa al hermano de un cooperante amigo, al que ya había puesto en antecedentes. Pretendía localizar al teniente Basilio López Mora - Figueroa. El comandante Padilla, del departamento de personal me aguardaba con una

amplia sonrisa. Después de transmitirle los recuerdos de su hermano, pasamos al asunto. Temía que ya hubiera muerto, pero no fue así.

—No sé para qué lo buscas, pero has tenido suerte. Tu teniente vive. Se retiró hace bastantes años como general de brigada con una brillante hoja de servicios. He indagado su paradero y, al parecer, sufre un cáncer terminal.

Tras contarle mi historia y el deseo de verlo pese a todo, sonrió escéptico meneando la cabeza.

—Pues entonces ya puedes darte prisa, aunque no te lo aconsejo. El general es un hombre taciturno, huraño y amargado. No se puede decir que sea una persona afable sino todo lo contrario. Que se sepa, no tenía ningún amigo. Lo siento pero no puedo darte mejores noticias.

—Ya has hecho bastante. Gracias por la información pero, a pesar de todo, irá a conocerlo. Este tema se ha convertido para mí en una obsesión.

Tomé nota de su domicilio y nos despedimos con un apretón de manos.

Me había costado mucho llegar hasta aquella casa y ya no iba a dar marcha atrás. Mis recuerdos del servicio militar, sin ser malos, me producían sentimientos encontrados: por un lado la alegría y vitalidad propias de los veinte años pero por otro, estaban la disciplina y rigidez castrenses. Nunca había visto a un general. A lo sumo, y de lejos, al coronel del CIR con el que, por supuesto, ni había hablado. Eso, unido a mi innata timidez, me mantenía clavado en la acera de la calle Ayala, en pleno barrio de Salamanca frente al número 214, intentando buscar un motivo para no darme la vuelta y vender la dichosa botella por las trescientas mil pesetas, en que un anticuario había tasado la rara pieza que llevaba cuidadosamente envuelta en la bolsa.

Al fin, algo que no sabía explicar, me empujó a traspasar aquel portal y dirigirme al conserje uniformado quién, tras interrogarme, pareció satisfecho con que un sobrino del general fuese a visitarlo llevándole un valioso regalo. Por si acaso, antes tuve que mostrarle el contenido de la bolsa y el DNI, de cuyos datos tomó buena nota. Para mi sorpresa, el viejo ascensor de madera, subió con gran rapidez hasta el quinto piso, donde llamé al timbre de la única puerta. El crujido de la tarima, delator de unos pasos quedos y el circulito de

luz blanca de la mirilla, que se oscureció segundos después, me indicaron que estaba siendo observado, haciendo eterno el rato que transcurrió hasta que la puerta, con el freno de una cadena echada, dejaron un resquicio por el que sonó la voz desabrida de una mujer mayor preguntándome qué deseaba.

—Estoy buscando a don Basilio López - Mora Figueroa. Necesito verlo, es muy importante para él y para mí —dijo con la mayor naturalidad posible.

—Soy su hermana, él está muy enfermo y no puede recibir visitas. Tengo orden de no abrir a nadie. Haga el favor de irse —dijo con sequedad.

—Traigo para él algo que le interesa mucho. ¡Ábrame, por favor!, ¡¡debe hacerlo!! —le grité alterado, lo que produjo que la situación se enconara más.

Una voz de hombre, ronca y quejumbrosa se oyó en la lejanía.

—Échalo sea quien sea y llama a la policía. ¿Me has oído, Encarna?

La mano de una anciana salió del resquicio de la puerta, empujándome con sus escasas fuerzas tratando de cerrarla, Instintivamente, introduje el pie por la abertura impidiéndoselo y grité por ella con todas mis fuerzas.

—¡Guinea Ecuatorial, Monte Mitra. A quien encuentre esta botella... .. Teniente Basilio López - Mora Figueroa, 11 de abril de 1933...!

No hubo tiempo para más, retiré el pié, la puerta se cerró de golpe y yo me dirigí escaleras abajo, lamentando mi ingenuidad al pensar que un tipo loco ya en 1933, iba a recobrar la cordura cincuenta años más tarde. Ya iba por el primer piso cuando la voz chillona de la mujer resonó por el rellano.

—¡Aguarde, por favor, no se vaya y suba. Mi hermano quiere verlo!

Me detuve en seco por la llamada y además porque el corpulento y mal encarado conserje, al oír los gritos, ya estaba cerrándome el paso con cara de pocos amigos. Por suerte, aquel animal se calmó lo suficiente para que me dejara entrar al ascensor, que en ese momento, llegaba al bajo.

En la puerta, una mujer mayor aunque distinguida, me miraba con recelo invitándome a entrar. Tras recorrer un largo y oscuro pasillo, me hizo pasar al

salón del fondo. Allí, en penumbra y postrado en una cama, había un hombre que, con manos temblorosas, me indicó por señas que me aproximase.

No me entretuve en preámbulos y saqué la botella de la bolsa, que captó de inmediato su atención.

—La descubrí hace tres meses en el Mitra.

—Descorra las cortinas, por favor. Quiero verla bien. Hace muchos años que había perdido la esperanza de que alguien la encontrara.

Con la proximidad pude observarlo mejor. El hombre, muy anciano y extremadamente delgado y pálido, me miró con unos ojos mortecinos hundidos en sus cuencas. Me impresionó su estado.

—Acérqueme las gafas. Y también la carta, si la tiene —dijo autoritario.

El general se interrumpió esbozando un gesto de disculpa. Le tendí las gafas, que se puso con dificultad y examinó la botella. Después desplegó el mensaje, que leyó despacio con gran interés.

—Perdone, hasta agonizando me sale la vena militar. Le estoy muy agradecido aunque no lo parezca. Veo que no se la bebió tal y como ordené en el mensaje. ¿Por qué no lo hizo? ¡Vaya, otra vez! Disculpe de nuevo.

—Desde que la encontré me prometí bebérmela con usted. Y es lo que vamos a hacer. ¿Ve? Ahora soy yo el que ordena. También fui militar en la «mili», aunque sólo llegase a cabo —dije bromeando para rebajar la tensión.

El general esbozó —ahora sí— una sonrisa.

—Está bien «mi cabo», pero tenga en cuenta que esta botella debe valer hoy un dineral y ahora es suya. Podemos abrir una nueva y será lo mismo.

—Hasta sesenta mil duros pagaría hoy un coleccionista por ella. Me informé, pero sólo por curiosidad. Tenemos que bebernos esta. Usted y yo sabemos que así debe ser. Ha recorrido medio mundo para este momento.

El general asintió y pidió a su hermana, que no se había movido de la puerta, que trajera un sacacorchos y las dos mejores copas que encontrase.

La duda estaba en si el corcho y el brandy estarían en buenas condiciones. Para sorpresa de los dos, el aspecto de ambos era bueno y el sabor, mejor todavía: era lo más exquisito que había probado nunca. Haber estado enterrada a salvo de la luz del sol, a la humedad y temperatura constantes de Guinea y a una altitud idónea, había obrado el milagro. Sorbo a sorbo fuimos paladeando aquel licor de dioses y el viejo moribundo parecía renacer por momentos. Su hermana se tapaba la cara incrédula y emocionada.

—Abra aquel cajón del aparador —me pidió incorporándose.

No hizo falta que me levantara pues, sin mucho esfuerzo, se puso antes que yo en pie y fue andando hasta el mueble donde, del fondo de un cajón, extrajo tras mucho rebuscar dos álbumes que luego llevó hasta un diván, sin aparente esfuerzo, indicándome con un gesto que nos sentáramos en él. El general abrió la cubierta del primero y comenzó a pasar las páginas. Todas, estaban llenas de fotografías en blanco y negro con la pátina sepia que da el tiempo, en las que aparecía él apenas reconocible. Muchos de aquellos lugares, todos de Guinea, me resultaban familiares. En la mayor parte de ellas, estaba a su lado una bella joven delgada, de tez pálida y dulce sonrisa, ataviada con salacot, pañuelo blanco arrollado al cuello y botas altas, que lo miraba arrobada. El anciano, emocionado, no cesaba de hablar para sí contando los recuerdos y sentimientos que le producían aquellas viejas fotos, como si las estuviera viviendo. La botella estaba ya más que mediada y, a ojos vista, aquel hombre iba volviendo a la vida, en especial cuando aparecía ella, cuya imagen acariciaba con los dedos. Abrió el segundo álbum. En la primera página estaba la fotografía, más grande que las demás, de unos novios a la salida de una iglesia. Ella, radiante, era la misma joven del salacot agarrada al brazo del teniente que, con uniforme de gala, la miraba con recíproca ternura.

En las fotos de las dos páginas siguientes reconocí la cima del Mitra con ellos dos como protagonistas, posando junto al hoy anticuado teodolito Troughton y comiendo con los porteadores. Todos, sonrientes, parecían felices.

Después, nada. El resto del álbum ya sólo eran negras páginas vacías.

El resto del coñac se fue en una última copa, que se bebió con deleite. Con una amarga sonrisa, me pidió que lo acostase en la cama. Él ya no era capaz de hacerlo y sus ojos, minutos antes llenos de vida, se iban apagando, aunque, al tiempo, nacía en ellos una mirada de paz infinita.

—Cabo, le debo mucho y voy a corresponderle. En las puertas de la muerte se perciben cosas ocultas a los vivos y veo que en su interior hay algo que le atormenta. Jirones del pasado que lo están devorando poco a poco. Cuando ocluté la botella tuve la certeza de que la encontraría un alma gemela. Usted tuvo el extraño deseo de subir al Mitra y después el de compartir su hallazgo conmigo. Por eso ha llegado aquí en el momento justo. Cuando vuelva a Guinea, deje allí enterrados esos jirones y regrese a España. Aunque oirá otra vez la llamada de África, no la escuche. Yo lo hice y no hay un momento en que no me maldiga por ello. Ya sabe, cabo: es una orden. Ahora puede irse. Algún día, deseo que dentro de muchos años, nos encontraremos en el Mitra.

Estreché con afecto su mano flácida y salí en silencio del salón. Me encontraba triste y confuso. Su hermana me acompañó hasta la entrada.

—¿Qué pasó en el Mitra aquel día? —le pregunté antes de salir.

—Al iniciar el descenso, una mamba verde mordió en el tobillo a Elena, Sólo llevaban un mes casados. Aquel día no llevaba las botas que la hubiesen protegido, sino un calzado ligero. La llevaron al hospital pero ya había muerto.

—Y ¿por qué el misterio de la botella?

—Unos días antes, Elena le había regalado ese extraño frasco que, como una premonición, tenía forma de lágrima. Una vez muerta, mi hermano aún subió sólo varias veces al Mitra. La última la llevó consigo, pero nunca me dijo para qué y después jamás la volví a ver. Desde que la perdió ya no volvió a ser el mismo. A él le encantaba, pero a ella no le gustaba África. Era una flor demasiado delicada para una tierra tan dura. Estaba allí sólo por complacerle. Nunca se perdonó a sí mismo ¿Sabe que en estos cincuenta años jamás le he visto mirar o enseñar a alguien, ni siquiera a mí, esas fotografías? Sólo hoy ha vuelto a sonreír. Usted y esa botella le han hecho vivir de nuevo, aunque haya sido una hora. Que Dios le bendiga. Espere, se la daré, aunque vacía, es suya.





—No, Encarna, le pertenece sólo a él y a pesar de que no sea asunto mío, estoy seguro de que le gustaría que lo enterraran con ella.

—Así se hará, se lo prometo. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Mi nombre es lo de menos. Sólo soy un topógrafo que, cincuenta años más tarde, un día sintió la llamada del Mitra, en el corazón de África.



## EPÍLOGO (en un lugar de Levante 2020)

Tras cinco meses en Guinea en los que terminé mi trabajo de campo, regresé a España para no volver más. En ese intervalo de tiempo ascendí un día al Mitra. Allí, en la soledad de la cima, donde quedaron unidas para siempre sus Almas, recé una plegaria en recuerdo del Teniente y Elena. A mi definitiva vuelta a España me propuse cumplir la última orden del general Basilio López Mora - Figueroa: ser feliz. El rescoldo de amor por mi mujer renació. En realidad nunca se había apagado del todo. El sentimiento era mutuo y en mis años en África, también aprendí a comprender y ser comprendido; a perdonar y ser perdonado, a olvidar lo malo y recordar lo bueno. Desde entonces, reencontré mi vida y he sido feliz, o lo más parecido a serlo. El General dispuso de una hora para revivir la suya, perdida medio siglo atrás. Yo he tenido más tiempo para hacerlo, pero también lo logré y hoy, ya anciano, desde mi retiro le doy las gracias. Muchas veces me he preguntado qué pasó aquella tarde en la casa del General. Éramos muy distintos pero a la vez, estábamos unidos por un extraño y fuerte vínculo. Fue un intercambio mutuo que tuvo su explicación. Los dos bebimos de la misma fuente: un bello frasco con forma de lágrima que no solo contenía un exquisito licor, sino algo tanpreciado como la propia Vida.

La presencia del IGN en Guinea duró hasta 1986, año en que los Organismos Internacionales perdieron el interés inicial y el dinero y los medios dejaron de llegar. El mapa no llegó a publicarse. No obstante, aquel trabajo no fue baldío. Los datos, minutas, cuadernos y notas de campo con información de situación y acceso a los poblados, fueron en aquellos años de Guinea, muy solicitados y útiles al resto de cooperantes y otras personas y entidades, que necesitaban de datos actualizados para moverse por el territorio, que la cartografía antigua no podía darles. Verbalmente, o con notas y croquis hechos a mano alzada, las fotocopadoras de aquellos camaradas en la aventura africana, se encargaron de imprimir de forma artesanal en sus caracolas, unos mapas que, como sus predecesores y pese a que nunca colgarán en una pared ni estarán en una cartoteca, contribuyeron con eficacia al progreso del país.

*Fotografías:  
Guillermo Junquera  
y José Miguel González*

# El cartógrafo imperial

Hugo de Cózar

Relato ganador del Accésit del  
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2020»



# El cartógrafo imperial

Hugo de Cózar

## I EL CARTÓGRAFO IMPERIAL

Un aullido salvaje desgarró la noche. Andrés, arrancado de las fauces del sueño, se tambalea fuera de la cama buscando su espada. Fuera, la campana de alarma ha comenzado a tañer descontrolada, y su sonido se mezcla con los gritos y las detonaciones de los mosquetes.

La puerta se abre de una poderosa patada, y Andrés se precipita al exterior. La luz pálida de la luna muestra una escena dantesca: decenas de hombres salen de las barracas y corren hacia la empalizada, la mitad aún a medio vestir, aunque los más previsores han dormido con la armadura puesta, y esta reluce a la luz de las hogueras mientras se preparan para la defensa.

—¡Han conseguido abrir una brecha!— grita alguien. Los portugueses penetran en el fuerte como una marea incontenible, arrastrándolo todo a su paso. Sólo una figura se interpone ante ellos, dando ánimos a los camaradas que desfallecen, manteniendo la línea con su sola presencia. Alza su espada y grita, desafiando al enemigo. Su grito es respondido por una descarga de fusilería, y el penacho de su morrión se desploma contra el suelo, donde se hunde lentamente en el barro.

Y entonces Andrés despierta, y las sábanas empapadas de sudor le recuerdan que todo es una pesadilla. Se incorpora, aún con el corazón retumbando en su pecho, y aprieta la cruz que guarda siempre debajo de la almohada.

Porque no es una pesadilla, sino un recuerdo. Hace años que pensaba que lo había dejado todo atrás, pero una carta ha turbado su retiro en aquel monasterio mejicano que dura ya más de una década, y en el que pensaba haber alcanzado la paz.

Incapaz de conciliar el sueño incluso cuando el alba asoma por la ventana de su celda, Andrés sale de la cama definitivamente. Se oyen algunos murmullos en la penumbra, rezos de los demás hermanos que también se levantan y que, con un suave ruido de pasos, se dirigen hacia el comedor como él. Allí Andrés coge un cuenco con gachas y se sienta en un banco, y aunque quiere esquivar al enviado del virrey, le es imposible. Masculla su respuesta mientras hunde la cuchara en su desayuno, y los ojos del hombre se iluminan. No tendrá que llevarle malas noticias a su señor, piensa mientras abandona el convento envuelto en el eco que sus pesadas botas levantan contra el pavimento. Sacudiendo la cabeza, Andrés trata de disfrutar del último día de tranquilidad que le queda.

Los demás hermanos le miran en silencio, respetuosos, sabedores de la misión que le ha sido encomendada. A sus cincuenta y siete años ya es una leyenda viviente. No lejos de allí, sobre su mesilla de noche, yace la escueta carta que el mismísimo emperador le ha enviado.

*«Habéis prestado excelentes servicios a la Corona en vuestra vida, hermano Andrés, y ahora debemos pedir os un último favor. Es para nosotros de vital importancia que acompañéis a don Miguel López de Legazpi en la próxima expedición a las islas que hay al otro lado del Pacífico. Deberéis ayudarlo en sus conquistas de poniente y, una vez se haya establecido una presencia española permanente, hallar la ruta de vuelta a las Américas. Como sabéis, jamás nave alguna ha logrado regresar por el mismo camino de ida. Si hay alguien en el Imperio que puede lograr tal hazaña, sois vos. Yo, el rey».*

¿Cómo negarse a cumplir la voluntad imperial? Y sobre todo ¿cómo negarse a visitar las extrañas tierras en las que había vivido durante tanto tiempo, por última vez? Allí, aquel lugar en el que por espacio de doce años derramó tanta sangre propia.

## II TRAVESÍA

Andrés se apoya en la barandilla de madera y observa el océano que se abre ante él, llanura infinita de agua. Hace más de dos meses que han zarpado de Acapulco. Encerrados en aquel cascarón de madera, el escorbuto y el racionamiento ya han empezado a hacer estragos. En la cubierta sólo hay algunos marinos que, con movimientos lentos y desganados, manejan el complejo sistema de velas y cuerdas de la *San Pedro*, la nao capitana de la expedición. Detrás de ella, marchan otros cuatro barcos de menor tonelaje.

Entonces Andrés oye un tintineo metálico a su izquierda, y no necesita girar la cabeza para comprobar que Legazpi ha salido de su cabina y se ha acercado a él por la espalda.

—Por Dios, —piensa Andrés—. ¿Acaso este hombre no se quita la armadura nunca?

—¿Cuánto calculáis que falta para arribar a tierra, hermano Andrés? —pregunta Legazpi, frunciendo el ceño para proteger sus ojos del inclemente sol del trópico.

—Deberemos esperar a la noche para hacer las mediciones. Sin embargo avanzamos a buen ritmo, y no debe de quedar ya demasiado.

—Mucho me temo que mis hombres no viven de suposiciones.

Sólo entonces repara Andrés en que es la primera vez que el capitán, el Adelantado Miguel López de Legazpi, enviado personal del virrey y su majestad imperial, le pregunta por esa cuestión. Esa figura autoritaria, con la piel curtida como el cuero y una larga barba blanca, que aparenta ser puro nervio. Pareciera como si la preocupación hubiera empezado a asomar en aquellos ojos grises. Andrés se da la vuelta y mira a los marineros, y ellos le miran de vuelta. Y rápidamente lo entiende todo, y baja a cubierta para preparar sus instrumentos.

Apenas se ha ocultado el Sol, pero con eso es suficiente; las estrellas han comenzado a brillar y en aquel firmamento virgen resplandecen como nunca. Andrés saca el astrolabio de su túnica y lo apunta directamente hacia el cielo,

buscando aquella constelación a la que llaman la Cruz del Sur. A su alrededor, los marineros le rodean formando un semicírculo, y le miran como si estuviera haciendo algún ritual chamánico.

Sí, ahora puede verla tras la aguja del instrumento: cuatro estrellas en aquella posición tan característica, y que tan necesarias son para la navegación por aquellos lugares.

Gira el disco de la araña y anota los grados de desviación en el ángulo. Tras unos sencillos cálculos, sonríe. Bien, la latitud es la esperada. Ahora viene la parte difícil, el problema irresoluble que mantiene en vilo a todos los marineros y cosmógrafos desde los albores de la historia de la navegación, y hasta las estrellas parecen dejarlo solo en esta tarea. Son incapaces de prestarle su ayuda esta vez.

Hace un gesto a Legazpi, que entiende de inmediato y ordena a dos marineros que midan la velocidad de la nave. Ajustan la corredera sobre la barandilla, y uno de ellos tira la sonda de plomo por la borda, que es engullida por las aguas con un chapoteo siniestro. La cuerda comienza a correr ante la atenta mirada de Andrés, que sostiene un pequeño reloj de arena mientras cuenta los nudos.

—¿Sólo ocho? — piensa Andrés cuando el último grano de arena ha terminado de caer. Nota los ojos de toda la tripulación clavados en al espalda cuando desaparece por la empinada escalerilla de madera que baja desde la cubierta. Los pasillos son estrechos y están atestados de cuerdas y barriles, y los enfermos están tirados por los suelos, durmiendo o cavilando sobre su suerte. La única iluminación son unas linternas rústicas que rompen la penumbra a intervalos irregulares.

Por fin Andrés llega a su cabina, una habitación atestada de cartas náuticas e instrumentos de medición. Anota la velocidad y la latitud obtenidas aquella tarde en una pequeña libreta que lleva siempre a mano, y las coteja con la dirección que marca la brújula. Sus movimientos son pausados, pero su mente es rápida.

Sobre una mesita hay desplegado un trozo de cuero pardo, y Andrés se inclina sobre él. A diferencia de los mapas de Europa, llenos de pequeñas



anotaciones y detalles, y los de las Américas, con grandes espacios en blanco pero con zonas reconocibles, este está casi completamente vacío. Y sin embargo, sabe que este será uno de los más importantes que se hayan hecho en los últimos tiempos. Agarrando una pluma fina y una escala, Andrés traza una línea firme sobre el mapa, la última de una sucesión en la que lleva trabajando desde que salieran del puerto. Aquella es la posición estimada el buque, apenas un pequeño punto al final de un trazo rodeado de vastas regiones desconocidas, terra ignota. Afortunadamente, dispone de copias de las cartas trazadas por Magallanes y Elcano, y otros navegantes que han hecho aquella travesía antes que él. Las que él mismo elaboró mientras vivió en Molucas, después de acompañar la expedición de García, tanto tiempo atrás, también le son de utilidad.

Sus manos sexagenarias comienzan a esbozar la posición de las islas de los Ladrones, las de las Escias y los demás archipiélagos que componen aquella región extraña. Sí, el barco no debe hallarse lejos de ellas, pero no podría decirlo con seguridad. Medir la longitud, el meridiano exacto en el que se encuentran, es imposible. Guardar la cuenta de la distancia recorrida desde que zarparon de Acapulco es sólo extremadamente difícil, así que Andrés opta por esa opción. Con ayuda de las medidas de velocidad, tiempo y orientación que ha ido tomando con la brújula y la corredera, y con las referencias de los pocos exploradores que ha habido antes que él, intentará hacerlo lo mejor posible.

Cuando sale de nuevo a cubierta, encuentra la misma escena que abandonara unos minutos antes. La luz de la luna ilumina los rostros de los marinos, que parecen congelados en el tiempo, y sólo cuando el capitán se adelanta y le interpela parece romperse el hechizo.

—¿Cuándo llegaremos?

—Sólo falta una semana de viaje.

—¿Está seguro, hermano Andrés?

—Sí.

### III LLEGADA A FILIPINAS

Cuando el vigía grita tierra, Andrés se halla encerrado en su cabina consultando unos mapas antiguos. Con una agilidad increíble para su edad, sobrepasa a varios grumetes que están intentando llegar a la cubierta al mismo tiempo, dándose empujones los unos a los otros.

¡Tierra! En la distancia, pero perfectamente visible, se recorta la silueta de una isla. Los marineros bailan y entonan canciones de victoria, y el capitán ordena abrir el último barril de ron.

Pronto el barco ha cubierto la distancia que los separa, y la tripulación se divide en pequeños grupos que bajan en chalupas, intentando acercarse a la orilla. Legazpi y Andrés, el líder militar y el líder logístico de la expedición, observan el desarrollo de la operación desde el puente.

—Te han sobrado incluso un par de días.

—Hemos tenido suerte. Y si no queremos perder más hombres, deberíamos establecer un campamento y un perímetro de defensa. Estas islas no están deshabitadas.

Andrés habla con conocimiento de causa. Aquellas son las infames Islas de los Ladrones en las que hizo escala junto con la expedición de García Jofre de Loaísa, aquel desgraciado viaje que emprendió siendo apenas un crío en busca de gloria. Sí, aunque han pasado tres décadas de aquello, Andrés lo recuerda bien. La tripulación había sentido el mismo alivio que ahora, y muchos se habían incluso quitado la camiseta y lanzado al agua, nadando hacia la orilla. Por aquel entonces sólo quedaba ya una nave de las siete que habían zarpado de España. En el interior de la isla, algunos de los supervivientes descubrieron que sus penalidades aún no habían acabado. No todos los nativos de las islas eran pacíficos.

Legazpi le mira con respeto y da las órdenes oportunas. Sin embargo, un grito que surge de la selva evidencia que ya es demasiado tarde. Los marineros agarran las armas y se ponen a cubierto, en estado de alerta.

Al final sólo resulta ser un español siendo vilmente estafado por un nativo, pero Legazpi no se fía y manda que la escala dure lo menos posible.

Después de montar un campamento temporal y aprovisionarse como pueden, la expedición sigue hacia el oeste, hasta llegar a las Islas de Poniente. Aunque descubiertas cuarenta años antes por Magallanes, siguen siendo en su mayor parte un territorio virgen e inexplorado. Ahora, Miguel López de Legazpi es el encargado de tomar posesión de ellas de facto. Con ayuda de los conocimientos náuticos de Urdaneta, el Adelantado va de isla en isla, estableciendo bases desde las que expandir la influencia española. Algunos nativos intentan resistirse mientras que otros, intentando usar los regalos y la diplomacia, tratan de prolongar su final. Unos caciques adoptan el catolicismo de inmediato, recibiendo la nueva religión con los brazos abiertos, y otros la rechazan, levantando a sus pueblos en pie de guerra y atacando los fuertes españoles. Tomen la decisión que tomen, el resultado es el mismo. En apenas un año y unos pocos meses, la expedición ya tiene firmemente grandes partes del archipiélago bajo su control. Entonces el capitán funda una ciudad, Cebú, como centro administrativo de la región, la nueva Capitanía General de Filipinas. Y cuando la tarea de pacificación ha terminado, comienza la verdadera misión de Andrés de Urdaneta.

## IV LA CUESTIÓN

En cuarenta años de exploración española de aquellas tierras, muchos habían intentado ya realizar el tornaviaje, sin éxito. Esto era, regresar a las Américas por donde habían venido, cruzando el Pacífico de nuevo, algo que parecía mucho más sencillo de lo que era en realidad. Un explorador tras otro se estrellaban contra las calmas ecuatoriales, y tras meses en alta mar tenían que regresar a Filipinas o las Molucas con las tripulaciones diezmadas. Si querían volver a España o las Américas, debían emprender una interminable navegación que bordeara el subcontinente indio y la costa de África, para luego entrar en el Atlántico sur y subir hasta la península. Esta ruta atravesaba además territorio portugués, una potencia naval con la que el Imperio mantenía relaciones tensas, en el mejor de los casos.

No, si España quería asegurar su dominio de las Filipinas y lucrarse con el comercio de las especias, debían hallar una vía alternativa. Sólo Andrés de Urdaneta, el mejor cosmógrafo y navegante del Imperio, con amplia experiencia en aquellas tierras tan alejadas, tenía posibilidades de éxito.

La noche comienza a cernirse sobre el campamento. Los soldados y marinos españoles se preparan para la cena, un rancho hecho con las aves que hubieran conseguido traer al campamento aquella tarde. A pesar de lo avanzado de la tarde, la mayoría van con la camisa remangada, pues en aquellas latitudes incluso por la noche hacía un calor casi insoportable. Lo peor es la humedad, llena de mosquitos, que parece inundar las chozas de caña con una sensación incómoda y pegajosa. *Yo no firmé para esto*, pensaban algunos aventureros con melancolía cuando se daban cuenta de que su mayor enemigo por ahora no eran los nativos o los portugueses, sino la falta de agua potable y las enfermedades, y cuando en vez de cubos de oro recibían galletas saladas como paga.

Encerrado en su habitación, Andrés inspecciona sus mapas. Ha añadido al suyo todas las medidas realizadas en aquel año y medio de lucha y exploración, y las coteja minuciosamente con las cartas náuticas de exploradores anteriores.

Cada vez tiene menos luz y dentro de poco tendrá que dejar de trabajar, pero se resiste a abandonar su tarea. Lleva semanas rompiéndose la cabeza con aquel problema.

El primer intento de regreso lo había protagonizado la *Trinidad*, al mando del capitán Gonzalo Gómez de Espinosa. Era una nave de la expedición de Magallanes-Elcano, que había tratado de regresar a Panamá tras sufrir graves daños. Gómez había subido hasta casi cuarenta grados de latitud, cuando una fuerte tormenta lo hizo regresar a Tidore, donde fue capturado por los portugueses. Andrés conocía muy bien la segunda tentativa. Álvaro de Saavedra, después de llevarles refuerzos para la expedición de García Jofre de Loáisa, a través de un curso más meridional. De nuevo, tuvo que regresar al cabo de unos meses, con su tripulación moribunda por el escorbuto y la sed, después de pasar semanas en las calmas ecuatoriales.

La historia se repetía una y otra vez. Los intentos se iban espaciando en el tiempo, a medida que se corría el rumor de que el viaje de regreso era imposible. Cada vez se intentaba una ruta más al sur, y cada vez el Pacífico devolvía a los desgraciados aventureros a las islas de las especias.

¿Estaban condenados a circunnavegar el globo entero para volver? ¡No! Andrés se resiste a creerlo.

Las últimas luces del crepúsculo se extinguen y Andrés abandona la tarea, desanimado. Se resiste a encender una vela en aquella habitación con tantos objetos inflamables.

Entonces, mientras contempla el mapa por última vez antes de irse a dormir, tiene una idea que casi le hace perder el aliento. ¿Y si Gómez había acertado? A diferencia de los otros, él había tenido que volverse por una tormenta, no por vientos contrarios. De hecho, cuanto más al sur había sido el intento para volver, menos millas se habían recorrido de vuelta a las Américas.

Emocionado, Andrés enciende montones de velas y examina los mapas de nuevo, fijándose en las velocidades de los vientos y mareas que hay anotadas con letra pequeña en los márgenes. Ahora todo tiene sentido. Si la corriente que circula hacia Filipinas discurre a lo largo del ecuador, debía haber una corriente que volviera de Filipinas más al norte, cerrando un enorme bucle que abarcaría todo el Pacífico norte. Además, las observaciones hechas a lo largo de la costa este del archipiélago parecían sugerir la existencia de una corriente que fluía hacia el septentrión, cerrando el círculo, lo que reforzaría la hipótesis.

Y sin embargo sólo había una manera de confirmarlo.

## V TORNAVIAJE

Se despiden con un cálido abrazo. Detrás, la chalupa que había de ir al galeón le espera, atracada en el improvisado muelle de madera.

—Confío en tí, Andrés. —dice Legazpi poniéndole la mano en el hombro. —Si alguien puede encontrar esa ruta, eres tú.

—¿Y qué piensas hacer aquí, tú que te quedas?

—Aún queda mucho trabajo por delante para civilizar esta tierra dejada de la mano de Dios. Dicen que hay una ciudad más al norte, *May'nilad*, llena de fantásticos tesoros. Creo que iré a visitarla con mis muchachos.

Siguiendo las órdenes de Urdaneta, el capitán pone rumbo al norte. Bordean las Filipinas, y los esporádicos puestos avanzados españoles les saludan con salvas de cañones al pasar.

Pronto realizan la última escala, procurando llenar el barco hasta los topes, y dejan atrás tierra firme para siempre. Las velas se hinchan con el viento, y aunque los marineros luchan contra ellas como si de una cuadra de caballos enloquecidos se tratara, Urdaneta sonrío. Sabe que es buena señal.

Los vientos y las corrientes ecuatoriales los impulsan hacia el noreste, hacia las tierras del Japón. Se cuentan muchas leyendas sobre los temibles guerreros con espadas curvas que atraviesan hasta el acero, así que no se acercan demasiado a la costa. A partir de entonces, y durante tres meses, sólo verán el mar frente a ellos.

¡Siempre hacia el noreste! Urdaneta tiene fe en sus cálculos. Una vez han subido hasta los veintinueve grados de latitud, insisten en que sigan avanzando hasta los treinta y cuatro. El clima allí es mucho más templado, y los marineros ya no tienen que montar estufas improvisadas en la cubierta.

Ya han superado todos los intentos anteriores y la nave no hace más que avanzar, propulsada por alguna misteriosa corriente que circula bajo ella. Cada vez que se mide la velocidad, los nudos se deslizan rápidamente desde la corredera en una alocada carrera.

Algunos marineros enferman de escorbuto mientras que otros, de mala fe, murmuran a espaldas de los oficiales. Para ellos, que jamás han visto un mapa y poco saben de lo que es la posición del buque en el espacio, el mundo es sólo lo que tienen delante de ellos, y lleva siendo agua demasiado tiempo. Los días se suceden uno tras otro, el siguiente más insoportable que el anterior, el agua y las provisiones cada vez más escasas.

No es así para Urdaneta, que registra cuidadosamente cada paso que dan en su mapa y su libreta. Para él, el buque no es más que un punto que se mueve, a veces erráticamente, sobre la superficie del mundo, con una geometría y unos límites determinadas.

Por eso cuando por fin ven tierra de nuevo, más de cuatro meses después de partir, él sólo sonríe hacia sus adentros mientras los marineros, locos de júbilo, brincan por toda la cubierta. Es la costa oeste de las Américas, a treinta y cuatro grados de latitud. Ahora sólo tendrán que bajar hasta Acapulco, y aunque la costa es virgen e inexplorada, no tienen demasiados problemas para abastecerse de agua potable y víveres.

Por fin, veinte días después, llegan al que de ahora en adelante será uno de los puestos comerciales más importantes de Nueva España. El buque de Urdaneta ha sido el primero en hacer el trayecto de vuelta completo, y de ahora en adelante se establecerá una de las rutas comerciales más longevas y lucrativas de la historia, el llamado Galeón de Manila. Dos veces al año, un buque partirá de Acapulco llevando su carga de plata y productos manufacturados, que en Filipinas trocará por todo tipo de mercancías procedentes de las Islas de las Especias, e incluso China, evitando por completo la zona de control portuguesa. Elaboradas telas como la seda, carísimas especias como el clavo, la pimienta y la canela, o la fina porcelana o el blanco marfil: todas aquellas mercancías serán apretadas en la bodega de aquel gran galeón, y desafiando al mal tiempo y los piratas serán llevadas, en último término y gracias a la flota de Indias, al bullicioso puerto de Sevilla.

Pero estamos adelantando acontecimientos. Por ahora Urdaneta, después de los festejos en Acapulco y la exposición ante la audiencia de Méjico, debe continuar su viaje. Atraviesa Nueva España por tierra hasta llegar a Veracruz, donde toma un barco que, tras otro mes de viaje, lo lleva hasta Sanlúcar de Barrameda. De allí continúa por tierra de nuevo, infatigable, hasta la villa de Valladolid, su último destino.

## VI LA AUDIENCIA

Dos imponentes guardias armados con alabardas lo escoltan hasta una habitación, y se van cerrando las pesadas puertas tras ellos. Cuando los ojos de

Urdaneta se acostumbran a la penumbra, logran distinguir una figura inclinada sobre una enorme mesa de ébano.

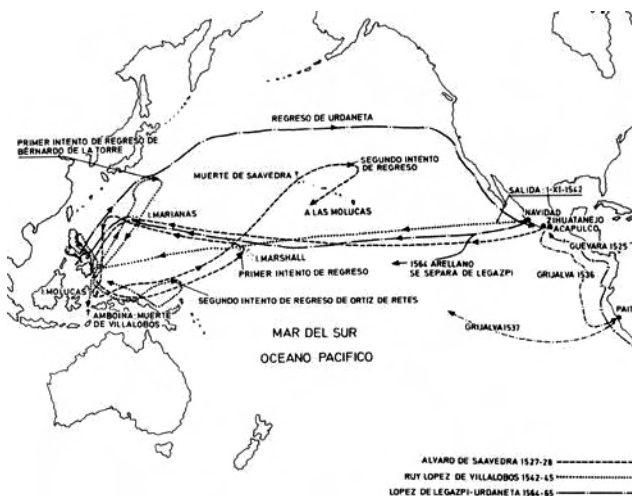
—Andrés, llevo mucho tiempo queriendo conocerte. —dice el emperador dándose la vuelta. —Ven, enséñame esos mapas.

Y Urdaneta obedece, y de su zurrón saca las cartas náuticas y los instrumentos que tan celosamente ha guardado desde el otro lado del mundo. Por último, extiende su propio mapa sobre la mesa, ahora increíblemente detallado. Muestra la costa oeste de Méjico, y el gran Pacífico y toda la pléyade de archipiélagos que hay tras él, incluyendo las Marianas, Filipinas y las Molucas.

A través de él, una serie de trazos muestran la ruta que ha seguido Urdaneta. El emperador lo alza, intrigado, examinándolo a contraluz.

—Jamás pensé que mis dominios fueran tan extensos.

—Lo son, alteza.



Anexo: Mapa de derroteros en el Pacífico (Wikimedia)



# Vida y dulzura

Adolfo Pérez



# Vida y dulzura

Adolfo Pérez

En pleno *ferragosto* se estaba fenomenal tumbado en la hamaca de la piscina a la sombra de los tilos. Leía perezosamente, en el iPad, un libro de viajes que, sin mover un músculo, me transportaba a mundos exóticos, cuando escuché el timbre de aviso de mensajes de Whatsapp. Al cambiar de pantalla el cielo se derrumbó sobre mí: «*Javier ha fallecido arrollado por una barca mientras hacía snorkel en Indonesia*». Petrificado mi cuerpo como un fósil, mi mente se puso a hacer piruetas...

Javier había nacido 54 años antes en el Hospital Militar Gómez Ulla de Carabanchel, porque su padre trabajaba allí como personal civil no funcionario del Ejército. Para llegar a fin de mes tenía pluriempleo, fotografiaba celebraciones religiosas que se efectuaban en la capilla del hospital y otras iglesias del barrio. Por un lado, bautizos de retoños nacidos en los partitorios del centro hospitalario, porque entonces el sacramento del agua se tomaba antes de que el bebé fuera dado de alta. Por otro lado, comuniones que abrían el camino



iniciático hacia la madurez, a niños vestidos de almirante y niñas disfrazadas de novia, que se presentaban oficialmente en sociedad y automáticamente, ese día, adquirirían el «uso de razón».

En su juventud se recorrió todas las calles del barrio llevando las fotos de su padre a casa de los clientes y cobrando lo estipulado. Por aquél entonces Javier detectó una paradoja que siempre tuvo presente. Un grupo socialmente muy mal considerado, los de raza calé, eran los mejores pagadores. La existencia de aquellas fotografías permitía a muchos carabancheleros guardar recuerdo del acontecimiento durante toda su vida. En sus largas caminatas diarias para ir a estudiar al instituto, descubrió que andar por Vista Alegre y Puerta Bonita no era tan romántico como sus topónimos hacían suponer, y que a la Avenida de Oporto no la atravesaba un caudaloso río Duero como a la ciudad homónima, por contra desembocaba en la plaza Elíptica, cuyo nombre respondía a la perfección a esa curva geométrica de la familia de las cónicas.

En el perímetro de la elipse competían dos tendencias educativas. La enseñanza privada del colegio San Viator, donde los pudientes pagaban para que sus hijos fueran formados en el liderazgo, y la educación pública del instituto Calderón de la Barca, en cuyo patio bullía la adolescencia modesta del barrio. Mientras, en la puerta principal del centro docente montaban guardia dos coches de policía, no tanto para controlar a los estudiantes macarras como para proteger a la esposa del presidente del gobierno socialista, que formaba parte del claustro de profesores del centro.

Estudió Topografía en la escuela universitaria radicada en la sede del Instituto Geográfico Nacional, fueron años de largos recorridos en la línea 5 del metro atravesando Madrid de norte a sur, aprendiendo que en la vida solo se llega lejos desplazándose largo. Por eso, se forjó en la profesión transitando kilómetros de caminos con una moto de campo, mientras buscaba puntos de apoyo por todos los rincones de la España rural. También trabajó en obras públicas y sintió el peso de la responsabilidad sobre sus espaldas, como cuando la viga de un puente debe encajar sobre unos pilares que previamente se han replanteado. Esas noches en que se ha cortado la circulación de ferrocarriles porque de la grúa está colgando, como un péndulo, la pieza que después de colocada rematará el tablero del viaducto. Mientras el jefe de obra y el gruísta maldicen al viento que provoca el balanceo del mastodonte de hormigón, el

topógrafo reza a destajo para que el centímetro de tolerancia en el aposentamiento sea suficiente para cuadrar la inapelable realidad física de la viga con los cálculos teóricos de los pilares erigidos que la van a sustentar. Que todas las piezas acoplen bien es la auténtica prueba del nueve de cualquier topógrafo de obra.

Cuando hubo explorado y agotado los límites de la práctica profesional en el ejercicio libre, se planteó opositar a funcionario como ingeniero técnico del IGN, se empolló los temas de topografía y aprobó en la contienda que persigue disfrutar de un trabajo para toda la vida. Ingresó a finales de los ochenta en el Cuerpo de Topógrafos de la Administración General. Enseguida se enganchó a trabajar en los desarrollos pioneros de cartografía digital. Había tanto camino por recorrer, que antes de un año un compañero le anunció. «Que sepas que, de estos intrínquilos técnicos, no hay nadie que conozca más que tú en esta casa. Así que, los avances que hagas serán los rendimientos de esta sacrosanta institución».

Como era de cabeza inquieta se apuntó en la Universidad de Alcalá a estudiar Ingeniería Superior en Geodesia y Cartografía. Cada tarde, durante dos años lectivos, se subía a la moto y hacía el trayecto de ida y vuelta. Así la atmósfera estuviera plácida o tormentosa, la motillo, que se sabía el camino mejor que si fuera un burro viejo, le llevaba hasta el campus de la ciudad cerkantina sin rechistar.

No solo aprobó a curso por año, sino que además fue el alumno número uno de su promoción. Lo que le sirvió para dos cosas gratificantes. La primera, para darse el gusto de asistir de protagonista a la entrega del distinguido galardón, una placa en recuerdo de su condición de estudiante avezado. El acto se desarrollaba en el Paraninfo de Alcalá, cenáculo por excelencia del mundo literario, donde cada año Su Majestad el Rey entrega el Premio Cervantes. La segunda para cobrar un cheque de 75.000 pesetas que contribuía tanto a engrosar el *cash* de su cuenta corriente, como a dar un relumbre crematístico a su minuto de gloria universitario, previo al *Gaudeamus* igitur con que concluía la académica ceremonia.

Ya llevaba cuatro trienios en el área de cartografía, se había cumplido el augurio de su compañero y era del grupo de expertos en la materia. Por eso,

no le sorprendió que le ofrecieran ir a Latinoamérica para impartir cursos, en unas iniciativas institucionales de Cooperación Internacional, financiadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se trataba de formar a especialistas, pertenecientes al ejército de su país o bien al organismo civil encargado de la cartografía nacional. También a funcionarios de administraciones regionales o locales del entorno profesional de la información geográfica.

El centro de formación de La Antigua es un monasterio jesuita, con un atrio en el que los indígenas montan sus tenderetes de mercadillo, llenos de abalorios para los turistas. El edificio ha sido restaurado con fondos españoles y tiene varios claustros, a cual más bello, rodeados de aulas preparadas para la docencia. Es un marco imponente en el centro de la ciudad más visitada de Guatemala. Un asentamiento de origen colonial, con calles ortogonales que se extienden en forma de rejilla hacia los cuatro puntos cardinales. Hasta el extremo que, tomando como origen de coordenadas la plaza central de la ciudad, todas las calles que se dirigen al norte son Avenida Norte 1ª, 2ª, 3ª y así sucesivamente. En el sentido contrario son Avenida Sur con su ordinal correspondiente. Las de dirección este se llaman Calle del Oriente y las que apuntan al oeste son todas Calle del Poniente. La racionalidad impera, se mezclan puntos cardinales con números ordinales y cualquiera tiene una referencia cartesiana de su posición en la ciudad. Bueno, cualquiera excepto aquellos turistas desorientados permanentes, que nunca se enteran por dónde sale el Sol.

La ciudad es Patrimonio de la Humanidad, a pesar de que sus construcciones sufrieron un terremoto hace 300 años, del cual todavía no se han recuperado. Curiosamente, la combinación de las ruinas integradas en las reconstrucciones posteriores es uno de los mayores encantos del sitio. El centro neurálgico de la plaza es una fuente con sirenas de piedra, de cuyos pechos brota un agua permanente. Está rodeada de jardines geométricos con paseos llenos de bancos a la sombra de vigorosos árboles tropicales. A uno de los lados asciende la escalinata de la catedral, cuya zona no derruida es aprovechada para el culto. Los otros tres lados de la plaza son porticados, en uno se alza el Ayuntamiento, en otro los principales bancos y el último está ocupado por tiendas y bares. Las fuerzas vivas demostrando su músculo en la zona cero de una ciudad motor de desarrollo nacional. El poder político amparado por los poderes religioso, financiero y económico se dan cita en el cogollo urbano, ocupando los cuatro laterales de la plaza principal.



Gran parte del casco de población es peatonal. Como por sus empedradas calles apenas circulan automóviles, pasear por ellas constituye un placer para espíritus sensibles, cruzarse con viajeros en bicicleta o con policías ciclistas transmite una sensación tan placentera como observar las fachadas de doble altura coloreadas en amarillos y verdes, con grandes ventanales. En el interior se descubren maravillosos patios con galerías cubiertas que rodean frescos jardines, cuyas flores atraen a colibríes que liban su néctar suspendidos en el aire, mientras aletean como remeros olímpicos. Por la noche toman el relevo las luciérnagas y ofrecen su concierto de luz pulsátil, semejando ser yescas de lumbre que se trasladan por el aire antes de convertirse en cenizas.

Javier se empeñó en alquilar un *tuc-tuc*, para recorrer todas las esquinas de la ciudad. Aunque era de dos plazas, el conductor admitió que subiéramos cuatro, Charli e Isabel se sentaron en sus puestos mientras que Adolfo y Javier iban de pie, cada uno en un costado, sujetos a la barra del techo y disfrutando del aire de la mañana. Empezamos visitando el cementerio de las Recoletas —allí cada primero de noviembre van las familias a comer con los difuntos un plato típico denominado *fiambre*, es una costumbre tan arraigada como en el vecino México—. Seguimos por la pintoresca terminal de autobuses, repleta

de autocares escolares americanos desechados de tinta por los yanquis, que gozan de una segunda oportunidad en las carreteras de Guatemala, el patio trasero del paraíso estadounidense. Luego nos dirigimos hacia el norte para visitar el cerro del Calvario que, a semejanza del bíblico, está coronado por una gran cruz, esta vez de piedra. Pasamos por el extremo oriental acompañando al río Pensativo que fluye mansamente, rodeado por la fronda cercana. Cuando el *tuc-tuc* empezó a dar muestras de cansancio nos recogimos hacia el sur, enfilando siempre en la dirección del omnipresente volcán del Agua, tan apacible como cercano. Sin embargo, el volcán de Fuego, tan lejano como amenazador, eructa fumarolas cada cuarto de hora con la precisión de un reloj de carillón y por la noche se vislumbran las piedras rojas ardientes expulsadas al cielo, como si fueran confeti de papel.

—El fin de semana nos vamos de excursión— propuso Javier en los postres de la cena.

—Me encantaría visitar el Caribe guatemalteco— respondió Isabel haciéndose eco de la idea.

Javier, que lo conocía desde años atrás, añadió —Hay una ciudad en la costa a la que solo se puede acceder navegando, tiene una historia tan singular que, cuando anochece sus calles se llenan de ritmos africanos. Se llama Livingston y es la Nueva Orleans de Centroamérica.

—¡Pues vayamos a verla!— exclamaron al unísono Adolfo y Charli. La sorprendente conjunción provocó la carcajada de todos los comensales.

—Me alegra esta sintonía. Cuatro españoles poniéndose de acuerdo en las Indias desde el primer minuto. ¡Inconcebible!— remachó Adolfo para evidenciar la buena camaradería.

—Mañana mismo empiezo a mirar el itinerario que vamos a empezar el viernes por la tarde. Os garantizo que será una aventura— reseñó Javier, antes de atacar la macedonia de frutas.

El hotel que ocupaban era el antiguo convento de Santa Catalina, con vestustas habitaciones en la planta baja de un claustro, que habían sido las celdas de monjas de clausura. El alojado dormía acompañado tanto por seres mate-



riales —arañas, mosquitos, ratones y culebras— como por entes espirituales, pues el recinto tenía fama de acoger espantos, que es como llaman en aquellas tierras a los fantasmas. De modo que el cliente se metía en la cama solo protegido por las húmedas sábanas y la etérea mosquiteira que le separaba, a modo de burbuja, del ecosistema de bichos muy vivos y personajes muy muertos, que se pasaban toda la noche rondando por la habitación. Aunque había otros riesgos. Una noche soñé que flotaba en el mar acunado por las olas. Desperté como si la cama fuera una cuna meciéndose. Miré la hora y el reloj marcaba las cinco de la mañana, a continua-



ción me acurriqué como un bebé y me quedé dormido. Al despertar deduje que había sentido un terremoto, y exactamente así fue, la prensa del día siguiente lo reseñaba en primera página. El movimiento sísmico había causado muertes y estragos en Quetzaltenango, a pocas decenas de kilómetros de allí.

—El jugo de mango está delicioso, pero echo de menos los churros en el café del desayuno— dijo Adolfo relamiéndose, después de haber apurado el vaso de zumo.

—Como eres un goloso impenitente, te voy a endulzar la mañana— respondió Javier para encarrilar la conversación. —Ya he reservado la excursión para el fin de semana.

—¡Bieeen! El viernes al Caribe— exclamó Isabel, anticipando en su imagi-

nación la playa de arena blanca y las palmeras inclinadas ante el inmenso azul turquesa de aguas templadas.

Entonces intervino Charli —Qué perspectiva más halagüeña, tumbado en la hamaca colgada entre dos troncos, disfrutar de la brisa y el sol, saboreando una cerveza Gallo fresquita.

—Bueno, y una birra Cabro también— acotó Javier. —Pero eso para el domingo, porque antes haremos escala en la selva— apostilló, mientras se le escapaba esa sonrisa que formaba parte indisoluble de su alegría de vivir.

La Antigua era de naturaleza acogedora. Las calles se llenaban de estudiantes por las tardes. Adolescentes uniformados de colegio, con sonrisas de ortodoncia y la mochila a la espalda. Ocupaban las mesas de las pastelerías hasta llenar el aforo y consumían grandes pedazos de tartas multicolores regadas con batidos de frutas. El olor dulzón se diseminaba por todas las aceras, excitando las pituitarias juveniles que recalaban en las cafeterías como abejas en enjambre.

Además del olor, el sonido de las avenidas brotaba de marimbas invisibles, era incesante el ritmo sincopado del golpeteo de baquetas sobre teclas de madera, mezcla armoniosa de notas percutidas, a cuatro manos, sobre instrumentos tan enormes, que asemejaban las costillas de mamuts fosilizados. Por la noche era el turno de los bares con ritmos latinos, donde la refriega estaba en la pista de baile más que en la barra o en las mesas. Revoloteo de faldas antes de la medianoche, para los nacidos en el trópico, o conversaciones interminables en la barra, acompañadas de tragos de ron, especialidad de los nacidos allende los trópicos. Los intertropicales son más de cuerpo a cuerpo, los extratropicales somos más de boquilla. Dos formas diametralmente distintas de consumir el ocio en un mismo local, que me llevan a una reflexión sobre la influencia de la latitud en la cultura de los países y por tanto en su idiosincrasia a la hora de divertirse. Los residentes cercanos al Ecuador, con el cuerpo a tumba abierta, dominan el baile y el contacto físico. Mientras que los habitantes próximos a los polos, se limitan a mover la lengua, no se tocan, pero hacen prevalecer la retórica, que es su punto fuerte.

A media tarde Javier nos convocó en el *hall* del hotel.

—Venid con la tarjeta Visa operativa, vamos a pagar la cuota de nuestro *weekend trip*.

Allí estaba la señora de la agencia donde había contratado los servicios turísticos que disfrutaríamos durante la escapada de fin de semana. Lucía un *huipil* maya y una falda amplia con los colores de su aldea natal. Fácil que la tradición de la vestimenta mesoamericana sea más interesante que la escocesa del *kilt*, tan arraigada en los varones falderos de los clanes británicos.

—Les daré un *váucher* para que disfruten de los desplazamientos convenidos. Dos corresponden a viajes en ómnibus privado y los otros tres son pasajes de lancha para cuatro viajeros.

—¡Qué suerte! Isabel, vas a parecer Katharine Hepburn en La reina de África— bromeó Charli.

—No te hagas el gracioso. Con el respeto que le tengo al agua, no quiero ni imaginarme lo que me espera con tanto trayecto subida en una lancha— replicó Isabel.

—La pena es que vas con tres indocumentados en vez de ser la compañera de Humphrey Bogart— atizó un poquito más el fuego Adolfo, para hacerla rabiar.

—Ya está bien. Dejaos de bromitas y vamos a pagar a doña Rigoberta que para eso ha venido— afirmó Javier enarbolando la tarjeta de crédito.

La doña sacó la calculadora, dividió el costo entre cuatro. A continuación, fuimos enfilando hacia ella sumisos, como si fuéramos a confirmarnos ante un obispo. En un santiamén su bacaladera liquidó los débitos y el dinero pasó a engrosar la cuenta de la mujer de negocios indígena. Nos dejó cuatro justificantes, el *váucher* y su tarjeta de visita con un sol muy grande en una esquina y su teléfono de contacto en la otra. Se despidió humilde y educada, volteó hacia la salida, tan ufana, bamboleando su pollera étnica.

Isabel es una colega simpática y alegre. Su maleta dispone de un fondo de armario bien surtido, pero su botiquín es sublime, ella dispensa potingues

al resto de compañeros, a medida de sus necesidades. Analgésicos, colirios, antidiarreicos y hasta curapupas recién comprados a un vendedor ambulante en la estación de autobuses. Su porte menudo encubre su actitud en la mesa, lo prueba todo, es una sibarita de los sabores. Dotada de una infinita curiosidad culinaria, va de lo dulce a lo salado, de lo crudo a lo cocido o de lo frito a lo asado como si tal cosa. Es más valiente que el catador de comida de Hitler, se atreve con todas las salsas y el picante le gusta como si se hubiera criado en Calcuta. Se convirtió, desde el minuto uno, en la degustadora oficial, y en todas las comidas y restaurantes daba el beneplácito gastronómico a los platos desconocidos. Con el estómago a prueba de bomba, jamás se quejó de dolor o molestia, al contrario que los demás enclenques compañeros de viaje. Isabel es valiente, seguir a tres topógrafos con mucho campo en las venas es la prueba palpable de su osadía. Su único talón de Aquiles es el agua, no se halla cómoda en ese elemento. Pero en tierra firme o en el barrizal se desenvuelve sin miramientos ni tonterías. Para colmo, su capacidad de relación social supera con creces las exigencias, sobrevenidas, de aceptar la invitación a cenar con el embajador o asistir a una recepción con los componentes de la colonia española en Guatemala.

Charli y Adolfo impartían las clases prácticas al alimón. Porque para atender a más de una veintena de participantes interactuando con sus computadoras se necesitaban al menos cuatro manos. Además, tenían que orientar a los asistentes en el uso del menú de comandos que permitía editar cartografía digital y *a posteriori* sacar pruebas impresas sobre papel para verificar la bondad del trabajo. Al finalizar la sesión del viernes por la tarde, salieron apresurados a recoger las bolsas de viaje con sus respectivas pertenencias para la escapada.

Habían contratado la salida a las 17 horas con la intención de aprovechar la luz vespertina durante el trayecto por carretera. El conductor y la furgoneta estaban puntuales en la entrada del hotel, el chófer tan lánguido como una escultura de Giacometti, el pelo liso y oscuro de mustélido y el semblante algo alicaído, no parecía tener energías para acometer la empresa que se le venía encima.

A esas horas La Antigua estaba en plena operación salida y la carretera a la capital soportaba un atasco monumental. El chófer, consciente del largo trayecto que le esperaba hasta Río Dulce, empezó a realizar adelantamien-

tos como un poseso, casi siempre con aceleraciones y bandazos bruscos. La carretera hasta Guatemala City era autovía y en ella se mascaba el peligro, pero a partir de la capital la vía era de doble dirección y en cada pasada por la izquierda había tanta fuerza cinética y riesgo como en el despegue de una nave espacial. Después de varios intercambios de miradas asustadas entre los viajeros, Javier se puso al frente de las operaciones.

—Señor conductor. Visto el estado de la circulación y dado que el viaje es para disfrutar de nuestro tiempo libre, le comunico que los clientes no tenemos prisa, por tanto, le damos permiso para relajar la forma de manejar su auto.

Como quiera que el piloto asintió a sus palabras pero diez minutos después seguía en la misma tesitura, Javier se arrimó a su oído y le susurró:

—Soy persona de estómago delicado— afirmación absolutamente falsa. —Con tu forma de conducir se me está revolviendo. Así que, como no dejes de pilotar sin sobresaltos voy a vomitar y te va a quedar el coche hecho un *ecce hommo*— Para rematar simuló una arcada en su cogote. Fue mano de santo, el tirillas entendió el latinajo a la primera. A destino llegamos una hora más tarde de lo previsto, pero lo hicimos sin la sensación de palpar la muerte en cada cambio de rasante.

Empezó a anochecer cuando atravesábamos la región de Zacapa, conocida por dar nombre al mejor ron del mundo. La botella de 25 años supera a los licores cubanos, dominicanos y mexicanos semejantes. Su escasa producción le aporta cierta exclusividad, su precio le aleja de bolsillos exigüos y la suma de su aspecto, aroma y sabor convierten al ron Zacapa en un elixir dionisiaco, capaz de tumbar las penas en dos tragos. La noche no ahuyentó vehículos de la carretera y adelantar autobuses y camiones suponía rifar la existencia a cara o cruz. Paró el coche en un pueblecito y sin decir palabra, el flaco se bajó, abrió el maletero, sacó una garrafa de agua y se remojó la cabeza y la cara con la cintura doblada en ángulo recto. Después rebobinó sus acciones, se puso al volante y por toda explicación dijo: —Me estaba entrando sopor, pero ya espabilé. A los pasajeros se les quitó el sueño como por ensalmo. Más tarde, los faros desgarraban la oscuridad de la noche mientras los viajeros intentaban cerrar los ojos, aunque al seguir inquietos por la presión del cora-

zón encogido y la tensión muscular acumulada, eran incapaces de relajarse sin sobresalto. Cuando allá, en lontananza, aparecieron unas lucecitas que eran el anuncio del final de aquel arriesgado viaje, bastante más peligroso que subir al volcán Pacaya con esos ríos de lava tan hipnóticos como ardientes. El inefable conductor atravesó un largo puente, frenó en seco y marcha atrás hizo descender el vehículo por una rampa que discurría por el lateral de sus pilares. Con la furgoneta muy inclinada al borde del lago Izabal tiró de freno de mano y voceó.

—Alabado sea Dios, mi servicio ha concluido.

Estuve a punto de añadir alabanzas a la Santísima Trinidad, con todo su coro de ángeles, arcángeles, serafines, querubines y tronos. Pero no me dio tiempo, porque en la orilla nos esperaba una barca ocupada por un adolescente y su impaciente padre, que nos anunciaba el comienzo de la siguiente etapa por la selva.

—Sean bienvenidos a bordo. En aproximadamente una hora llegarán a su destino. Nos acompaña mi grumete que irá en la proa, iluminando al frente para evitar la colisión con algún tronco que pueda cruzarse en el trayecto.

Dicho y hecho, subimos con nuestras bolsas, nos acomodamos dos a dos en los bancos de madera, el joven encendió una potente linterna, el piloto arrancó la nave y empezamos a adentrarnos en las procelosas aguas del lago. La nave se alejaba del origen y el chaval alertaba al piloto levantando la mano cuando veía algo sospechoso brillar sobre el agua, entonces amonorbaba la marcha, esquivaba el obstáculo y cuando el camino se despejaba volvía a acelerar hasta una velocidad de crucero que nos internaba en el lago igual que Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*. Se divisaban lucecitas esparcidas por la orilla, pero no bien hubieron desaparecido en el horizonte de popa las bombillas de Río Dulce, el comandante de la nave ralentizó los motores sin aviso previo de su vigía. Se estableció un silencio espeso en medio de la nada, después de unos segundos que parecieron eternos el capitán dijo en voz baja:—Estoy desubicado—. Isabel, como impulsada por un resorte, se levantó nerviosa, e inmediatamente se volvió a sentar. Empezamos a mirar en todas las direcciones intentando buscar alguna luz. Charli señalando con el brazo hacia atrás dijo:

—Río Dulce estaba por allí— Intentando darle un rumbo de referencia al piloto.

Como el marinero no reaccionaba, a los topógrafos solo se nos ocurrió mirar al cielo. Para distraer la angustia de los demás, Adolfo señaló hacia una constelación diciendo:—Mirad, allí está el cazador Orión, se distingue su cinturón formado por tres estrellas alineadas, su hombro es la renombrada Betelgeuse, y el tahalí de su espada lo materializa la nebulosa Messier 42, continuamente observada



por astrónomos debido a su incesante actividad estelar. Un poco más abajo están sus dos lebreles, Canis Maior con la estrella Sirio a la cabeza y Canis Minor— Durante la carrera habíamos aprendido a usar las estrellas para orientarnos y ahora lo estábamos haciendo para ahuyentar el miedo. Fue una reacción unánime. Al sentirnos perdidos y desamparados acudimos a una referencia conocida, aunque fuera tan inasible como una constelación. Hicimos lo mismo que un niño cuando se refugia entre las faldas de su madre angustiado por lo que le rodea, solo que éramos adultos atezados por la incertidumbre.

Al cabo de un rato el comandante comenzó a mover la nave, primero al buen tuntún, poco a poco fue recuperando la serenidad y empuñó el timón con más firmeza. Cuando vislumbró que había recuperado el norte empezó a acelerar de una forma creciente rumbo al destino, un conjunto de cabañas en la desembocadura de un brazo del lago llamado Tatin.

Duró poco la alegría. Un relámpago iluminó la negrura. Era el presagio de la tormenta tropical que se desató inclemente sobre nuestras cabezas. Hubo un momento en que dudé si navegábamos o buceábamos. Entonces nos inclinamos sobre el asiento de tabla ofreciendo nuestra espalda al aguacero. Las

gotas dolían como si fueran latigazos y la velocidad de la embarcación, sumada a la de caída, contribuía a aumentar la fuerza de los impactos sobre la piel.

Entramos por la desembocadura empapados hasta la médula, atracamos en un embarcadero de madera y vimos la luz de una linterna acercarse a recibirnos. Mientras desembarcábamos, Javier se dirigió al recién llegado para decirle que teníamos reserva para dos noches. El individuo, con pinta y acento anglosajón, nos aclaró que era el dueño, pero que no tenía constancia anticipada de nuestra llegada. Para luego añadir: *Don't worry, we have four huts left*. Le seguimos a oscuras por un camino de tablas hasta que llegamos a un *hall* con techo de paja iluminado por un generador que sonaba como un tractor escacharrado. En su español de guiri nos dijo que, siendo tan tarde, prefería hacer el registro por la mañana a la luz del día y, dado que no había nada para cenar, nos encaminó a cuatro cabañas independientes para que nos secáramos el remojón. A Isabel le recomendó la choza más protegida y fue dejando a cada mochuelo en su olivo.

La habitación era cuadrada, una mesita pequeña y la cama resguardada con mosquitera por todo mobiliario. Extraje la toalla, me desnudé y me sequé de arriba abajo. Me introduje entre las sábanas y, de inmediato, todo el peso del viaje, plagado de incidentes, cayó sobre mí, como si la mosquitera fuera la malla de un gladiador que me hubiera inmovilizado antes de degollarme. Me acurruqué y pensé en serpientes de cascabel apenas escuché el ruido de un crótalo, pero me dormí fulminado por la apabullante mezcla de tribulaciones mentales y agotamiento físico.

Amaneció. Los sonidos de la jungla y el rumor de la brisa se percibían como una canción de cuna que invitaba a la molicie. Tan solo alguna conversación acompañada por ruido de fondo de vajillas y sobre todo el aroma del café, consiguió sacarme de la ensoñación. Al salir del cuchitril, pude observar el hábitat en que estábamos. Una





decena de casetas de madera, salpicadas entre árboles y elevadas sobre el suelo. Una zona común techada, sin paredes y con dos espacios diferenciados. Un sector con hamacas de lona colgadas de los postes que sostienen la techumbre, otro sector con dos grandes mesas de madera rodeadas de bancos corridos, entre ambos una pequeña estantería con equipo de música, una variopinta colección de *compact discs* y una docena de libros en diversas lenguas. Al fondo estaba el panel que hacía de separador de la cocina. Hasta después del desayuno parecíamos *zombis*. Con el calor del alimento se despertó la conversación y el desánimo de la noche empezó a desvanecerse a la par que la bruma sobre el río, tan cercano que Javier había dormido en un palafito sobre el agua sin saberlo. Lo que sí nos contó, con una indiferencia de lama tibetano, o mejor aún, con una flema de aristócrata inglés de rancio abolengo, fue que había dormido con un *pizote* en su habitación. El mamífero se había instalado entre las vigas que soportaban el techo. Y ante nuestra incredulidad nos mostró una foto de su animal de compañía, que había tomado antes de cerrar los ojos y quedarse dormido.

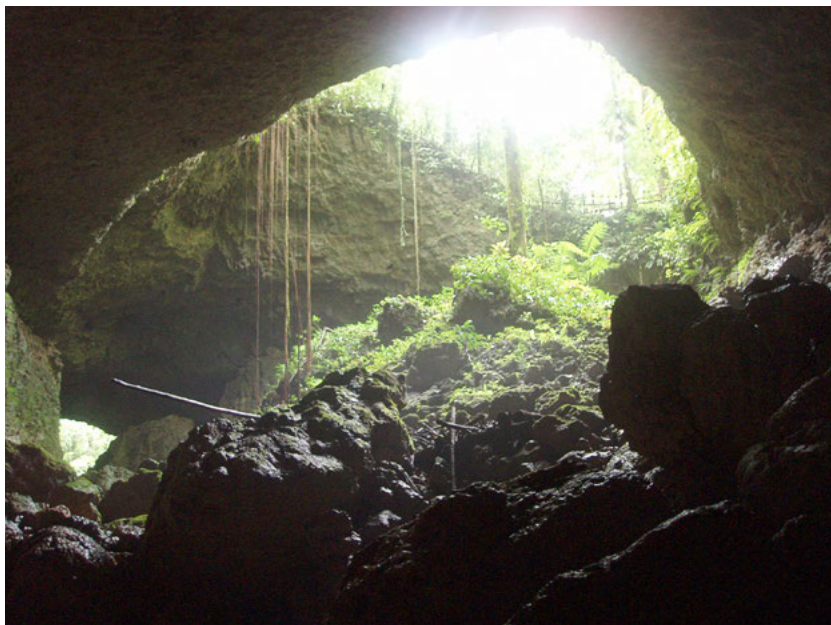
Esa mañana, un guía nos llevó por trochas a la misión Ak Tenamit de la Cooperación Española. Una escuela para jóvenes indígenas que funcionaba de lunes a viernes. Se les ofrecía alojamiento y manutención, además de educación y convivencia no segregada. Una cooperante que conocimos en La Antigua nos invitó a visitarla y nos contó que su trabajo en la selva guatemalteca se enca-



draba en un proyecto de escuela de jóvenes que habían sido recogidos de sus tribus y vivían en régimen de internado, alimentándose de frijoles y maíz tres veces al día si eran varones y solo dos si eran hembras —las mujeres están acostumbradas a comer menos—, nos dijo. La dispersión geográfica era tal, que algunos alumnos llegaban a la escuela tras tres horas de travesía en lancha. Los indígenas apenas entendían español y solo se atrevían a pronunciar algunas palabras, cuando perdían la vergüenza, al cabo de varios días.

El camino hasta *Ak Tenamit* era salvajemente accidentado y la humedad relativa del bosque tropical provocaba tal efusión de sudor, que al contrario que la noche anterior, el aguacero procedía de los poros de la piel y acababa empapando la ropa de dentro afuera. A mitad del recorrido, Javier nos enseñó una planta que al tocarla se desvanecía, era un auténtico desmayo vegetal. Esa estrategia proporcionaba un sistema de defensa ante sus depredadores. Así aprendimos que, a semejanza de algunos animales, también hay plantas que se hacen las muertas cuando sienten amenazada su vida. Visitamos durante un rato las instalaciones educativas, también algunas chozas cercanas en las que habitaban indígenas que vivían con lo justo, explotando la tierra para sobrevivir día a día. Lo más parecido a un comercio que vimos fue un chiringuito donde pudimos tomar un refresco antes de regresar al campamento base.

Esa mañana nos advirtieron de que a la vuelta nos bañaríamos para combatir el calor de la caminata. El guía nos dijo que en su mochila llevaba una



cuerda y varias velas. Paró en lo alto de unas escaleras de madera que se perdían en lo profundo de un agujero como un socavón. El grupo se dividió en dos, Isabel y Charli preferían bañarse a cielo abierto. El resto descendimos tras sus pasos, debajo nos esperaba una caverna rocosa y oscura, solo las linternas permitieron que avanzáramos hasta el fondo de la sima. Nos enfundamos el bañador en lo alto de una cascada de 3 metros que caía a un remanso en sombras. El guía aseguró la cuerda sobre las piedras próximas, se llevó media docena de velas y descendió en rapel hacia la poza. Situó las luminarias estratégicamente en los bordes rocosos de la charca y subió para invitarnos a un baño tan singular como mágico. Primero bajó Javier, como siempre, luego Adolfo. La luz de las candelas, el agua templada y la flotación en la cueva nos indujo a una regresión gemelar en el líquido amniótico del seno materno. Ambos disfrutamos como niños chapoteando y regresando, por un rato, al paraíso perdido de la infancia. También permanecemos inertes boca arriba, como adultos disfrutando del éxtasis que produce la integración cósmica del cuerpo en armonía con la madre Tierra. La experiencia del cenote supuso un recordatorio de sentimientos felices que se disfrutaban entre la infancia y la madurez de forma inconsciente, pero que revividos son regalos de la vida imposibles de olvidar.

La tarde discurrió paradisíaca, durante la charla de sobremesa comentamos que, en la selva, el paso del infierno a la gloria puede ser inmediato, la transición entre la hostilidad de la naturaleza y la comunión con ella es solo la fina línea de la descarga de un rayo. Ni el potente café guatemalteco nos liberó del sopor vespertino que producía el rumor de la corriente del río, acentuado por la sinfonía del susurro de las hojas movidas por la brisa. Continuamos la conversación tumbados en sendas hamacas, cada uno se quedaba vencido a su propio ritmo, desconectando con cabezadas intermitentes y reincorporándose al coloquio al espabilarse. Charli descubrió un *compact disc* de Jorge Drexler en la colección, lo introdujo en el equipo de música y la primera canción sonó como una oración que, nos sumió en reflexiones de segundo orden de magnitud, era «*El pianista del gueto de Varsovia*» y narraba la huida de los nazis protagonizada por su abuelo, un pianista judío que acabó pidiendo asilo en Bolivia:

*Dos generaciones menos  
dos generaciones más  
fechas, tan solo fechas.  
Yo estoy aquí, tu estabas allá.*

*Si fueras tu nieto  
y yo fuera tu abuelo  
quizás tú contarías mi historia  
Yo tengo tus mismas manos  
Tú tienes mí misma historia.  
Yo pude haber sido  
el pianista del gueto de Varsovia*

Charli la quiso escuchar por segunda vez, algo había calado en su cabeza. Ese tema debió de sembrar en su cerebro la semilla de la novela que años más tarde publicó «*El pozo del olvido*». El libro consiste en una investigación sobre las circunstancias que rodearon al fusilamiento de su abuelo en la guerra civil y las consecuencias de aquel asesinato sobre el destino de su familia.

También sonó, especialmente repetida, la canción que daba título al disco «*Sea*». Un canto al disfrute de la vida pasada y a la esperanza de la vida futura. Un himno a la aleatoriedad de los actos que conforman nuestra existencia, a la par que un ejemplo del ser humano como funambulista, obligado a retar cada día a la fuerza del destino, o compelido a enfrentarse a pandemias sin manual de instrucciones.

*Ya estoy en la mitad de esta carretera  
tantas encrucijadas quedan detrás.  
Ya está en el aire girando mi moneda  
y que sea lo que sea.  
Todos los altibajos de la marea  
todos los sarampiones que ya pasé.  
Yo llevo tu sonrisa como bandera  
y que sea lo que sea.  
Lo que tenga que ser, que sea  
y lo que no, por algo será.  
No creo en la eternidad de las peleas,  
ni en las recetas de la felicidad.*

Antes de que acabara el disco apareció en la sala un pelirrojo escocés de 20 años, había recalado allí en su año sabático antes de incorporarse a la universidad de Glasgow, su ciudad natal. Quería perfeccionar su español y

ayudaba en las labores que le asignaba el dueño a cambio de alojamiento y comida. Pensaba consumir tres meses en Tatín antes de buscar otro destino. Me pidió información sobre el cantante, porque quería utilizar su obra para profundizar en los enredos de la gramática española y en la riqueza del vocabulario castellano. Le pasé una lista de su discografía, porque allí no llegaba Internet. Me sorprendió para bien, porque nunca pensé que hubiera británicos tan sacrificados por aprender la lengua de Cervantes.

Charli es un conversador todoterreno, ameno y divertido. Ser un lector bien informado le confiere una opinión juiciosa sobre cualquier tema, así que estábamos escuchándole concentrados cuando el dueño del chiringuito-resort se acercó a nuestra mesa y se sumó a la cena. Era un inglés de Bristol y mostraba curiosidad por saber las correrías de esos cuatro españoles tan locuaces. Insinué que, como su paisano Cary Grant en la película *Con la muerte en los talones*, se había visto envuelto en un turbio asunto que puso en peligro su vida. Había decidido viajar a Guatemala huyendo de facinerosos y se había instalado en el corazón de la selva para poder disfrutar de la vida cambiando de continente. En resumidas cuentas, con el dinero que se trajo en el maletín, permutó un ecosistema de delincuencia organizada por una finca en un rincón del mundo situado en el cogollo de la selva tropical. Empezó a construir cabañas para sobrevivir, ofreciendo servicios turístico-ambientales a guiris, *hippies*, trotamundos, o sea, gente con espíritu *wanderlust* que solo piensa en vagabundear por el planeta. Al enterarse de que al día siguiente íbamos a Livingston, nos recomendó visitar el restaurante de doña Rosita, una amiga suya hondureña.



—Les ofreceré género del día. Hagan caso a sus sugerencias, cocina como los ángeles—. Hizo una pausa para captar mayor atención y remató el consejo.

—Ahora bien. Si, como don Quijote, quieren mantener el encantamiento, háganme caso y no se les ocurra meterse en su cocina, ni mirar sus sartenes y cacerolas— concluyó, mientras iniciaba una carcajada cómplice y socarrona.

La segunda velada nocturna discurrió tan placentera, que solo nos retiramos a dormir cuando el joven *glaswegian* apagó el generador eléctrico y dejó el entorno sumido en húmedas tinieblas.

El domingo amaneció despejado y luminoso, aun sabiendo que el recorrido en barca hasta Livingston prometía ser espectacular, abandonamos finca Tatín con pesar. Para llegar a destino, por un canal que une el mar con el lago Izabal, el trayecto es abrumador, navegas en aguas tranquilas, metido en un cañón con paredes cuasi verticales inundadas por una vegetación pujante. Es digno de ser retratado por Sebastiao Salgado para su colección *Génesis* de paisajes naturales. La armonía del entorno se veía alterada por zonas donde un huracán reciente había dejado señales de su violencia, había derribado árboles de 10 metros de porte, removiéndolos en círculo, de forma que parecían los remolinos del pelo de la coronilla de un niño. En la orilla del canal hay zonas de surgencia de aguas calientes y no extraña que sea territorio de nenúfares flotando mansamente sobre la superficie, ni biotopo del manatí. Un santuario para que los mamíferos marinos campen a su anchas y un orgullo de los indígenas guatemaltecos, que han acogido con mimo a tan singular especie.



Al desembarcar en Livingston pareciera que lo haces en un puerto africano, sus habitantes son descendientes de esclavos negros que se han asentado en esta esquina del Caribe y mantienen costumbres ancestrales como la música garífuna, que está impregnada de ritmos de la otra orilla del Atlántico. Los aborígenes son simpáticos, su tarjeta de visita es una sonrisa de dientes blancos que desmonta cualquier prejuicio receloso. Doña Rosita nos recibió onrada, sentada en la puerta de su local. Sin anestesia por su parte ni resistencia por la nuestra, nos convenció para cocinar un plato típico que degustaríamos entre los cuatro comensales y nos citó una hora y media más tarde.

Ese rato del mediodía lo empleamos en pasear por la playa palpando lo que se cocía al borde del mar. Vimos niños bañándose divertidos en las cálidas aguas. Mujeres en medio del camino vendiendo pescado fresco, hortalizas y frutas a los vecinos. En un entrante del bosque descubrimos a un pescador afanado en despiezar una manta raya, sobre una gran mesa de madera y armado con un cuchillo de enormes dimensiones. Su mujer lo asistía con varios cubos donde iban introduciendo las piezas cortadas, mientras un joven le echaba una mano cada vez que tenía que mover aquel cacho de carne marina. Paramos a tomar una cerveza en un bar donde la música étnica atronaba los tímpanos de los clientes. Un muestrario de cedés de compositores autóctonos se desparramaba sobre una mesa, no pude evitar acordarme de las cintas de Camela en los bares de carretera. La comida fue sobresaliente, Rosita se comportó como un chef mimando a su clientela, el guiso era un tapado garífuna compuesto de pescado, cangrejos y camarones en una sopa elaborada con leche de coco, plátanos y otros vegetales, una deliciosa mezcla de sabores, capaz de saciar toda la concupiscencia que pudiera acumular el gastrónomo más exigente. Nos ofreció unos dulces de postre para acompañar al café. Antes de pagar y despedirnos consensuamos que la doña se había hecho merecedora del rezo de la *Salve Regina*.

*Dios te salve, reina y madre misericordiosa  
vida y dulzura, esperanza nuestra...*

El tanatorio era el paseo de los melancólicos, la urna de madera con los restos de Javier parecía la Kaaba de la Meca, cuya leyenda asegura que su ubicación atraviesa todos los planos de consciencia y que el hombre, enfocándose en oración hacia ella, unifica los universos y se somete a lo supe-

rior. Todos sus deudos, dolientes, se ubicaban en derredor, lamentándose y consolándose mutuamente. Esther, con agallas, se abrazaba agradecida a los familiares, vecinos, amigos y compañeros de su marido, que le mostraban su pesar. El mazazo de su pérdida en Indonesia había traído un terremoto emocional a Madrid. Su muerte era la prueba palpable de que el impacto ambiental producido por el batir de alas de un insecto en Livingston, puede acarrear un huracán en Louisiana.

*Purasangre, en el agua ensimismado,  
hipocampo navegando por coral,  
arrecife traicionero y letal,  
guadaña enfilando acribillado.*

*Intersección inversa excepcional,  
islote, hombre rana, embarcación.  
De súbito, rumbo de colisión...  
cicatriz de trayectoria helicoidal.*

*El cosmos estalló por el oriente,  
malogrando al artífice ortodoxo  
de una obra vanguardista y resiliente.*

*Prosigamos sembrando tu simiente.  
Preservemos tu legado heterodoxo.  
¡Nunca te borrarás de nuestra mente!*

Meses después, en una conversación a corazón abierto, Esther contó que la enfermera que le atendió en su accidente, le había enviado una carta explicando que Javier se había ido lleno de serenidad, que le había visto morir en paz. Y es que al igual que Karl Popper era un optimista sobrio, su sola presencia era un antídoto contra la desesperación, y su frase estrella lo demostraba —No te preocupes, hay plantillas para encontrar soluciones a todo, solo hay que saber buscarlas.

Javier era el tipo más asertivo que he conocido en mi vida. Nunca hablaba ni por boca de ganso ni a humo de pajas, todo lo que debatía lo hacía con sus propios argumentos. Lo he visto defender a sus subordinados en público,



bajo unas condiciones de aparente debilidad y dar la vuelta a la tortilla hasta poner en evidencia a su contrincante, delante de toda la concurrencia. Si decidía que había que jugársela se la jugaba el primero, aunque tuviera mucho que perder en el envite. Si consideraba que tenía razón no temía ser osado. Se comportaba como un valiente con cabeza y su fortaleza se fundamentaba en un pensamiento proactivo y empático, que alimentaba su liderazgo en un equipo compenetrado y convencido. No quiero exagerar, pero tenía la determinación que Miguel Ángel expresó, mejor que nadie, en la escultura del David. Tuve el privilegio de ver a Javier con esa actitud en más de una ocasión, como aquella vez inolvidable, unos minutos antes de derrocar al tótem de un Goliat con pies de barro.

Con Esther coincido en que la vida sin él se hace más cuesta arriba. Sin embargo, sentimos que nos observa desde su Olimpo. Ambos, cada uno por su lado, hemos adoptado una estrella del firmamento como canal de conexión con Javier. Cuando un ser humano observa el cielo nocturno en todo su esplendor, si tiene un mínimo de sensibilidad, notará su pequeñez ante la inmensidad del cosmos. Esa impresión es equivalente a perder toda la arrogancia y convertirse en un niño. A menudo, con ese espíritu infantil busco en la constelación de Orión a la estrella Betelgeuse y con la conexión visual se abre en mi cabeza el protocolo TCP/JP (*Transmission Control Protocol/Javier Protocol*). Sin perder de vista su estrella, le envío de forma unidireccional mis impresiones, ya sean alegrías o cuitas...

Y nunca recibo respuesta...

Para consolarme, me acuerdo de los *inuits*, un pueblo de supervivientes que tiene una mitología y una espiritualidad muy especial, piensan que las estrellas son agujeros en el cielo que dejan pasar la luz de los seres queridos que ya han fallecido para que desde abajo sepamos que son felices.

Pero el 27 de febrero de 2020 leo en la revista National Geographic [sic] «*Tras semanas de oscurecimiento inexplicable, la estrella Betelgeuse de la constelación de Orión está recuperando su brillo. No cabe duda de que Betelgeuse ha dejado de oscurecerse y ha empezado a iluminarse poco a poco. Seguimos necesitando observaciones de todo tipo para entender la naturaleza de este episodio de oscurecimiento sin precedentes y lo que hará esta*

*sorprendente estrella más adelante*». El artículo hace referencia a un *post* de *Astronomer's Telegram* del 22 de febrero.

Los astrónomos siguen preguntándose qué le está sucediendo a la supergigante roja. Yo tengo mi propia versión de lo que ocurre: Betelgeuse se está riendo a carcajadas, porque Javier no deja de hacerle cosquillas, para mandar un guiño a los seres queridos que se han quedado en tierra.

# Verónica lo sabe

Pedro Borregón



# Verónica lo sabe

Pedro Borregón

Esa noche Verónica tuvo suerte.

Suerte en el sentido en el que ese término se usa en su trabajo.

Primero, porque era un muchacho joven. Segundo, porque el chico olía bien. Y tercero y fundamental, porque por su forma de actuar, estaba claro que sus padres le habían enseñado a respetar a los demás.

También era importante hacer la transacción económica, antes que nada; trámite que se llevó a cabo sin regateos ni reproches.

Hubo un momento incluso, en que olvidó que estaba trabajando, y sintió una sensación de placer. Fue un instante fugaz, pero tan intenso, que no tenía la menor duda de que había sucedido. Luego todo volvió a la realidad, y una bocanada de aire contaminado con fueloil de algún carguero cercano la devolvió a la calurosa noche de finales de junio, junto al puerto del Cañaveral.

Después, todo quedó en silencio. Hasta los mosquitos parecían descansar. Empezó a lavarse sin prisas, sin pensar en nada y pensándolo todo. Metía la mano en el ramal de riego que surgía a la superficie unos metros más arriba, y la esparcía sobre su cuerpo derramándola con parsimonia. A esa hora, se empezaban a distinguir las ramas de los árboles frutales, con los primeros rayos de luz.

El sonido de la puerta de un coche al cerrarse, la sobresaltó. Pensaba que la jornada ya había terminado; a pesar, de que hay trabajos donde los relojes no tienen manecillas.

Miró curiosa entre las cañas y vio a un hombre joven, de no más de 30 años.

El hombre estaba solo, tenía un papel en la mano, y parecía buscar algo. Ella, se abrochó la falda y se puso en pie sin hacer ruido.

Estaba claro que no la buscaba a ella, porque movía piedras y apartaba arbustos.

¿Buscaría algún tipo de tesoro? ¿Tendría un mapa con un aspa roja en el centro?

Un estornudo la delató. El hombre que estaba absorto en su búsqueda, levantó sobresaltado la cabeza y miró hacia ella.

—¡Eh!, perdone, no sabía que estaba ahí.

—¿Qué buscas? ¿te puedo ayudar?

—Busco una especie de señal. Un clavo o una marca hecha en una arqueta de la antigua carretera.

Verónica había instalado su puesto de trabajo en un trozo de la carretera nacional antigua, que había quedado abandonado al construirse el nuevo trazado, justo en frente de la salida del pueblo. El paso de coches era constante y más en los meses de verano. Las cañas de azúcar, que crecían sin control junto a la cuneta, daban el toque de intimidad necesario para su trabajo.

Llevaba puesta una falda corta de cuero y una fina camisa de botones que dejaba traslucir un sujetador de encaje de color rojo. Iba descalza.

Sergio tenía una sensación extraña. No cabía duda de que aquella chica era una prostituta. Y él estaba hablando con ella como el que habla con su vecina en el ascensor. Pero, ¿qué pasa? ¿Acaso no se puede hablar con una

prostituta? ¿Le iba a robar? ¿Le iba a convencer para tener sexo con él y luego cobrarle?

—¿Me enseñas el mapa? —dijo la chica con tono alegre mientras se ponía unos zapatos con plataforma.

—Sí. Sí, claro, perdona estaba pensando en otra cosa —contestó él mientras se palpaba los bolsillos, asegurándose de que su móvil y su cartera seguían en su sitio—Aquí dice que tiene que haber una arqueta junto a la carretera antigua, con un clavo incrustado en el hormigón.

—¡Eeeh!, esa foto yo la conozco. Yo sé dónde está. ¡Ven conmigo!

La joven le llevó de la mano, con una confianza que le asustó. El hombre sentía como si una ráfaga de viento le arrastrase a un precipicio y la caída fuera inevitable. Su cara era un mundo. Era imposible saber si estaba contento, nervioso, asustado o interesado. Sin embargo Verónica estaba feliz. Parecía que buscar un clavo oxidado se había convertido en lo más importante que hacer ese día.

—Espera, que me he dejado el coche abierto...

—Está aquí al lado, justo ahí. ¡Mira!, ahí está.

La piel de las manos de la chica era suave como el terciopelo.

—¡Es verdad! Y el clavo está ahí también. Lleva ahí clavado desde antes de la guerra civil. ¡Muchas gracias!

—Me llamo Verónica. ¿Qué hacemos ahora con el clavo? ¿Es valioso?

La cara de Verónica, morena por el sol, destacaba por una cicatriz sobre la boca. Esa marca le hacía tener el labio levemente levantado por su lado derecho; pero salvo ese detalle predominante, sus rasgos eran bonitos. O quizás lo bonito no eran sus rasgos, sino su sonrisa juguetona.

—Solo estaba reconociendo el terreno. Me han encargado un trabajo.

—¿Tu trabajo es buscar clavos perdidos? Me mola.

Sergio se tocó de nuevo el móvil y la cartera con disimulo, y al ver que todavía seguían en su sitio, empezó a relajarse un poco.

La señal de nivelación, seguía intacta en el sitio que indicaba el croquis. Eso le iba a ahorrar mucho trabajo, porque la siguiente señal estaba 2 km más hacia el este. Gracias a este clavo, podía llevarle la cota al mareógrafo del puerto en solo un par de días de trabajo; la mañana del viernes y la del sábado, y volver con sus padres el sábado por la tarde.

Esa tarde la emplearía en buscar a dos ayudantes que sujetasen las miras invar, o quizás solo uno; porque con las nuevas plataformas con pincho que le había fabricado el herrero, los puntos de la nivelación no se movían nada, y se podía quitar y poner la mira sobre la plataforma varias veces sin sufrir error de colocación de la mira.

Se acercaría al barrio de los pescadores y buscaría algún voluntario que quisiera ganarse un dinero fácil. Lo había hecho otras veces. Bastaba ir al bar a primera hora y preguntar a unos y otros. Lo de ir a primera hora, era porque así se aseguraba de que el individuo era madrugador, tenía ganas de trabajar y lo más importante, no le habría dado tiempo a beber más de la cuenta.

—¿Te gustaría ayudarme mañana?... Te pagaría—inmediatamente Sergio se preguntó quién había dicho eso, ¿había sido él? ¿Pero por qué? ¿Y si viene con unos amigos y se llevan todo el material, que es bastante caro?

—¿Qué tengo que hacer?—dijo Verónica, totalmente convencida de poder realizar cualquier trabajo que se le pusiera por delante.

—Pues básicamente, sujetar una barra con las manos, intentar que se quede muy derecha y quedarte muy quieta.

—¡Eeeh!, eso lo sé hacer yo. Pero no sé si podré quedarme quieta—dijo mientras soltaba una sonrisita pícaro.

A Sergio se le escapó una breve sonrisa, interrumpida adrede por su conciencia responsable. La verdad, es que no estaba convencido de contratarla,



pero también es cierto, que no todos los días encuentras a alguien con tantas ganas de trabajar.

—Perfecto. Te voy a explicar lo que tienes que hacer y por qué, para que entiendas que tienes que tener mucho cuidado y tratar todo el material con mucha delicadeza.

Verónica escondió una tumbona de playa, una silla, un espejo y un cojín detrás de unas cañas y se fue andando con Sergio para que viera todo el trabajo que le esperaba. A él, le sorprendió el hecho de que no preguntara en ningún momento por sus honorarios.

Recorrieron andando más de dos kilómetros hasta donde estaba instalado el nuevo mareógrafo del puerto, y fueron viendo todo el recorrido que tendrían que nivelar la mañana siguiente. Él le hablaba de para qué servía todo aquello y ella no hacía más que preguntarle y preguntarle.

Daba la impresión que nadie había respondido nunca a sus preguntas; que nadie le había preguntado su opinión e incluso que nadie se había tomado en serio su peculiar y encantadora sonrisa.

Se despidieron hasta la mañana siguiente a las siete y media, ya desayunados. Ella se fue hacia unas casitas blancas de una sola planta, justo detrás de la lonja donde los pescadores vendían el pescado, y en seguida se perdió tras unas cuerdas llenas de ropa recién tendida.

Verónica no fue a trabajar a su cuneta el jueves por la noche. Se fue a la cama temprano para estar fresca la mañana del viernes. Hay personas que controlan su sueño con facilidad. Verónica era una de esas; se quedó en seguida dormida; a pesar de que tenía costumbre de dormir durante el día.

La alarma de su móvil estaba programada para sonar a las 6:30, aunque ella ya había abierto los ojos 5 minutos antes, y la desconectó para no hacer ruido. Era de noche. Ese día el sol salía por el horizonte a las 6:56, aunque las montañas de Cala Partida, esconderían su esfera ardiente hasta bien pasadas las 8:00.

Vivía con dos chicas más y con la hija de 6 años de una de ellas. La madre de la niña se llamaba Inés, y cocinaba unas magdalenas caseras con aceite de oliva que eran irresistibles. Mojó un par de ellas en un vaso con leche tibia y mordisqueó con cuidado una manzana un poco pasada, esquivando las manchas y los agujeros sospechosos.

Se untó todo el cuerpo con crema protectora de factor 30, y se puso ropa cómoda para pasar un día de campo. Unos *leggings* de color blanco y gris con manchas de camuflaje y una camiseta que ponía «*Save the Earth*», con las aberturas de las mangas más anchas de lo normal, dejando ver un sujetador con estampados de Hello Kitty. La cabeza la cubrió con una gorra visera marrón y en los pies se puso unas zapatillas deportivas con calcetines invisibles.

Verónica y el topógrafo llegaron prácticamente a la vez. Faltaban todavía 10 minutos para la hora fijada. Sergio, con cara de haber dormido poco, se puso a estacionar su nivel Wild NK2 reversible sobre el trípode de madera y montó una sola mira para su ayudante. Tenía que trabajar con mucho cuidado, porque el error máximo de cierre era de 1,5 milímetros multiplicado por la raíz del número de kilómetros, que en este caso eran dos. Había planificado hacer tres anillos, para cerrar de forma independiente cada anillo y en caso de fallo no tener que repetir todo el trabajo.

Verónica no parecía estar preocupada. Daba la impresión de que todo esto le parecía un juego y solo había que cumplir las normas. Se colocó con la mira invar vertical sobre el clavo de nivelación incrustado en la arqueta y la colocó

perfectamente aplomada, ayudándose del nivel de burbuja y sujetándola con sus manos y sus piernas.

Cuando Sergio apuntó con su antejojo a la mira que sostenía la joven, empezó a enfocar a los números y barras de la mira, pero girando el tornillo del enfoque, se cruzó de pronto con dos preciosos ojos negros.

Ruborizado, quitó la vista enseguida con un acto reflejo, como si ella fuese a descubrirle mirándola. Pero la cabeza de Verónica estaba inclinada hacia abajo, y sus ojos miraban fijamente a la burbuja del nivel de su mira. Sergio volvió a mirar con más confianza, e inundado por una sensación de respon-

sabilidad, enfocó a la mira y anotó la lectura. Luego, volteó el nivel, pulsando una pestaña que lo desbloqueaba y volvió a leer, apuntando dos décimas de milímetro de diferencia. Después se quedaría con la media y corregiría de esa forma los posibles errores.

A las nueve de la mañana ya habían cerrado el primer anillo de nivelación y a las once y media, el segundo. Para esa hora, Sergio ya se conocía cada milímetro del cuerpo de Verónica y dudaba de haber anotado todas las lecturas sin error. El sol empezaba a participar activamente en el campo de juego. Y Sergio empezaba a ver las líneas de la mira bailar a través del ocular.

—Está empezando a hacer calor. Creo que lo vamos a dejar por hoy aquí.

Además, me gustaría calcularlo todo a ver cómo está saliendo.

—No hace mucho calor todavía. Espérate a la una o las dos y verás.

—¿Me ayudas a recoger todo el equipo?

—Claro, pero ¿me dejas que mire por ese cacharro? ¿Qué se ve?

De repente Sergio, empezó a tener mucho calor. A sudar incluso. ¿Qué podía decirle a Verónica para que no mirase por el anteojo? Todo el que mira, se sorprende de los aumentos que tiene y de la calidad con la que se pueden ver los objetos a los que se mira. Si Verónica miraba por el anteojo, enseguida pensaría que la había estado observando. Observando muy, muy de cerca.

— Mañana te lo preparo para que mires tú, ¿vale?—le dijo a Verónica, mientras desenroscaba y guardaba el aparato en su caja. —Está perfectamente ajustado para mi vista y no lo quiero descalibrar.

—¿Me dejas ver lo que has apuntado en la libreta por lo menos? Es que no lo termino de entender muy bien.

Se sentaron en un murete a la sombra de un árbol que tenía frutos en forma de vainas. Sergio le enseñó la primera hoja del estadillo, y le fue explicando todos los números que había anotado. Luego le hizo un gráfico, para que entendiera como se calculaba el desnivel entre la mira de delante y la de atrás.

—Pues no lo veo claro.

Él esperaba que la joven le pidiera repetirlo de nuevo, porque no había entendido nada, pero en vez de eso, le quitó el lápiz de la mano, y dibujó una pequeña figura de Sergio junto al nivel, con una rapidez y calidad artística que le dejó perplejo. También se dibujó a ella misma sujetando la mira y, encima de ambos, un sol abrasador.

—Ahora está perfecto—dijo Verónica—¿nos damos un baño?

—¡Oye!, dibujas muy bien, ¿dónde has aprendido?

—Era lo único que hacía en el cole. Bueno, eso y hacerle «cosquillitas» al profesor de gimnasia, pero ¿Qué pasa con ese chapuzón?

—Tengo que calcular todos los estadillos. Si hay algún error, tendremos que repetir las medidas esta tarde. Mañana sábado quiero terminarlo todo.

—Vale jefe. Apunta mi móvil y me dices lo que sea.

—¿Quieres que te pague ahora o mañana?, me he traído dinero.

—¿Cuánto me vas a pagar?, bueno, me espero a mañana, confío en ti.

Sergio guardó los aparatos en su coche y se fue al hostel en que se alojaba. Se dio una ducha refrescante y se sentó en un escritorio junto a la ventana abierta, para completar todos los cálculos en el estadillo.

El resultado de los cálculos fue mejor del esperado. El proceso consistía en hacer un itinerario de nivelación desde el clavo inicial junto a la carretera, hasta un clavo que habían instalado en una tercera parte del recorrido total y luego, volver de nuevo al clavo de inicio, de forma que, si partían de una cota determinada, después de todo el recorrido circular, debían llegar exactamente a la misma cota. La diferencia obtenida, sería el error de cierre de ese anillo. El primer anillo cerró con medio milímetro de error y el segundo anillo, desde el primer clavo hasta otro clavo que habían colocado más cerca del puerto, cerró con un error de ocho décimas de milímetro. Teniendo en cuenta que el

error total permitido en toda la nivelación era de 2,12 milímetros, todo hacía prever que lo conseguirían.

Eran las dos del mediodía. Se había alimentado contundentemente en su desayuno de las siete de la mañana, pero no había vuelto a probar bocado en toda la mañana. Sin embargo, no tenía hambre. Tenía un nudo en el estómago, que le había quitado el apetito.

No dejaba de darle vueltas a las cosquillas que Verónica le hacía a su profesor de gimnasia cuando era pequeña. Ella no le dio mucha importancia, y lo dijo con toda naturalidad como si formara parte de su formación académica. Como si estuviera dentro de los deberes o de las actividades extraescolares.

Tampoco podía dejar de pensar en todo lo que esos ojos negros habían visto. En las lágrimas que habrían derramado y en las que habían sido contenidas y sustituidas por una mueca en forma de falsa sonrisa.

Pero lo que más le sorprendía y le llamaba poderosamente la atención, es su actitud. La confianza que tenía en ella misma. La gracia con que se desenvolvía haciendo tareas que nunca antes había realizado. El arte y la destreza con que plasmaba la realidad sobre un trozo de papel y la predisposición para comerse el mundo cuando realmente vivía comiéndose las inmundicias de los demás. Sergio recordó entonces la letra de una canción de Fito que decía «... lo que admiro son las flores que crecen en la basura».

¿Quién era esa chica?, ¿De dónde había salido y quién la había puesto en su camino?

Sergio se tumbó en su cama y trasladó su mente a la orilla de la playa. Ahora, ella estaría tumbada sobre la arena mientras el sol le secaba las gotas saladas del cuerpo.

Podía ver con claridad el recorrido ondulante de todas las gotas. Algunas se evaporaban a mitad de su recorrido, otras se juntaban formando un diminuto lago en su ombligo y otras más afortunadas regaban jardines ocultos.

De repente, hacía mucho calor en su habitación. Cuando llegó le había parecido grande y fresca, pero ahora se le antojaba asfixiante. Tenía que salir

de ahí y buscar refugio en el exterior. La plaza del pueblo estaba a 5 minutos andando desde su hostel. Allí había bares que servían cerveza fresca y «pescaito» capturado esa misma mañana.

Oler las sardinas asadas sobre las brasas le sacó de su conmoción transitoria y le devolvió a su estado racional.

Al día siguiente, 20 de junio, se produciría el solsticio de verano. La noche de San Juan era el 24 de junio, pero la noche más corta era la de este sábado día 20, en la que la inclinación de la órbita de nuestro planeta con respecto al sol alcanzaría su punto más alto, lo que provocaría que el día fuese muy largo y la noche muy corta. En la familia de Sergio, era costumbre bajarse a la piscina esa noche a las 12:00 en punto para darse un baño. La tradición dice que al sumergirte abandonas todo lo malo; con la intención de resurgir de la piscina completamente liberado y con energía renovada como un ave fénix renace de sus cenizas. Además, su madre preparaba esa noche una cena deliciosa.

Sergio, cogió su móvil y le mandó un mensaje a Verónica. Ella estaba en línea en ese momento.

—El trabajo está saliendo muy bien. Eres la mejor sujetadora de miras del mundo.

—Me alegro un montón. ¿Mañana más?

—Sí. Mañana a la misma hora, pero nos vemos en la puerta de la lonja de pescadores. Vale?

—(Símbolo de mano con el dedo pulgar hacia arriba)

—He visto que se te da bien dibujar. ¿puedes hacer un mapa de todo el recorrido, indicando dónde están los clavos y por donde hemos pasado?

—Eso te supondrá un suplemento de 1000 euros... ja, ja, ja.

—Hasta mañana Frida Kahlo

—¿?

—Es una pintora famosa del siglo XX

—Hasta mañana Marco Polo...

Normalmente, Sergio pagaba un mínimo de 50 euros por jornada de trabajo a sus ayudantes. Es cierto que las jornadas a veces son más cortas y otras veces se hace de noche, pero esa cantidad sirve como referencia.

A Verónica pensaba pagarle más. Se le ocurrió que podía justificarlo pidiéndole que hiciera ella el croquis de la nivelación.

A la mañana siguiente, cuando Sergio llegó a la lonja, Verónica ya estaba allí, hablando animadamente con dos pescadores que acababan de volver de una noche de faena en el mar.

Quizás eran clientes suyos, quizás sus vecinos, o quizás los veía por primera vez. El caso es que Verónica desprendía un halo de energía a su alrededor que embriagaba a todo el mundo. Y todo el mundo bromeaba con ella con un respeto inusual, si tenemos en cuenta la profesión a la que se dedicaba.

El topógrafo salió del coche y los tres se volvieron hacia él sonriendo. Verónica le dio una colleja en la nuca a uno de ellos y luego fue directa hacia Sergio con una carpeta en la mano.

—¡Toma, tu mapa del tesoro!

—¡Buenos días Frida!, ¿has descansado bien?—le dijo Sergio mientras abría la carpeta y sacaba un papel de su interior.

Verónica no dijo nada; solo miraba a Sergio con nerviosismo, esperando ansiosa su reacción.

La primera impresión, fue de sorpresa. Sergio se quedó paralizado admirando la obra de Verónica. Sus ojos recorrían el papel una y otra vez, enfocando directamente al dibujo a veces y enfocando al infinito otras veces.

El croquis era precioso, claro y comunicativo. Todo en uno. Además, había dibujado el algarrobo con los frutos en forma de vaina, a modo de marco alre-





Hoy Verónica vestía un pantalón corto. El tramo que quedaba no tenía maleza y no era necesario protegerse las piernas. Para cubrirse el torso se había puesto una blusa blanca con botones, que le quedaba un poco pequeña, o al menos así le parecía a él.

O quizás no le parecía eso. La verdad es que a Sergio le parecía que todo en ella estaba perfecto.

Antes de que empezaran a medir, ella bebió un sorbo de la botella. Sergio miró por el antejo, y enfocó intencionadamente a su boca. A sus labios brillantes recién mojados. La sensación que le sobrevino en ese momento le hizo cerrar los ojos unos segundos, y cuando los abrió, tenía claro un propósito: no pensaba irse de este mundo sin besar esos labios.

Pero, ¿y si esos labios no querían besarle a él? ¿pagaría dinero para poder besarla?

¡No! Rotundamente no, ¿Cómo puede alguien pensar que el amor se puede comprar?

Verónica le hizo un aviso con los brazos para indicarle que ya estaba lista.

A las 12:00 del mediodía terminaron todo el recorrido circular. Habían cerrado el tercer anillo. Todo fue un poco más lento, porque tenían que cruzar algunas calles con gente y con coches, y eso les distraía un poco.

La gente quería saber para qué hacían aquello que estuvieran haciendo. Y preguntaban: ¿van a ampliar el puerto? ¿a arreglar la calle? ¿puedo mirar por la cámara esa?

Recogieron todo el material, y Sergio le dijo a Verónica que la comida estaba incluida. Que después de hacer los cálculos en el hostel, la recogería y la llevaría a algún lugar que ella eligiese. Y que fuese pensando en un sitio.

La organizada agenda mental de Sergio, le decía que no podía entretenerse mucho en la comida, porque luego tenía un largo viaje hasta la casa de sus padres.

Pero su desordenada agenda emocional, le decía que no podía irse sin besar los labios de Verónica. O quizás, que no debía irse nunca de allí.

No fue fácil realizar los cálculos del tercer y último anillo. Los números, las gotas de agua, los frutos del algarrobo y los botones de la blusa, se mezclaban todos en la mente de Sergio aderezados con un olor a sal y a combustible.

En dos ocasiones tuvo que echar mano del mapa del tesoro para resolver algunas dudas y errores de cálculo.

Cuando por fin terminó, todo cuadraba y entraba dentro del error máximo permisible. Sergio se sintió liberado. En un arrebato de valentía, cogió el teléfono y llamó a su madre para decirle que todo iba muy bien, y que seguramente el lunes o el martes terminaría el trabajo.

Sergio era feliz. Para él, ser feliz significaba haber terminado las tareas pendientes, y además haberlas terminado con éxito. Ser feliz le producía una sensación de libertad en la que no existía un compromiso posterior predefinido.

Había quedado para comer. Para comer con una mujer que le ponía la carne de gallina solo con su presencia. ¿Y después qué? ¿soñaría despierto? ¿se bañaría con ella y secarían sus cuerpos al sol?



Todo esto, ocurrió hace ya 10 años. Desde entonces Sergio y Verónica han recorrido medio mundo realizando los trabajos más diversos. Ahora son cuatro miembros en la familia. Ella no podía tener hijos, pero las alternativas hoy en día son diversas y se decidieron por un acogimiento temporal de dos pequeños que eran de la misma madre y distintos padres maríneros.

Esta semana, Verónica ha inaugurado una exposición de pintura, titulada «Los tesoros de la Tierra», que recoge reproducciones de todos los croquis que ha hecho desde aquel día en el puerto del Cañaverál. Está siendo todo un éxito y la gente los compra como rosquillas. Sergio y Verónica se sienten afortunados de poder unir su trabajo, su familia y su amor.

Y Verónica lo sabía. Lo sabía desde el momento en que le vio mirar por el anteojo del nivel, tan parecido al catalejo que tenía su padre marínero.

# En nombre de las estrellas

Carmen Galván



# En nombre de las estrellas

Carmen Galván

El brillo de las estrellas centellea en los ojos de Adriana, a miles de años luz se encuentran esos diminutos y particulares puntos celestes. Estrellas, planetas, rincones secretos del universo, enigmas que nadie explica, pero que han sido su refugio desde niña y ahora, tristemente, son los Dioses a los que implora.

El pequeño pueblo de Yebes, atravesado por la meseta y por los amplios páramos de la Alcarria, es desde hace algunos años su hogar. Le gusta pasear por los amplios robledales y encinares que dan colorido a estas llanuras y mientras, pensar en las estrellas y astros que como por arte de magia se presentan ante ella cuando cada día se transforma en la ingeniera astrofísica a cargo del Centro Astronómico de Yebes.

El radiotelescopio Aries XXI es una de las joyas más preciadas del Instituto Geográfico Nacional. Un gigante en mitad de un páramo que intenta dar explicación y traducir el lenguaje de los astros en esta Tierra que es un simple punto insignificante en un universo infinito.

A Adriana le gustaría mover los planetas y alinearlos de tal forma que la suerte se pusiera de su lado. Su trabajo divaga entre la ciencia y la magia.

Hoy los telescopios han detectado una luz parpadeante, un reflejo destellante a millones de años luz. Está muy alejado del Sol, pero aun así parece que su órbita se vaya acercando. Adriana comienza a organizar al resto de

ingenieros y astrónomos. El nuevo hallazgo se ha de comunicar a la central del Instituto Geográfico Nacional, puede que se haya descubierto un nuevo cometa como ocurrió en 1995 con el Hale-Bopp.

Adriana se encierra en su trabajo, en el cielo, en el universo. Intenta encontrar estrellas que iluminen su triste semblante, su corazón herido. Necesita la esperanza en su vida y esos astros son inciertos, inalcanzables y en ellos se ampara para que en un futuro pueda volver a sonreír.

Cada día, como una triste rutina, marcha de contemplar las estrellas al Hospital de Guadalajara. Esa es su vida desde hace cinco años, cinco largos años en los que lo único que le consuela es narrarle historias ancestrales de estrellas a su pequeña hija, su pequeña niña. Esther tiene nueve años, pero desde los cuatro los hospitales han sido su hogar.

Adriana se despierta cada día junto a su hija, duerme con la mano tendida en su frente en un incómodo sillón de hospital que parece mucho más torturador ante el desconcierto y tristeza de su alma. Sin embargo, Esther sonríe, siempre sonríe a pesar de haber soportado ya dos rechazos de un trasplante de médula. Ella está convencida de que las estrellas la protegen. Al igual que su madre, cuando puede levantarse de esa fría y blanca cama de hospital, pasa el día mirando el cielo con un telescopio de juguete. Los cristales de las ventanas se reflejan en sus pequeños y cansados ojos y ella piensa estar viendo lejanas galaxias, seres de otros mundos con los que habla y les pregunta cómo se vive en el cielo por si ella tuviera que marcharse a esos lejanos lugares.

—Hola mamá, ¿has encontrado hoy una estrella nueva?— Al escuchar esas palabras, Adriana guarda la tristeza en el interior de su corazón, ahora debe sonreír, decirle a su hija que no ocurre nada, que las estrellas le hablan y que hay cientos de leyendas en el firmamento.

—Pues sí, Esther. Una nueva estrella me ha hablado. ¿Y sabes una cosa? Me ha preguntado por ti.

Adriana intenta explicarle el posible cometa nuevo que ha detectado el radiotelescopio Aries XXI, pero sabe que a su hija le dan igual las ondas magnéticas, los perihelios, los blazares, ella tan solo ve seres de otros mundos,

centinelas, guerras de estrellas, hadas, monstruos escondidos en el cielo y guerreros que intentan devolver la luz a los planetas enterrados por fuerzas oscuras.

—¿Te ha avisado la Torre de Vigilancia? —Así llama Esther al gran radiotelescopio.— Me gustaría verlo algún día.

Su madre la mira y al mismo tiempo que sonríe siente una profunda tristeza. Las vistas de esa habitación de hospital son desoladoras para una niña, una vieja y desértica colina se ve en la distancia, junto con altos y espigados edificios también desérticos, porque en ellos habita la soledad, la soledad de una sociedad que no mira más allá de sus horarios de trabajo, de sus rutinas inertes, de sus logros inventados.

Adriana se trasladó de Madrid al municipio de Yebes hace diez años cuando la destinaron al Centro Astronómico. En Yebes nació su hija, fruto de un amor romántico y efímero a la luz de las estrellas.

En aquel pueblo la vida era muy distinta a la de la capital, sentía que su hija sería muy feliz en aquellos campos, en ese lugar rodeado de naturaleza, donde se podía contemplar el cielo apoyada en un viejo y legendario roble. La mezcla perfecta para que una niña creara sus propias leyendas.

—Mamá, ¿qué piensas?— La voz dulce de Esther interrumpe sus añoranzas, su tristeza.

—En nada. Te voy a contar por qué decidí convertirme en una buscadora de estrellas, como tú me llamas.

—Cuando yo era niña la ciudad de Madrid se volvía disonante, estresante, nadie miraba las estrellas y el tráfico imprudente enturbiaba el colorido de una ciudad histórica. Yo solía subirme a una antigua colina y allí, con unos pequeños prismáticos, observaba el cielo. Estaba rodeada de chopos y el ligero balanceo de sus hojas era la melodía perfecta que acompañaba mis avistamientos nocturnos. En esa colina existía una magia inigualable, allí se unían la sabiduría y las historias ya legendarias de los grandes intelectuales que habitaron en la Residencia de Estudiantes, junto con el placer de poder

contemplar el firmamento. Las tenues luces que rodean a ese edificio histórico son eclipsadas por los árboles que flanquean ese lugar mágico y bello.

—¿Me llevarás algún día a esa colina? le pregunta Esther ilusionada y con una mirada de intriga ante aquella historia.

—Te llevaré a tantos sitios que te convertirás en una experta del firmamento mucho más que yo.

—Tenía quince años cuando un veintitrés de julio de 1995 escuché en la radio que había sido descubierto un nuevo cometa en la Universidad de Nuevo México. Aquel día me obsesioné con ese reciente hallazgo, con los secretos del universo. Comencé a interesarme por los astros de forma mucho más profesional. La Luna dejó de ser el ser que iluminaba mis noches para convertirse en el satélite de la Tierra. Mi sueño era encontrar un agujero negro. Para mí era como el final y el inicio del universo al mismo tiempo, el lugar donde todo se pierde y al mismo tiempo nace. Es como la puerta a otro universo, otro mundo desconocido.

—¿Los agujeros negros son como las puertas de un castillo desconocido, mamá?— En su mente infantil, Esther ve el universo como el mayor juego, el mayor enigma y la mayor diversión que puede existir. Casi siempre postrada en una cama, lo único que le gusta es leer libros sobre estrellas y escuchar las historias de su madre.

—Así es, mi niña. Es como el final de una estrella y el comienzo de un nuevo mundo desconocido por todos. Desde que supe de la existencia de ese cometa, visité cientos de veces la sede central del Instituto Geográfico Nacional. Era una adolescente a la que muchos miraban con sorpresa y cierto escepticismo. ¿Qué hacía una niña en un lugar que atesoraba cientos de mapas, informes sobre volcanes, terremotos, descubrimientos celestes...?

Pero para mí, aquello era mi refugio, el hogar de mi mente, la razón de mi futuro. Allí encontré a mi mentor, Ángel Hergueta Santana. Las visitas estaban prácticamente restringidas, pero, aun así, yo me colaba e intentaba que la sabiduría de ese lugar rodeara mi cuerpo y mi mente. En el instituto pocos entendían mis aspiraciones, era una joven algo distraída que viajaba por mundos



muy lejanos. Durante días deambulé sin rumbo por aquellos pasillos, sin saber muy bien lo que buscaba. Hasta que llegó Ángel, un hombre con mirada enigmática, pero que siempre me sonreía. Al igual que el abuelo Alberto, llevaba cuatro bolígrafos de colores en el bolsillo de la camisa, todos ordenados y sin moverse. Eso me hizo sentir confianza, no sé por qué pero él me recordaba a mi padre. Ambos hemos compartido siempre la misma emoción ante la mirada de los astros. Emoción que estoy muy orgullosa que tú hayas heredado. Solo unos cuantos elegidos son capaces de sentir lo que las estrellas nos susurran.— Adriana continúa pronunciando su discurso, abstraída en sus propios pensamientos. Ya no es consciente de que le está narrando una historia a su hija, tan solo intenta recordar su vida, visualizarla desde la distancia. Cada vez que su hija es ingresada de nuevo en el hospital, a ella se le rompe el jarrón de sus ilusiones y ahora no es capaz de distinguir cuáles son sus deseos. Repite continuamente: En nombre de las estrellas, salvad a mi hija, si es verdad que los seres de otros mundos me escucháis, haced que mi hija viva, ella es la estrella de mi mundo.

—Mamá, ¿cuándo vendrán a verme los abuelos?— Esther termina perdiéndose en las palabras de su madre, ya no recuerda el sentido de aquella historia; es demasiado compleja para su edad. Intenta encontrar en ella las hadas, los duendes y los seres de otros planetas, pero solo encuentra la melancolía de una madre que no sabe cuál será el destino de su pequeña hija.

—Pronto, muy pronto— le contesta Adriana, acariciándole su rostro infantil e indefenso. —Mi pequeña estrella— le susurra.

Ese dulce y a la vez triste momento es interrumpido por Pedro, un joven médico que transforma las horas interminables de los niños hospitalizados en momentos de diversión que les hacen olvidar por unas horas su dolorosa y cruel enfermedad.

—¿Y cómo está hoy mi recluta, Ara?— Así llama Pedro a Esther, en honor a la Constelación Ara. Él fue el primero que le regaló un álbum con las fotos de todas las constelaciones. Juntos intentaron encontrarlas en el telescopio que acompaña a Esther durante sus estancias en el hospital. No lograron distinguir las en el firmamento, pero la pequeña pronto inventó sus historias; no le importaba la verdad, tan solo soñar, soñar con que todo iba a ir bien.

—Te dejo en buena compañía, mi niña.— Adriana se despide de su hija con un beso en la frente como cada día, mientras sonríe y agradece a Pedro todo lo que está haciendo por ella.

Adriana regresa a su centro de trabajo con el pensamiento dividido entre su pasado y su futuro, intentando omitir el presente como si fuera un mal sueño. Vuelve a recordar a Ángel, su mentor, aquel día de 1995, en mitad de los pasillos del Instituto Geográfico Nacional, le preguntó que qué buscaba. Ella salió airosa de la situación, diciendo que quería ser astrónoma y que deseaba encontrar información del nuevo cometa que habían descubierto. Ángel no pudo evitar sus carcajadas fuertes y sorprendidas ante aquella adolescente decidida y valiente.

—Primero tendrás que estudiar en la universidad —le respondió.

—Lo haré, pero me gustaría saber cómo se trabaja aquí.— Los ojos de Adriana se iluminaban de ilusión, llevaba reflejado en su rostro la mirada de la sabiduría.

Ángel se quedó sorprendido ante aquellas palabras y la llevó a uno de los laboratorios de astronomía y astrofísica. Allí se realizaban los cálculos que las señales de los telescopios enviaban. Aquello era para Adriana un sueño, por fin sabía lo que era la cuna de las investigaciones en astronomía.

A partir de ese día, las visitas al Instituto Geográfico se convirtieron en una preciosa rutina. Pudo aprender de primera mano cómo trabaja un astrofísico y Ángel se convirtió en su mentor. Mientras que toda la sociedad permanecía ignorante a lo que ocurría en el firmamento, allí parecía que existieran intercesores entre el cielo y la Tierra. Al recordar aquellos momentos, Adriana derrama tímidas lágrimas, porque eso es lo que quiere ser para su hija, una intercesora entre el cielo y la Tierra.

Adriana conoció el paso del cometa Hale-Bopp desde el interior de un centro de investigación, aprendió a interpretar las señales del espacio, los secretos y enigmas que esconden las estrellas, los asteroides, los planetas, los satélites. En ese lugar se intenta proteger a los habitantes de este planeta, o por lo menos de este país anticipándose a los posibles comportamientos extraños de la naturaleza y el universo.

El cometa Hale-Bopp tardó dos años en orbitar alrededor del Sol y toda persona se afanaba en poder contemplar esa luz brillante que iba a iluminar el cielo durante un par de meses. Un acontecimiento histórico que no se sabía con certeza cuándo se volvería a repetir y si sería la única ocasión que tendrían en su vida para poder contemplarlo.

Ángel Hergueta Santana fue su mentor, ocupaba el puesto que ahora ella desempeña, por alguna razón vio en aquella quinceañera el futuro de la astrofísica. Cada día, Adriana visitaba los laboratorios de astronomía, se sentaba en silencio a observar ese tráfico de datos y de palabras que le parecían sacados de otro universo, pero con los que terminó conjugándose. En el interior de ese edificio neomudéjar decidió que esa sería su vida.

Antes de que accediera a la universidad, ya era una experta en el mundo de los astros, las estrellas eran su mejor compañía. Al igual que su hija solía inventar historias sobre el universo, para ella la Osa Mayor y la Osa Menor eran dos hermanas peleadas durante toda la eternidad por demostrar quién era la más bella y la que más iluminaba las noches de verano. Solía pedirle deseos a la Estrella Polar: —Guía mis pasos —le decía.

Y así fue, la Estrella Polar la condujo al mundo de la astronomía, pero desde hace cinco años ha perdido esa fe. Ya no le pide nada a la estrella más contemplada del firmamento, ni tan siquiera la mira a través del telescopio, es como si le guardara rencor. A veces, le lanza piedras con la esperanza de que algún día lleguen al cielo y hagan reaccionar a esos astros a los que ha entregado parte de su vida.

Las últimas señales del radiotelescopio Aries XXI demuestran que el último destello encontrado es definitivamente un cometa, un nuevo cometa descubierto en ese centro astronómico español. Quizás es el logro de un país, pero para ella es su sueño, lo que más deseaba desde 1995, aunque es una victoria agrídulce, una victoria amarga porque su pequeña estrella se está muriendo, si no aparece pronto un nuevo donante.

El Centro Astronómico de Yebes se convierte en una fiesta, todos le dan la enhorabuena, la alaban por su trabajo y Adriana es el centro de todas las miradas, un referente para las nuevas generaciones, como lo fue para ella Ángel.

Ahora queda un largo camino y duros meses de trabajo para determinar cuál será la trayectoria de ese cometa y poder averiguar cuándo iluminará el cielo por completo, al igual que ocurrió con el cometa Hale-Bopp en 1997.

En Madrid la reciben con honores y en el pequeño pueblo de Yebes ya se ha convertido en toda una institución, alguien importante que pasea por sus calles, un honor para sus habitantes.

Han transcurrido un par de meses desde que se descubrió el nuevo cometa y le están pidiendo que, como principal descubridora, le otorgue un nombre. Ella está de nuevo apoyada en el volante del coche frente a las puertas del hospital y tan solo desea gritar con fuerza.

Su paso por los pasillos es lento, perezoso, lánguido, su mirada solo se dirige hacia el suelo, piensa que los astros le han mentido, la han engañado y ahora va a perder al ser que más quiere. Entra en la habitación intentado dibujar una sonrisa fingida, su pequeña apenas tiene fuerzas para incorporarse en la cama. Pedro está junto a ella, le ha recortado varias estrellas y ha adornado la habitación.

—Una guerrera como tú debe tener la compañía de las estrellas— le dice mientras le acaricia el rostro.

Y es entonces cuando entre lágrimas, Adriana encuentra el nombre del nuevo cometa. Se llamará Ara, el apelativo cariñoso que le dice Pedro a Esther.

—Mamá— su voz se entrecorta, sus débiles fuerzas tan solo pueden estirar el brazo para que su madre lo acaricie.

—¿Sabes cómo se va a llamar el nuevo cometa? Ara, mi pequeña constelación.

—¿Cómo yo?, ¿cómo me llama Pedro?— todavía tiene fuerzas para dibujar una preciosa sonrisa en sus labios.

—Yo os dejo descansar— dice Pedro.

—No me cansaré de darte las gracias— le contesta Adriana mientras lo mira con los ojos plagados de lágrimas escondidas.

—Es mi trabajo— le dice y una sonrisa de paz inunda el corazón herido de esta pobre madre.

—Espera.— Lo detiene en la puerta de la habitación.

—¿Se pondrá bien?— le pregunta con una mirada que se asemeja más a una plegaria.

—Piensa en las estrellas, tal vez obren el milagro— le contesta con una lágrima deslizándose también por su rostro.

Esther duerme y Adriana tan solo puede pensar en la imagen de Ángel, su mentor, él es también una estrella del firmamento desde hace diez años.

—Ayúdame, ayúdame como lo hiciste cuando tenía quince años.

Los dos años que tardó en surcar el cielo el cometa Hale-Bopp fueron los más intensos en la vida de Adriana. Ángel la hizo partícipe de cada avance del Centro Astronómico, pero la diferencia ahora es que su cometa, Ara, sí que ha sido avistado inicialmente en España.

La primera vez que vio el centro Astronómico de Yeves fue en 1997 bajo las indicaciones de Ángel. Había sido inaugurado diez años antes y todo era demasiado nuevo y a la vez algo imperfecto, como un sueño que poco a poco se va construyendo y haciéndose realidad. Un cuatro de diciembre de 1987 fue la primera vez que ese Centro Astronómico abrió sus puertas y desde ese día los avances, las nuevas investigaciones y la construcción del radiotelescopio Aries XXI han sido una constante para el Instituto Geográfico Nacional.

El 11 de abril de 1997 fue la primera vez que contempló las estrellas y el esplendor de un cometa en los campos de Yeves; Ángel la invitó junto a sus padres para que vivieran ese momento con la plenitud y grandeza que verdaderamente tenía. Cuando los padres de Adriana vieron los ojos de su hija cristalizados de emoción al contemplar el cielo, supieron que su destino no era

más que la astronomía. Y junto a ella han luchado para que pudiera cumplir su sueño.

Ángel fue uno de los promotores de la construcción del radiotelescopio Aries XXI, era su deseo; sin embargo, quien ha conseguido proporcionarle la gran utilidad que ahora posee ha sido su pupila. Ocho años tardaron en construir la Torre de Vigilancia, como lo llama Esther. En 2008 fue inaugurado, bajo las lágrimas de un hombre ya de pelo cano, arrugas en la frente, pero una mirada de entusiasmo propia de un adolescente y junto a él estaba una joven de veintiocho años, hacía poco tiempo que se había incorporado definitivamente al cuerpo de astrónomos del Instituto Geográfico Nacional, lo miraba con unos ojos de admiración y de emoción difíciles de igualar, era la mirada más noble de una alumna a su maestro. Pero tristemente Ángel falleció repentinamente en 2010 y fue entonces cuando con un gran dolor y profundas lágrimas, Adriana fue elegida como la nueva Jefa del Centro Astronómico de Yebes. Ella hubiera deseado que ese relevo se hubiese producido bajo la atenta mirada de su mentor. Pero hizo frente a aquel desagradable momento porque sabía que era el mejor regalo que le podía entregar a Ángel.

El radiotelescopio Aries XXI ha sido una de las mejores construcciones astronómicas de las últimas décadas, su gran cabina permite la incorporación de cientos de receptores, algo imprescindible para el nuevo descubrimiento.

Esther es ya una niña muy débil y su madre tan solo puede llorar y suplicar una y otra vez:— En nombre de las estrellas, por favor.

El Sol vuelve a salir en el horizonte desolador de las vistas de una habitación de hospital. Pero viene acompañado de una visita muy especial para Esther.

—¿Cómo está nuestra niña?— Sus abuelos han venido a verla y ella todavía tiene fuerzas para poder abrazarlos.

—Papá, mamá— es lo único que es capaz de pronunciar Adriana mientras se abraza a ellos llorando.

—¿Qué podemos hacer?— le pregunta su madre.

—Abrazarla, abrazarla muy fuerte.— Adriana sale corriendo de la habitación, desea huir, solo quiere impedir que su hija muera. Sube al coche y se queda pensando. Ahora que sus padres han venido, le va a pedir un favor a Pedro, quiere cumplir el deseo de su hija de ver La Torre de Vigilancia.

—Voy a consentir esa travesura, si yo os acompaño esta noche.— Adriana no sabe cómo agradecerle tanto cariño a Pedro y le da un espontáneo y cálido beso en la mejilla.

El cometa Ara todavía no ha alcanzado su máximo esplendor, dentro de unos meses iluminará el cielo, pero ya se puede observar y eso es lo que desea Adriana, que su hija pueda verlo en compañía de todos los que la quieren, que pueda cumplir su último deseo.

Esther, sus abuelos y Pedro, están en el Centro Astronómico de Yebes siguiendo las indicaciones de la gran astrofísica.

La pequeña no puede saltar de alegría, pero la felicidad inunda su débil cuerpo y parece que puede recuperar algo de fuerza respirando el viento de los robles y las estrellas.

Adriana le entrega los prismáticos a su hija para que pueda ver su querido cometa Ara y de pronto una espontánea estrella fugaz aparece en el cielo, aun sin ser época de perseidas.

Los prismáticos caen al suelo y Adriana se arrodilla, sin importarle la explicación científica de esa estrella y creyendo en antiguas leyendas.

—En nombre de las estrellas...— No puede continuar, su voz se entrecorta y balbucea palabras mientras Pedro intenta levantarla del suelo.

Ambos se abrazan y Esther siente que su deseo se ha cumplido; desde que conoció a Pedro solo ha querido que él fuera su padre.

Ese sincero abrazo es interrumpido por el sonido algo estridente pero con reflejos de esperanza del móvil de Pedro.

—¿Dígame?— contesta y se aleja.

Adriana intenta que su hija no se de cuenta de nada, pero un grito de alegría altera el silencio.

—Hay que volver inmediatamente al hospital; ha aparecido un donante compatible, aunque esté muy débil hay que intentarlo.

Adriana siente un profundo vértigo y parece que todo dé vueltas a su alrededor, pero por fin las lágrimas de alegría inundan sus mejillas.

—Hay que prepararlo todo, la intervención se realizará mañana.— Pedro está ilusionado y al mismo tiempo siente pánico porque algo pueda salir mal, pero es la única solución para poder salvar la vida de la pequeña.

Esther se aleja de la Torre de Vigilancia sonriéndole y con una mirada de profundo agradecimiento.

## EPÍLOGO

Adriana y Esther se despiden de las vistas de ese hospital que durante tanto tiempo ha sido su cruel refugio. Por fin el trasplante ha funcionado, todavía quedan muchos meses de guerra, pero la gran batalla ya ha sido ganada. Pedro las está esperando para llevarlas a casa, ha decidido despedirse de ellas con una cena algo romántica o tal vez para Adriana lo sea de agradecimiento. Esther ha dejado su telescopio junto a la ventana para el próximo niño que tristemente tenga que pasar por el mismo horror que ella.

—Qué las estrellas te acompañen— susurra.

Por fin están los tres en casa, observando al cometa Ara que ahora sí ilumina el cielo por completo. El Gran Cometa de 2020. El cometa milagro para esta familia.

—En nombre de las estrellas... gracias— susurra Adriana lanzando un beso al cielo.



Memoria  
geográfica  
David Santiso



# Memoria geográfica

David Santiso

Debo de tener unos setenta años. Al menos, el rostro que veo en el espejo aparenta esa edad. Contemplo la imagen que me devuelve el cristal azogado y parezco ser un hombre relativamente sano, ajado por la edad, pero en buena condición física.

Si no hablamos del estado mental, claro. No recuerdo apenas nada.

Lo acabo de hacer, así que supongo que cada día me despierto y hago lo mismo. Vengo de una penumbra oscura y confortable, sin sueños, sin recuerdos, sin dolor. Abro los ojos y me pregunto dónde estoy. De alguna forma, reconozco mi habitación de una manera difícil de explicar, rara. Quiero decir, aunque no recuerdo nada de ella, estoy seguro de que si me despertase en otro sitio lo extrañaría aún más. Por eso creo que llevo aquí bastante tiempo. Lo que me rodea tiene para mí un aire vagamente familiar, en el sentido más puro y etimológico del término. Una rutina, quién sabe de cuanto tiempo, ha dejado un poso en mi mente que me acomoda en este entorno. Todo lo que veo es como si hubiera estado aquí desde siempre. Supongo que ese siempre quiere decir desde que esta dolencia se apropió de mi cerebro y alguien me depositó aquí. A lo mejor son meses, a lo mejor son años.

Tengo bastante discernimiento, pero soy como un bebé que no tuviera ninguna sapiencia previa sobre nada. Analizo la situación en que me encuentro y deduzco que mi mente lo único que tiene es un problema de memoria. Aparte de eso, podría realizar cualquier tarea, aunque me traten como a un incapaz. Si es que hubiera algo que hacer en este sitio.

Sé que hago siempre lo mismo porque mi cuerpo me lleva por estas rutinas como una máquina en una línea de montaje. Una vez que despierto en la cama al subirse las persianas, voy al baño y me aseo. En seguida alguien de profesión sanitaria o cuidadora llega y con cariño algo maquinal me lleva a la sala donde me dan de desayunar. Me espera una bandeja con comida y un botecito de pastillas. Leo mi nombre en el recipiente. No significa nada para mí. Realmente, leo el nombre de un desconocido.

En esta rutina acomodaticia, considero innecesario saber de mí o de lo que he sido antes de este preciso instante. No sé cómo me llamo. La parte pensante de mi ser se asombra del hecho, pero al rato se despreocupa de ello. A los pocos minutos de aparecer en el día, comprendo que aquí no hace falta ese dato. Los que sí necesitan saberlo, ese pequeño ejército vestido de verde sanitario, que atiende al rebaño empijamado del que formo parte, me proporcionan lo que necesito puntualmente, una vez que leen en fichas los parámetros de mi dolencia.

El resto de mis compañeros de pijama se interesan aún menos por el prójimo. No soy el que peor está, la verdad. Tumbado a mi lado derecho de la cama tengo un vecino cuya luz interior se ha agotado definitivamente. Es poco más que una funda vacía de un ser humano, que respira y procesa con economía de guerra los nutrientes que gotean, con ritmo de metrónomo, desde una bolsa trasparente hasta una puerta abierta en su antebrazo.

Estoy viendo mi futuro, supongo.

Después de comer vendrá ella. No sé quién es, obviamente. Ignoro si es mi pareja de toda la vida. Sí sé que la reconozco, igual que reconozco mi habitación aunque no sé el tiempo que llevo viviendo en ella. A esta mujer, de hecho, se puede decir que la espero, cada tarde. De nuevo, la costumbre ha logrado insertar una cierta rutina en mi nebuloso quehacer diario. Mi cerebro se activa con la proximidad de su llegada, además de que las drogas que me administran en las comidas alumbran un poco la penumbra durante un tiempo.

Llega y saluda con un cariño, creo yo, bastante impostado. Me pregunta qué tal estoy. Obvia las preguntas sobre si la recuerdo. Sé que solo plantear la cuestión le produce dolor. Sería cruel por mi parte preguntarle quién es. Miro

su rostro y no lo reconozco más que lo que reconozco el mío propio. O sea, nada. No es una cara agradable. La falta de afecto me permite ser cruelmente objetivo. Los años no han tratado bien a esta mujer. Debe tener mi edad, así que descarto que se trate de una ascendiente o una descendiente. Por cómo departe conmigo no me acabo de decidir si es mi esposa o mi hermana, si es que existen alguna de esas dos personas. Su conversación trasluce fidelidad obligada, y un cariño viejo y casi gastado. Que yo recuerde, si se me permite el sarcasmo, viene todos los días y me pregunta siempre lo mismo. Supongo que le han dicho los médicos que me convienen esas preguntas.

Pasaré un rato. Me cuenta cosas que no entiendo sobre gente que no conozco. Todo lo que sean relaciones humanas me fatiga enormemente, porque al no saber las interconexiones entre ellos es imposible seguir el hilo. De vez en cuando se queda callada. Sé que mira la hora cuando cree que no me doy cuenta. A veces, cuando el chute de medicinas ha conseguido activar unas cuantas sinapsis más, allá dentro de mi cerebro, y me encuentro más lúcido que otros días, estoy tentado de preguntar por una persona, que no sé exactamente quién es. Es alguien joven. De alguna forma, ella me recuerda su presencia. Podría ser un hijo, una hija que hayamos tenido juntos o quizá sea algún tipo de sobrino. También podría ser un hermano menor. La primera posibilidad es la única que me emociona. ¿Tendré un hijo? Eso sí quisiera saberlo, o recordarlo.

La posibilidad de haber alumbrado una vida y que yo me haya apagado para ella, que me haya fundido en la penumbra para siempre, como mi compañero de habitación, ya sumergido en ese océano espeso de oscuridad, me produce una tristeza infinita. Y es en esas infrecuentes ocasiones de lucidez cuando me doy cuenta de lo cruel que es, para todos, la enfermedad que padece mi mente. También comprendo lo que la tristeza ha hecho en el rostro de ella, que probablemente un día fue hermoso y ahora se deforma por una mueca de frustración.

Soy topógrafo.

Eso sí lo sé. Mi psique es como una zona pantanosa con una bruma eterna donde emergen islas herbosas de recuerdos en las que se filtra un poco de luz. Recuerdo perfectamente mi profesión. Tengo presentes multitud de aspectos técnicos. Miro por la ventana o andando por las zonas comunes de

este edificio y reconozco los efectos de la gravedad, el movimiento del Sol y de la Luna, el trasiego de las pocas estrellas que se ven aquí por la noche. Calculo distancias a ojo. Superficies. Volúmenes. Reconozco la verticalidad de los muros. Valoro alturas de árboles. Cuento elementos, como el número de los bancos y de farolas que hay en el jardín, la longitud de una línea de bordillos, la superficie de una zona con césped.

A veces la televisión comunitaria que vemos en el salón me hace vislumbrar sitios donde he estado trabajando. Calles de Madrid. Pueblos. Incluso algunos lugares lejanos. Montañas donde estoy seguro de que hay un vértice geodésico, hasta el que he subido un receptor GPS para hacer una observación. Sé que no son falsos recuerdos o fantasías. Yo he estado en esos sitios. Mi cuerpo se estremece en ocasiones de frío o de calor cuando le llegan esos chispazos de memoria, rememorando lo que sentí cuando hice esos trabajos. Entiendo entonces que el archivo cerebral funciona mejor con sensaciones que con fechas o actos concretos.

Lo llevo en secreto. Nadie sabe que recuerdo mi profesión. Creo que es lo correcto. ¿Cómo es posible que recuerde tantas cosas sobre mi trabajo y que no sea capaz de reconocer a una persona que viene todos los días a pasar la tarde conmigo? No se lo puedo contar. Sería comportarme mal, por mi parte. Esa mujer está unida a mí porque tengo esta dolencia, que me borra selectivamente mi vida pasada de la cabeza. De alguna forma, entiendo que ella cree que es su deber venir a verme. Pero también veo que yo soy su excusa para no seguir viviendo o quizá, para no vivir de verdad por primera vez en toda su existencia. ¿Tengo derecho a hacerlo? Si le quito esto, quizá le robe el sentido de su quehacer diario, o de su proyecto vital: cuidarme o sentirse necesaria, viniendo para compartir la tarde con un viejo, que se hace el cascarrabias para no demostrar que es un inútil social.

A veces incluso me llegan verdaderos recuerdos muy vívidos de retazos de conversaciones pasadas; no literales, más bien las impresiones que experimenté cuando hablé con compañeros, o con jefes, o con empleados. Son como sueños, pero estoy seguro de que son o fueron reales, quiero decir, que ocurrieron de verdad. Nunca sale ella en esos recuerdos con forma de ensoñaciones. Supongo que no debió acompañarme nunca. Quizá tenía otro trabajo o estaba en casa. Imposible saberlo. Imposible averiguarlo.

Aquí se creen que soy como el compañero de habitación, ese cuerpo inerte que solo representa un gasto inútil. Pero no. Se me habrán olvidado muchas cosas, o más bien no soy capaz de encontrarlas dentro de mi mente, pero sigo siendo topógrafo. Ese que subió montañas, desafiando fríos y calores. Ese que bajó a algunos abismos, trabajando en una oscuridad que pocos soportarían. Lo recuerdo perfectamente. Me veo con mis instrumentos topográficos en picos, llanuras, cuevas, edificios, garajes... quizá sean retazos de memoria un tanto borrosos, pero sé que son ciertos y que aún, aún hoy, los puedo recuperar.

Por eso quiero ponerme a prueba. Aquí me estoy atocinando día a día. Las drogas que me dan les sirven para tenerme atontado y dócil. Pero mi cerebro todavía no está muerto. Les voy a demostrar a ellos y a esa mujer de lo que soy capaz. Yo, que armado con mis instrumentos topográficos he estado en paisajes infinitos, no puedo dejarme apagar aquí como una batería inservible. Mis pupilas, que se han achicado para soportar el aplastante bombardeo fotónico del Sol, que se han abierto asombradas por paisajes desconocidos para la mayoría de la población, no se merecen un fundido a negro como una película barata, necesitan ponerse a prueba una vez más.

**INFORME DE INCIDENCIA****Fecha:** 23 de marzo de 2020**Hora:** 13:30 – 16:00

**Descripción:** *El paciente se escapó del centro. A la hora de la comida de su turno (13:30 14:00) no estaba en su habitación ni acudió al comedor. El personal de planta dio un aviso de búsqueda en todo el edificio. Al resultar negativo, se activó el protocolo de escape de interno. El personal de la puerta no dio informe de salida. No se sabe todavía cómo pudo escapar. A las 15:12 se recibió una llamada en centralita de un vecino de la calle adyacente al centro. Estaba viendo al interno parado en medio de la acera. Se personaron dos celadores en el punto indicado.*

*Se dio la situación de que a la desorientación acostumbrada que aquejan a estos pacientes cuando salen del centro se unió la conocida situación de confinamiento domiciliario por el Estado de Alarma concretado decretado debido a la pandemia del coronavirus COVID19. El paciente estaba en estado de semireconocimiento de la realidad por el hecho de ver las calles totalmente vacías de personas y de coches. Esa circunstancia acució su desorientación.*

*Cuando llegó el personal del centro, estaba situado en un punto concreto de la acera. Le llamaron por su nombre pero no parecía reconocerlo. Intentaron moverle de allí pero el interno presentó una férrea resistencia que se devino en hostil cuando insistieron. Los celadores describieron un estado de pánico y un miedo incontrolado a moverse del sitio. El punto de la acera donde se había situado tenía una barandilla para separar el tráfico rodado y a ese elemento se aferraba con la fuerza de la desesperación de este tipo de casos.*



*Una mujer sin vinculo familiar conocido va todas las tardes a visitarle. Avisada del hecho por llamada telefónica, acudió rápidamente al centro. Desde ahí, acompañada de otro celador, fue al lugar donde el interno no cedía en moverse.*

*Allí, con buenas palabras y amabilidad hizo ceder un poco la resistencia tan fuerte del paciente. Después, explicó a los celadores que el punto que había encontrado para quedarse quieto era una señal topográfica, como ella lo llamó, un clavo de lo que se denomina RRM RTM (Red Topográfica de Madrid). Es un término de su profesión. Parece ser que el paciente al sentirse desorientado por la mencionada circunstancia de las calles vacías encontró esa señal (es una especie de tornillo chapa incrustada en el pavimento) que reconoció y le daba miedo alejarse de allí. Debido a su trabajo de topógrafo, ese punto lo reconocía como una referencia geográfica, como lo único donde él sabía dónde estaba.*

*Tras unos cuantos minutos de conversación estrecha, esta mujer consiguió hacer que se moviera. Fueron hasta el centro y se despidieron más o menos normalmente. El interno estaba agotado. Comió algo y se le administraron unos calmantes que le hicieron descansar toda la tarde y la noche completa.*

### **CONCLUSIONES / MEDIDAS A ADOPTAR**

*Se aconseja subir la dosis de calmante en las tomas del desayuno, comida y cena. Asimismo, el tratamiento diario también debería replantearse, porque se ha visto que es del tipo de pacientes en los que la enfermedad va avanzando a escalones, no de forma progresiva ni tampoco en todas las áreas del cerebro por igual, es posible que tenga algunos recuerdos operativos y otros totalmente borrados.*

Ay, qué susto me has dado, mi amor. Cuando me llamaron de la residencia creí que me daba un infarto. Justo el día que iba un poco más tarde. Si te hubiera pasado algo no me lo perdonaría. Me faltaba la respiración cuando iba corriendo hacia allí. Últimamente además, no hago más que toser. Me daba muchísimo miedo que estuvieras solo en la calle. Encima con todo lo que está ocurriendo.

¿Por qué saliste? ¿Qué buscabas? Yo llegaba tarde, pero sé que a mí no me extrañabas, no me voy a hacer ilusiones a estas alturas. Aunque fuera la última persona sobre la Tierra y tú supieras comprender lo que eso significaría, seguirías ignorándome.

Menos mal que enseguida supe donde estarías y por qué no querías moverte de allí. Ese clavo de la RTM lo pusiste tú, ¿verdad mi amor? Ese y tantos otros. Es el más cercano a tu residencia. En medio de ese Madrid fantasmal y como de película de miedo que se ve estos días, te debiste encontrar muy perdido. A mí me pasa lo mismo. Están las calles totalmente vacías. Yo no me acostumbro aún. Pero seguro que al andar por la acera que rodea el edificio, te detuviste a pensar dónde estaría un clavo de la RTM. Tenía que ser en un sitio donde tuvieras visuales con los otros clavos que haya por allí, en las intersecciones de las calles, horizonte despejado para los satélites y visibilidad del entorno. Tu olfato de topógrafo hizo que dieras con él. Reconociste el lugar. Quizás te acordases de mí.

¿Puedo soñar con eso? O de lo que quede de mi recuerdo dentro de tu cabeza. Me haría muchísima ilusión, pero cómo saberlo. ¿Me dejas que fantasee con que recordases uno de tantos días en los que trabajamos juntos?

Porque yo estuve contigo. En ese punto. Pusimos juntos todas las señales en este distrito. Hará veinte años por lo menos. Pero ahí siguen ¿verdad? Igual que aquí seguimos tú y yo. Ya no trabajamos juntos, por desgracia. Pero yo sigo contigo. Viéndote cada día. Soñando con que tu mirada transmita alguna emoción cuando llego. Qué tonta. Ya me conoces. Soy así. Esperando siempre lo imposible. Como si la enfermedad te fuese a cambiar. Ja. No me mirabas hace veinte años, no vas a empezar ahora.

Yo siempre la otra. El segundo plato. Como mucho, el postre de algún día especial. A pesar de que pasé media vida contigo, compartiendo los encar-

gos de topografía por toda la península. Cuántas aventuras habremos vivido. Cuántos paisajes. Aquella vez que casi nos despeñamos por un barranco en Los Ancares. Aquella otra que te dio un desmayo por el calor en Córdoba. Esa familia de Asturias que nos acogió como a sus hijos, porque no encontramos hotel después de estar todo el día trabajando... Siempre juntos tú y yo. Como Bonnie y Clyde. Eso te gustaba decir, para engatusarme. Qué bien se te daba. La noche en la que no te apetecía dormir solo, toc toc, llamada a la puerta de la habitación del hotel, unas palabritas de las tuyas y ahí me tenías. Nunca pude resistirme.

Después... siempre te tenías que ir. ¿Qué más te daba? Nunca lo entendí. Estábamos a siglos luz de tu casa en Madrid y de ella, de tu esposa. Durante años soñé con despertarme abrazada a ti. Jamás consentiste. Cuántas veces me desperté llorando en esas impersonales habitaciones de hoteluchos de fortuna donde nos alojábamos, para después bajar al desayuno, duchadita, como una rosa, aparentando estar deseando salir a trabajar. Como si no hubiera pasado nada. Como si lo que vivíamos fuera para mí tan poco como era para ti.

Qué ilusión me hacía cuando nos registrábamos en el hotel de turno y el recepcionista nos trataba como marido y mujer. Hasta que tú le cortabas y dejabas muy claro que éramos dos trabajadores, independientes uno del otro. Cuando sospechaba que me ibas a hacer una visita nocturna y también cuando no, adecentaba todo lo posible el sencillo cuarto. Hasta llegaba a coger flores y ponerlas en un vaso del lavabo. Me hacía tanta ilusión jugar a que era nuestra casa la que preparaba para ti. Un hogar juntos. Qué imbécil. Jamás tuviste ninguna intención de tener conmigo más que trabajo y esas esporádicas visitas nocturnas.

Todo habría cambiado si hubieras consentido en seguir con mi embarazo. Un hijo tuyo. Para cuidarlo y quererlo como no pude hacerlo contigo. Seguro que hubiera sido un varón. Fuerte y guapo como tú. Un pequeño topógrafo que nos habría acompañado en nuestra vida de geómetras ambulantes. Sé que lo deseabas. Ella, ella no te dio hijos. Seguro que no quiso. Para no compartirte. Pero yo, te hubiera dado a tu hijo. Aquel niño, porque seguro que era un niño, hubiera sido nuestra felicidad. Un pequeño remedo tuyo a escala. Cuántas veces lo he imaginado. Alumbrarle. Verle crecer. Criarle juntos. Pero no. No quisiste. Mil excusas, promesas, engaños. Aquel niño se fue y no volvió

nunca más. Espero que te arrepintieses una y cien veces de haberme obligado a abortar. Era por nuestro bien, dijiste. Y yo te creí. No tenía que haberlo hecho. Nunca debí creerte en nada.

Como ves, yo guardo tus recuerdos. Si tú no puedes, a mí me sobra capacidad y empeño. Lo hago por ti. Por nosotros. Porque aunque tú no lo reconociste jamás, sí existió. Lo nuestro. Así lo tengo que definir. Lo nuestro. Parece un insulto. Sé que no tengo derecho a llamarlo de otra forma, como si fuera el seudónimo amable de una enfermedad terrible, del tamaño de la que ahora te aflige.

Recordar. Alguien tiene que hacerlo. Nunca quisiste admitir que existía algo más que un escarceo furtivo, en ratos de trabajo cuando estábamos en Madrid o en aquellas camas baratas que gastábamos cuando tocaba trabajar fuera. Borraste todos esos años a propósito, antes de que tu dolencia lo hiciera por ti. Fue muy cruel por tu parte. Me partiste en dos cuando pretendiste ignorarme después de tantos años trabajando y viviendo, sí, viviendo juntos. Lo intentaste, pero no pudiste. Quizá conseguiste apartarlo de tu mente, con el ruin proyecto de volver al hogar de ella y tener una vejez confortable, pero no contaste con que yo no lo olvidaría nunca, que sería para siempre el custodio de nuestro amor. Ahora no podrías recordar, mi vida, aunque quisieras. Pero como ves, yo sí puedo y lo hago por los dos.

Qué susto hoy, de verdad. Nunca te he visto en peligro sin estar yo implicada en ello. Como cuando nos persiguieron aquellos toros en esa finca de Huelva nada más sacar el nivel y las miras, o cuando tuvimos que subir escalando por dentro de un depósito de agua en Asturias, cargados con el teodolito. Siempre había compartido esos peligros contigo. Cuidándote y siendo cuidada por ti. Dos compañeros, dos socios, dos amantes.

Pero nunca te había visto perdido ni desamparado. Ni siquiera viendo estos años a tu chispa vital irse diluyendo poco a poco. En todo este tiempo, era como si la fuerza interior, que siempre tenías y que tanto me enamoraba, siguiera latente. Hasta hoy, que he visto como todo aquello que fuiste ya no lo eres.

Sabía que ibas a estar ahí. En cuanto me lo dijeron por teléfono y llegué a los pocos minutos, con el corazón en la boca. Me faltaba el aire. Iba ahogán-

dome viva, con estos pulmones míos que últimamente parece que no quieren funcionar. Me pidieron ayuda y supe dónde buscarte, aunque ya les habían avisado de donde estabas. Insistieron en que me acompañase un celador. Como si yo necesitara a alguien.

Te encontré, estacionado sobre la señal topográfica. El único sitio que tú asumiste como fijo en todo lo que te rodeaba. No reconocías la calle, ni el entorno. Cómo ibas a reconocerlo, si nadie podría decir que nuestra ciudad, tu barrio, es tal. No hay nadie por la calle, solamente circulan ambulancias y la policía. Este maldito virus nos va a matar a todos.

Pobrecito. Te desorientaste completamente ¿verdad, mi amor? Tenías la mirada extraviada. Dónde irías. Yo sabía que tú aún seguías recordando nuestro trabajo, la topografía, pero que no querías decirlo. Quizá para no compararlo conmigo, para no darme la última oportunidad de entrar en tu mundo. A mí, que soy la única persona que te queda en esta vida.

Quizá querías irte lejos y luego saber volver tan ufano y tan crecido como tú has sido siempre, confiando en tu instinto de geómetra, para demostrarte, a ti y a todos, yo incluida, tu legendaria capacidad de orientación. Esa supuesta habilidad remanente en tu cerebro se vio reducida a la nada, en cuanto abandonaste la residencia, que ya es lo único que conoces. La verdad es que como última escapada no ha sido demasiado honrosa. Tú, que desafiaste tantas veces la capacidad humana normal para aguantar sed, calor, frío... acabaste en una expedición de trescientos metros y con el pijama manchado de orín.

Tu mirada traslucía terror, desorientación, puro miedo. Llegué y te vi, acompañado de dos celadores como si fueran dos mastines que protegieran de un ejército de lobos a la última oveja del rebaño. Te aferrabas a la barandilla y tus dos talones cercaban el clavo topográfico, como tantas veces te había visto hacer para buscar la visual precisa, el hueco entre árboles, farolas, señales o cualquier otro elemento urbano, la ventana exacta por la que podríamos encontrar el otro punto, trescientos o cuatrocientos metros más allá.

Fui tan feliz.

Tus ojos se dulcificaron, por fin. Después de tantos años de ir a verte todas las tardes, faltando solamente alguna de ellas por alguna causa muy pero que

muy justificada. Después de tantas horas contigo dándote conversación, solo para que oyeras a alguien contándote algo. Relatándote nuestras anécdotas de años y años trabajando juntos, sabiendo que eras incapaz de colegir lo que te estaba diciendo.

Después de tanto sacrificio, por fin, vi en tus ojos una calidez. Tus pupilas azules, gastadas de ver tantos paisajes, se abrieron al verme. Después del miedo que estabas pasando, reconociste en mí, tras tantos años, a alguien querido. No sé si amado. Alguien que te podría sacar de esa situación.

Te costó soltarte, empero. Aún tuve que decirte al oído, sin vergüenza ninguna a pesar de que nos estaban mirando los celadores, lo que te amo. Recordarte que tú también me habías amado. Te conté lo nuestro, como si fuera la primera noticia que tuvieras de ello, como si se lo contara a un desconocido. No mencioné los despechos, ni lo que he sufrido. Solamente las cosas buenas, todo lo que nos hemos reído, los trabajos tan complicados que sacamos adelante, lo buenos que éramos haciendo algo tan difícil como vestir a la tierra de números y cifras, aunque fuéramos un desastre en algo tan sencillo como vivir.

Y entonces ocurrió. Sentí tus brazos cercándome en un abrazo donde no cabía nadie más. Apretándome contra ti. Por fin. No recordaba tuyo un gesto de cariño así en todos estos años. La felicidad era eso. Me necesitabas y ahí estaba yo, para ti, mi amor. ¿Cuánto tiempo estuvimos así? Hubiera estado todo el resto de mi vida.

Te separaste. Me miraste y de algún rincón oscuro de tu mente surgió mi recuerdo. Lo sé. Mirándome y recordándome, sabiendo en ese instante que había estado en ese lugar desde hacía muchísimo tiempo, esperando el momento. Tu rostro se transfiguró cuando afloró la ternura en él. Esos ojos azules con una dureza de hielo glaciario por fin fueron capaces de encharcarse con dos lágrimas, dos gotas que yo hubiera guardado como el líquido más precioso del universo. Me acariciaste la cara con tu mano temblorosa.

—Te quiero.

Lo oí. Por primera vez en mi vida me lo decía alguien. Te volví a abrazar. Lloré y lloramos juntos. No sé si habíamos vencido o lo habíamos perdido todo. Daba igual.

Nos llevaron de vuelta a la residencia. Íbamos de la mano como dos colegiales. Felices. Me despedí de ti en la escalera de acceso. Nunca me recordarás de nuevo. Nunca recordarás nada más. Me quedo con que si algo vuelve a tu mente, seré yo abrazándote.

Adiós. Mi amor. Mi vida.





# La medida

Juan José Quintanar



# La medida

Juan José Quintanar

Es viernes, por fin viernes... La fila es la misma de todos los días... Todos estamos formados haciendo la línea enfrente del tiro, a veces creo que somos como reses en el matadero, viendo como gira el malacate, como baja y sube el cable, pinche cable, casi no se nota, sube muy rápido, solo se ve como una línea entre el horizonte y los tejados, es una línea grasosa, que suena como chicle y que baja más rápido de lo que sube, de cualquier modo, aunque vaya para abajo o para arriba, por ese cable escurre grasa, huele feo esa grasa, nunca me he acostumbrado a ese olor. Y las mismas tonterías de siempre, algunos chiflan, otros gritan, casi siempre de lo mismo: «¡Anoche estuve con tu hermana!», dice uno... «¿Qué mandó decir la Sara?», grita otro... «¿Qué nos mandó de comer tu vieja?». Son voces anónimas, unas están atrás, otras adelante, amontonadas asoleándose o escondidas en las penumbras de los talleres; uno salió de la carpintería, lo vi cuando gritó. Pero no falta el más ocurrente que se lo dice al que está enfrente de él, no le importa, le vale. Pero igual todos reímos, hasta el superintendente que está observando cómo bajamos, nos está arreando, nos apura a bajarnos, casi nadie le hace caso, pero el cree que sí, piensa que como está grandote y es el jefe de la mina le vamos a tener miedo, se frota las manos, con sus guantes elegantes, se soba uno a uno todos los dedos, ¿Le apretarán los guantes? Quién sabe, son guantes finos, de piel, los ha de haber traído de su tierra, es de Guanajuato, creo, ¿O es de Zacatecas?, no sé, no es de por aquí, es de fueras, porque además habla muy raro, no me acuerdo de dónde es; el cree que nos espanta con sus gritos, me doy cuenta que en realidad todos lo ignoramos, estamos más bien nerviosos, nadie lo dice y creo que nadie lo sabe en realidad, pero son nervios,

¿O será emoción?, no sé en realidad que será, pero lo que sí es bien cierto, es que decir o escuchar alguna picardía, siempre relaja el ambiente. Es como una competencia diaria, todos atentos a ver quién dice la mejor tontería antes de bajar, nadie lo dice nunca, pero todos tenemos nervios, tenemos miedo, el mismo miedo que es compartido y que es disimulado entre tanta sandez.

Ninguno de nosotros tenemos la certeza de saber si volveremos a ver la luz del sol, bajamos, pero nunca sabemos si subiremos; pero es viernes, el día más emocionante de la semana, hoy pagan y cobrar hoy, significa ir a la cantina; una cerveza fría, una caguama, tal vez me tome dos, a ver si alguien me invita la otra, espero no ponerme pedo, porque si no, me acabaré por gastar toda la raya. Avanza la línea, ya se llenó la calesa otra vez, diez arriba y diez abajo, esta jaula tiene dos pisos, la cambiaron hace poco para poder bajar a más gente más rápido, a veces algunos ocupan más espacio y nadie los hace para atrás, nadie se avienta ni los empuja, no hay apuro, es para bajar y nadie quiere ir apretado, hacerse un poquito tonto y desperdiciar ese espacio significa estar afuera un poco más, ver el sol por otros cinco minutos, ¿O diez?, ¿Cuánto tarda la calesa en subir y bajar?, no sé, nunca he contado los minutos, igual tal vez un día lo haga, solo por curiosidad, pero no tengo reloj, nunca he tenido un reloj.

Apenas está amaneciendo, hoy hace más frío de lo normal, tal vez por eso sale más humo del tiro, la gente que nunca ha bajado a la mina dice que es humo, que pendejos, es vapor, abajo la mina es más caliente que el ambiente de afuera, «es como el vapor que sale de las alcantarillas cuando hace frío, y por eso hace más vapor que otras veces», eso me dijo mi inge un día. Ya fui a la oficina, es viernes, toca la medida, me apuré a desayunar, me cambié rápido, casi estaba haciendo las dos cosas al mismo tiempo, poniéndome el pantalón y comiendo el taco, un trago de pulque, poquito, porque es viernes, vamos a salir sedientos, tenemos que recorrer casi todos los lugares y con el calor, tanto subir y bajar y caminar, sudar, es una madrina, vamos a salir sedientos y hay que guardar un poquito para la salida. Saludé al inge cuando entre a la oficina, estaba tomando su café, también ya se había cambiado, hoy tenemos prisa, casi todos los días nosotros bajamos al último, pero hoy no, hoy llevamos prisa, es la medida y es el día más apurado; hay que avanzar lo más que se pueda hoy, para que mañana sábado, sea más tranquilo, lo menos que podamos dejar para mañana; y hoy con más razón, vino el jefazo, el ingeniero Medina, él es

el jefe de mi inge, es el jefe de los topógrafos, le dicen «ingeniero Medinon», y es que la próxima semana mi inge se va de vacaciones, ya le toca, solo una semana, pero eso quiere decir que no va a estar él y la próxima semana va a tener que venir en su lugar el jefe Medinon, y por eso él viene hoy, tiene que ver dónde quedaron los puntos para la medida de la siguiente semana; toca la chinga, hay que ir a la mayor parte de los lugares hoy, y vamos a salir sedientos, yo tengo mi pulque, ellos de seguro se van a ir a la cantina por unas cervezas, es viernes y mi inge se va de vacaciones, sí, de seguro se tomaran unas, ya los conozco.

Yo agarré la brújula, «la niña», la puse en su cajita, es un estuchito negro con correa de cuero, es una correa muy corta para que al llevarla colgada en el hombro, no campaneé tanto; casi siempre, entre semana, cuando vamos a hacer los levantamientos llevamos «al niño», creo que se llama teodolito, así le llaman los inges, nosotros le decimos «el niño», y en muchas ocasiones hasta ellos también así le nombran, ya los enseñamos a decirle así, y es que lo cuidan como si fuera eso, como si fuera su niño, dicen que es muy delicado y que hay que cuidarlo, cuidarlo como si fuera «nuestro niño». Pero hoy le toca a «la niña», la brújula, esa sí sé que se llama así porque suena como «bruja», a veces le digo así y al inge le da risa; eché «la niña» en su caja, también el otro aparatito, el que se parece al transportador que usan mis niñas en la escuela, pero éste es más grande, es de fierro y tiene un plomo chiquito amarrado a un hilito, y lo usan después de la brújula, dicen que mide la inclinación, yo creo que por eso le dicen «el clino», clino quién sabe qué, no se me queda el nombre, luego se jala la cinta y se hace la medida, también eché una plomada, a veces hace falta, la cuerda donde se cuelga la brújula, los tapones de madera que creo que nos harán falta, la pintura y la cinta, la cinta la lavamos ayer para que estuviera limpia hoy y que no batallamos para hacer las medidas, aunque siempre se ensucia, tenemos que estarla enjuagando entre laborío y laborío y hay que cuidar que no se arrastre, también la cuidamos mucho, dice el inge que no nos van a dar otra hasta quien sabe cuándo, pero yo sé que siempre tiene una nueva de repuesto, la tiene en su cajón que tiene llave, no nos la enseña para que creamos que la que estamos usando es la única que tenemos y la cuidemos, pero siempre tiene una cinta nueva guardada. Yo llevo mi flexómetro, me lo dio mi inge, está casi nuevo, ese si lo cuido, está bien bonito, tiene muchos números, los que siempre usamos, los centímetros, son los que están en color negro, los otros están en rojo y son los primeros que hay que

decir, los otros números que nunca usamos, quien sabe que sean, y tiene más rayitas, ni deberían de ponerlas en los flexómetros ni sirven; mi flexómetro está casi nuevo, lo compré el inge, todavía brilla, porque este si lo cuido, es mío, lo lavo y lo aceito diario para que corra bien al sacarlo y meterlo, eso le gusta al inge, que traigamos el flexómetro limpio, también a mí, hasta es más rápido hacer la medición, es viernes, hay que apurarlo.

Eché todo al morral, al guangoche de lona, es mejor éste porque nos dura más, no se rompe tan fácil cuando nos tenemos que arrastrar en la rezaga, a veces hay que arrastrarse para entrar al rebaje, y le cabe más, también voy a tener que lavarlo a la salida. Hermilo andaba preguntándole a los del contrato en donde están trabajando y donde le avanzaron esta semana, para saber por dónde podemos entrar a sus laboríos, él es el otro ayudante, es grandote y flaco, él tiene muchos años como ayudante, más que yo, tiene mucha experiencia en cómo hacer los trabajos y hasta creo que piensa como el inge, sabe muy bien qué hacer en cada levantamiento, se las ingenia y a veces se le adelanta al inge a decidir qué hacer o como hacerle, es mañoso el Hermilo, no es viejo, tal vez un par de años más que yo, pero tiene muchos años aquí en la mina, casi siempre ha sido ayudante de ingeniero, por eso le sabe tanto, y también porque muchos ingenieros han pasado por aquí, si Hermilo hubiera estudiado, sería un buen ingeniero. Todos lo respetan mucho, es muy serio, ni siquiera se atreven a decirle su apodo de frente, le dicen «el cono», que porque tiene el pescuezo como guajolote, largo y negro, pero nadie se atreve a decírselo en su cara, siempre a escondidas o cuando no está, ni yo le digo así, se enoja y hasta te mienta la madre, no le gusta que le digan así. El inge también ya preguntó dónde están los avances de las obras de esta semana, pero él le pregunta a los capitanes, ellos que son los encargados de las obras en cada nivel tienen anotado en sus libros los trabajos que se hacen en cada obra y así a nadie se le pasa ningún lugar de los que se tienen que medir.

Ya estamos los cuatro cerca del tiro, Hermilo ya les preguntó a los del contrato, y ya sabe por dónde podemos bajar y dónde está tapado, para que no hagamos la lucha de irnos por ahí, hasta le dieron un taco, todavía se lo viene comiendo, ya les hicimos señas a los inges para bajar, tenemos que irnos juntos, en el mismo viaje, porque si alguno se queda, nos vamos a ir atrasando y puede que hasta alguno se pierda y se vaya a otra obra, ya nos pasó una vez y el inge se encabronó un chingo, él nos respeta, hasta nos habla de usted, no

nos tutea ni nos dice por apodo, no nos grita, al contrario, nos habla despacito, creo que hasta con cariño, a Hermilo le dice «Milo», a mí me dice «Memin», porque soy Memo, de Guillermo. Me acuerdo de la vez que no vino Hermilo, aquella ocasión le tocó su descanso y nos prestaron al Jiménez, ese Jiménez es un desmadre, es medio paisa, no sabe leer ni escribir, es de la ciudad, pero yo creo que nunca fue a la escuela, hay mucha gente que no sabe leer, pero casi siempre son los que vienen de la sierra, esos sí están peor, porque hablan en su dialecto, nadie les entiende y ellos hablan el español medio cortado, yo creo que hasta te dicen groserías o picardías, porque tienen esa chispa de ladinos en la mirada y se ríen, bajito, malosamente, risa burlona, pero no les entiendes. Creo que con todo y que Jiménez no sepa leer, hasta le cae bien al inge, pero que el pinche Jiménez no sepa leer es lo de menos, ese cabrón está bien gordo y no puede subir a los contrapozos, tan solo para subir o bajar escaleras hay que estarlo esperando, hasta de solo caminar, se cansa y se queja, pero es un desmadre, nos tiene riendo todo el turno con todas las tonterías que dice, nos cuenta cosas que hace o que le pasan, puras tonterías, no sé si las inventa o en verdad le pasan, no tiene televisión y como no sabe leer, es imposible que en algún lado haya visto o leído las cosas que luego nos platica, muchas cosas, chisme tras chisme, y nos hace reír, esa es su gracia, por eso no nos molesta que nos lo presten cuando Hermilo no viene, Jiménez sabe silbar, silba mucho y muy bonito, canción tras canción, no sabe ni leer los números, pero igual nos entretiene con sus silbidos, como dice el inge: «nos hace el turno», pero hoy quién sabe adónde lo mandaron, no lo ví por el tiro.

Ahora sí ya estamos los cuatro adentro de la calesa, ya se llenó y vamos para abajo, vamos al nivel 400, ya le dijo el inge al calesero que nos baje ahí, casi nadie baja ya en ese nivel, la mayoría de las obras están en el nivel 550 y en el 625, pero algunos rebajes todavía están trabajando en el nivel 400, ya casi terminan, pero igual hay que medirlos. Yo entiendo cómo es la cuestión, son varios kilómetros caminando desde el tiro hasta los laboríos, y regresar otra vez, ir y venir y esperar a que nos bajen de nivel en nivel, cada 50 metros, eso nos atrasa mucho, es mejor y más rápido ir bajando por las escaleras de las obras, que tener que subirlas, están casi verticales, porque ahí las vetas casi no tienen inclinación, y es bien cansado subir, por eso siempre es mejor ir bajándolas; si tenemos suerte, llegaremos por los caminos hasta el nivel 550 y ya ahí sí bajaremos al último nivel por la calesa hasta el nivel 625, todavía no hay escaleras para bajar ahí. Vamos de prisa, hay que hacer todo rápido,

caminar, bajar, medir, pero como vienen los dos inges será más rápido, uno usa la brújula y el clino, mide, y el otro anota. Se llevan bien, son confianzudos, entre ellos si se alburean, pero mi inge no tutea al ingeniero Medina, le habla de usted, aunque se dicen picardías creo que mi inge respeta mucho al Medinon. Medinon tampoco es de por aquí, es de Chihuahua, de Naica, pero he escuchado que estudió en Guanajuato, desde joven llego ahí con su familia y creo que son varios hermanos que están metidos en esto de las minas y hasta su cuñado y la familia de su esposa, los escucho platicar, si, se llevan bien, el inge dice que el Medinon es un buen jefe, los ayuda mucho, a él y a los otros topos, hasta cubre sus vacaciones, como ahorita, también porque creo que no hay más ingenieros que hagan la medida. Medinon es grandote, alto, de ojos claros, muy güero, es muy gracioso, dice muchas barbaridades, te hace reír, nunca lo he visto enojado y creo que es muy chingón, porque todos los ingenieros de la mina le hablan con mucho respeto, los viejos y los jóvenes, dicen que el ambiente minero es muy chiquito, todos se conocen, y creo que es cierto, porque siempre los escucho platicar de gente y cosas que pasan en otras minas, en otros lugares. Dicen que su papá del ingeniero Medina también fue topógrafo, pero práctico, que no fue a la universidad, pero que era muy bueno y todos lo querían mucho, creo que ya murió.

Y así vamos caminando, llegamos al rebaje, por la parte de arriba, en el nivel 400, bajamos la escalera y entramos por donde se nota que están entrando los del contrato, todavía no llegan, todavía no hay ruido de las máquinas perforadoras, tampoco hay polvo, eso es bueno, porque es bien feo tener que estar respirando ese polvo, un polvo fino que se te mete y no se siente, se supone que debemos usar respiradores, pero son muy incómodos y no se escucha lo que decimos, lo bueno que el ingeniero de seguridad casi nunca baja, el muy huevón, solo se dedica en las mañanas a repartir en su oficina guantes y botas, y respiradores, cuando hay, porque casi nunca tiene; reparte el equipo por las mañanas, un rato antes de que nos bajemos, porque ese es su otro pretexto, que ya no atiende porque nos tenemos que bajar, y ya cierra y se mete a su oficina. A veces lo encontramos abajo, en algún nivel, casi siempre va solo, y baja bien tarde, solo anda caminando viendo que si algo está mal puesto o fuera de su lugar, hace su reporte y se lo da al superintendente, esa es toda su chamba, es un huevón. Cuando llegamos a algún lugar donde si hay polvo, entonces usamos un pañuelo, una franela, cada quien lo que traiga, nos tapamos la boca y la nariz, todos andamos así, de algo debe de servir, al



cabo solo es un rato de polvo y así si escuchamos lo que decimos. Pero ahorita no hay nadie, no hay polvo y vamos a empezar a medir, sacamos la cinta y el cordel, ya están bien amarrados, que no se zafen, ya encontré el punto de donde se empezó la medición de la semana pasada, de ahí nos vamos a volver a agarrar, es un clavo que se quedó incrustado en la piedra, los restos de pintura me ayudaron a encontrarlo, ya con eso me dice el inge que soy bien chingón, y Medina me hace burla, dice que «casi» como el Jiménez, solo para hacerme desatinar, pero nos reímos, los cuatro.

Vamos avanzando, Hermilo va por delante, en ese irregular pasillo que hace el rebaje, angosto, largo, húmedo y oscuro, pero él ya sabe bien cómo hacer la medición, camina llevando el cordel y avanza mientras el espacio esté libre y nada interrumpa la línea que hace la cuerda, tampoco hay que hacerla tan larga, se cuelga mucho la cinta y dicen los inges que ya miente la medida, y no queremos eso, los contratistas siempre reclaman, siempre con su idea de que les roban, y es que es para eso que se hace la medida, para que les paguen el avance que ellos hacen en las obras, por eso siempre nos dicen que los robamos, como si nos dieran algo por robarles, de seguro por esa razón nos dicen «los robametros», y ahorita que no están y estamos midiendo, con mayor razón lo harán, pero viene el ingeniero Medina, a él no le reclaman, a él lo respetan. Mi inge ya midió su rumbo, escuché que dijo que en directo y en inverso, quién sabe qué es eso, pero pone la brújula una vez, la quita y la vuelve a poner, pero le da la vuelta, Medina hace su anotación en su libreta, esas libretitas que cargan, ahí traen anotados sus datos de todos los trabajos, de los de la semana y los de la medida, todo lo anotan ahí, números y números, que quien sabe que tanto harán con ellos. Ahora pone «el clino», aquieta el plomo, se asoma, se agacha, observa, piensa y dice algo bajito, pero lo repite fuerte y dice ya un número: «Más cinco grados con veinte minutos», yo no sé dónde le vea los minutos, no es como ver el reloj, solo ellos se entienden, ahora viene la medida, Hermilo jala la cuerda, va saliendo la cinta, veo correr y correr los números, van saliendo los metros, los centímetros, los minutos, para mí también pasan los minutos, las horas, la vida, y me veo, primero era un niño, pastoreaba mis borregos, mi mamá me levantaba muy temprano, me servía un té, me lo tomaba mientras me vestía, medio dormido, a veces me daba un pan, todavía no había siquiera salido el sol, pero ya me tenía que levantar, mis sueños se quedaban a medias, pero igual al menos algo tenía a medias, un té o un café y un pan, algo me llevaba a la boca, me hubiera gustado más llevar-

me a la boca la mejilla de mi mamá, darle un beso o que ella me hubiera dado un beso, pero solo me llevaba sus gritos: «¡Apúrate!, ¡Despiértate ya!, ¡Ponte la ropa!, ¡Ya saca esas borregas y apúrale que te tienes que regresar para irte a la escuela!», y así día tras día, llevaba las borregas al campo, ya después llegaba mi papá y él se quedaba con ellas y yo me regresaba para agarrar mis libros para irme a la escuela, al menos terminé la primaria, al menos aprendí a leer, al menos aprendí los números y no tengo que andar como el Jiménez haciéndome el gracioso para tener trabajo, y también aprendí a silbar, no me salen canciones, pero para pastorear tienes que silbar, duro, muy duro, que te escuchen, que se espanten, las borregas no necesitan que les silbes bonito, y así pasaron los minutos, las horas, los días, la vida.

«¡Hey!... ¡Memín! ... ¡Memo!... ¡Despierta!... Ya no era mi mamá, ahora era el ingeniero Medina el que me gritaba, y me chiflaba, ahora era él quien me despertaba: «¡Ya terminamos, despierta, vámonos para abajo, a la que sigue!»... reímos los cuatro. Seguir bajando, hasta el nivel 450, caminar y caminar, yendo de obra en obra, las más fáciles, llegar al tope del túnel, ahora sí, ya vamos encontrando a la gente trabajando, ya están las máquinas perforadoras a todo lo que dan en los laboríos, a veces solo con una, a veces con dos, mucho polvo, mucho ruido, no te escuchan, hay que hacer señas con la luz, mover la cabeza insistentemente de arriba para abajo y de un lado a otro, para que vean la luz de la lámpara y paren la máquina, se despeja un poco el polvo y entonces el mismo grito para los contratistas: «¡La medida hijos de la chingada!»... y no les gusta, están metidos en su trabajo, no les gusta parar, se enojan, hacen coraje, pero paran, cierran la válvula del aire que alimenta a la perforadora, no sin decir a modo de venganza: «¡Llegaron los robámetros!»... esa es su frase favorita de muchos de los del contrato, pero ni les hacemos caso, bueno, yo sí, les miento la madre y parece que hasta se quedan contentos con eso; ya entonces sí, después de ese ritual, medimos, solo un cintazo, el mismo proceso también de cada ocho días, buscar donde se quedó el machote de la semana pasada, un tapón de madera en alguno de los boquetes que quedaron de la barrenación hecha metros atrás, siempre con el contratista atrás de uno, según él, viendo la cinta, para que no lo vayamos a robar, que le midamos bien, queja tras queja. Alguna vez alguno de los contratistas que se quiso pasar de vivo, movió el machote, cambio de lugar el tapón, pero lo puso más adelante, por lo que la medición le resulto contraproducente, él solo se quitó metros en el avance que tuvo en esa semana, pero el inge se dio cuenta, porque no le salían

las cuentas y aunque eso lo puso a dudar, estuvo pensando en quien se había equivocado, que si nosotros que medimos, que si tal vez el anotó mal, pero estudiando que había pasado, la duda se despejó rápidamente, y es que los contratistas se dan cuenta de que tenemos los machotes, los tapones, pero no saben que el avance también lo tenemos medido con los puntos de los levantamientos que se hacen semana tras semana, es lo que hacemos entre semana, ir a las frentes y hacer el levantamiento con «el niño», el mentado teodolito, dice el inge que esa medida es muy exacta, y yo creo que sí, porque se hace con la cinta de metal, con las rayitas de la cinta que ya ni tienen números, creo que las tienen que contar después de los centímetros, y las medimos jalando bien la cinta, hasta duele la mano de estarla estirando; y con las plomadas, en el hilo que se cuelga de los clavos que se ponen arriba, y debajo de una de esas plomadas esta puesto el aparato, y miden hacia atrás y miden hacia adelante, siempre anotando las distancias y midiendo también en el aparato sus grados, y creo que también tiene un reloj ese aparato, porque siempre dicen: «tantos grados, tantos minutos y tantos segundos», siempre así, «el niño» ha de tener un reloj adentro, mejor ese aparato tiene reloj y yo no, voy a guardar y me voy a comprar uno un día; pero eso no lo saben los contratistas, ni idea tienen que de esos puntos también hacemos la medición y nos contó el inge que así se dió cuenta de la vez cuando nos quisieron hacer trampa; terminamos ahí la medición; y seguimos bajando y seguimos midiendo, varios contrapozos, estos pozos pero que en vez de ir para abajo, van para arriba, por donde después irán los caminos y las escaleras, según dice el ingeniero que son para hacer ventilación en los túneles y entre los niveles, yo veo que también son para separar los rebajes unos de otros para que cada contratista esté en un rebaje bien separado del otro, siempre he pensado que los contrapozos son las obras más complicadas para medir, pero cuando son inclinados, no son tan difíciles, hasta por su nombre los conocemos, «os cuarenta y cinco», dicen que son a cuarenta y cinco grados, y no sé si sea así, pero es más fácil subir y bajar en ellos; pero si hay que sufrirle cuando son verticales, les dicen «cielo» y son bien difíciles, hay que subir con cuerdas, conforme avanzan van subiendo trancas, las ponen a cada seis o siete metros, son un par de maderos a las orillas, bien reforzados, y luego otro y luego otro, y entre ellos las cuerdas, con nudos para poder sujetarse bien, es muy cansado y peligroso, pero igual hay que medir el avance en estas obras. Al menos nosotros subimos cada ocho días, pobres mineros, ellos suben diario, pero como les dice el Medinon: «Pinches gueyes, quien les manda no haber estudiado», y reímos todos, hasta ellos.

Y así se va pasando el turno, a veces diez, doce, quince obras, caminamos y caminamos, subimos y bajamos, esa es la medida, es cansada, casi nadie quiere ser ayudante de ingeniero porque los viernes es la chinga, pero es un día diferente, hoy pagan. Terminamos, el inge pidió la calesa con la campana, el toque de jefe y el nivel para que sepan que es él y en donde estamos, se supone que el calesero y el malacatero obedecen y deben bajar la jaula para subir a los ingenieros, casi siempre lo hacen, casi nunca rápido, pero bajan, y todos subimos. La salida es un viaje especial, y claro que si lo es, no lo digo yo, nunca nadie lo dice, pero si es un viaje especial, es una sensación llena de sentimientos, emoción, alegría, casi siempre salimos callados, será por cansancio o porque cada quien está inmerso en su propio pensamiento, a todos se nos ve el gusto de volver a ver la luz del día, salir de la oscuridad de cinco o seis horas, ir sintiendo la claridad, sabiendo que vamos llegando arriba, a la superficie, cumplimos el turno, se iluminan nuestros rostros, con luz, con una sonrisa, salimos bien, cada quien le reza a su santo, Hermilo se persigna, los inges se quitan la lámpara del casco, se miran, se hacen gestos, irán a su oficina para ir adelantando a pasar sus datos, tienen sus calculadoras, algo de sus cálculos irán haciendo, pero es viernes, fue la medida, y de seguro irán por una cerveza, yo tengo mi pulque y ya me anda por darle un pegue, tal vez vaya a la cantina y me tome también una cerveza, tal vez alguien me invite una, alguno de los contratistas, esos que nos mientan la madre allá abajo, los que creen que los robamos, pero en el fondo saben que no es así; y así pasará la semana haciendo los levantamientos, sin prisas, aprovechando que hay obras donde no están trabajando cuando vamos, alguna frente, algún contrapozo, dice el inge que necesita tener sus planos actualizados, pasarán rápido los grados, los minutos, los días, hasta el próximo viernes, hasta la siguiente medida.

Apuntes sobre  
el rigor cartográfico

Víctor Olaya



# Apuntes sobre el rigor cartográfico

Víctor Olaya

La primera en levantar la voz de alarma fue una pequeña casa de subastas que se negó a incluir el mapa en el lote correspondiente, bajo el pretexto de que aquel no era obra original de quien se decía. El estilo, perfectamente imitado a decir de los expertos que evaluaron la pieza, sí se correspondía con los trabajos de Edward Fitzpatrick, el reputado cartógrafo que sirvió a principios del siglo XVIII en la corte inglesa, pero no así las imprecisiones y errores groseros que eran sencillos de apreciar para cualquier observador ducho en los asuntos cartográficos.

La realidad que contaba ese mapa adolecía de una insultante falta de verosimilitud. Bastaba cotejar con cualquier otro de la época para ver lo distintos que eran los rincones que allí se suponían representados. La mayoría de las formas eran erróneas; la mayor parte de las medidas, incorrectas.

El fraudulento artista se había preocupado por copiar la técnica y la estética de los mapas de Fitzpatrick, pero no así su rigor, y había puesto un ridículo empeño en darle el aspecto más evocador posible. Había querido distorsionar el mundo para hacer más atractivo el mapa, un delito de lesa diligencia que ningún cartógrafo cometería con semejante desvergüenza.

La pieza no logró entrar en el mercado del arte cartográfico, y quedó como un mero objeto decorativo sin valor para el coleccionismo. Otras, pese a haber circulado hasta entonces sin despertar sospechas, le siguieron en su camino a la irrelevancia tan pronto como se destapó ese engaño y comenzaron a aflorar en manos de diversos coleccionistas trabajos similares, aquejados todos de idénticas carencias.

Unas pocas pesquisas, y se descubrió que a Fitzpatrick no le había sido encargada nunca la tarea de cartografiar tales lugares. Incluso salió a la luz una pequeña colección de nuevos mapas apócrifos en los que se recogían enclaves irlandeses, y que habían sido atribuidos a Fitzpatrick sin que nadie lo cuestionara. De ser obra del mismo usurpador, revelaban su poco cuidado en la elección de localizaciones: Fitzpatrick nunca realizó ningún mapa en aquel país, y ni siquiera lo pisó durante su vida.



A través del ventanal amplio y luminoso de la casa de los Fitzpatrick, en lo que entonces era un barrio periférico de Londres, no se alcanzaba a ver el horizonte. Toda la vista estaba hecha de edificios y una calle ancha.

Mary Fitzpatrick pasaba buena parte del día frente a aquella ventana, recordando los tiempos en que solía pasear por esas calles y viajar con su marido, al que incluso siguió en algunos viajes de trabajo. Amaba toda clase de lugares amplios, de paisajes espaciosos. La ciudad no le disgustaba, pero prefería el campo, las pequeñas aldeas, las colinas, los bosques.

Le gustaba caminar, y en otro tiempo había sido una gran caminante. Lo seguiría siendo de no ser por su cuerpo ahora frágil.

Había olvidado buena parte de las imágenes de su infancia y juventud, pero le era fácil rememorar las caminatas de entonces y sus paisajes a través de bosques y valles. Le bastaba para ello recorrer los trazos de esos mismos caminos sobre alguno de aquellos mapas irlandeses que tanto le gustaba mirar.

No recordaba la última vez que había visto un atardecer desde una colina, pero sus mapas favoritos eran aquellos en los que podía leer el relieve, e imaginaba sobre ellos puestas de sol y amaneceres, auroras y arreboles, y cómo habrían estos de verse desde una u otra atalaya.



Hoy sabemos que esos mapas sí fueron obra de Fitzpatrick. Las técnicas modernas, a través del análisis de tintas y papeles, permiten dar por segura esta hipótesis. Pero aunque la ciencia venga a corroborar la autoría de los trazos, deja sin aclarar el porqué de las imprecisiones y la falta de rigor de estos.



Esa explicación, sospechada desde hace años y solo validada por un análisis biográfico concienzudo y el oportuno hallazgo fortuito de los diarios de su mujer, reside tan solo en la sentimentalidad del propio Fitzpatrick.

Igual que podemos afirmar que fue él quien ejecutó los mapas, sabemos hoy con seguridad que también fue él quien pergeñó esas falsedades. No hay duda de que el dibujo salió de sus manos, pero tampoco la hay de que las irrealidades y exageraciones que pintó salieron de su imaginación.

Fitzpatrick perdió a su primera mujer tras el nacimiento de su único hijo, y se casó de nuevo años después con Mary Ferguson, una joven de origen irlandés y familia acomodada. A los cincuenta años, Mary sufrió un accidente que la dejó postrada en cama durante meses, y tras el cual quedó con una salud muy débil. Tan débil que ella apenas podía salir a la calle y pasaba los días en casa, entregada a alguna de sus aficiones y mirando el tránsito de paseantes a través de la ventana.

Mujer apegada a los espacios abiertos y con gran amor por los paisajes de su Irlanda natal, su marido compró para ella algunos cuadros de pintores irlandeses y tema paisajístico, con la esperanza de que aquello pudiera ayudarla a combatir la melancolía y el enclaustramiento al que se veía obligada. Pero más allá de alguna mirada breve y una punta de anhelo de tarde en tarde, no eran las escenas irlandesas de esas pinturas las que mejor servían a aquella causa. Mejor bálsamo era la literatura, en especial los relatos viajeros y algún que otro poema. Y sobre todo, los mapas. Ningún otro arte salvo el de los mapas le resultaba sucedáneo eficaz y verídico de esa realidad exterior de la que ahora se veía privada.

Aquellos, por suerte, no faltaban en casa de los Fitzpatrick. Y de la misma manera que se sentaba a leer una novela, pasaba las horas delante de un mapa, escrutándolo como si tratara de visualizar y memorizar cada rincón para luego ser capaz de imaginarse allí.



No hay razón para sospechar que Fitzpatrick leyera los diarios de su mujer, aunque es probable que supiera de su existencia. Ella no habla de su costumbre diarística como algo oculto, sino como una ocupación que debía ser bien

conocida en su círculo más inmediato, por otra parte lógica y esperable para alguien en sus circunstancias. Si Fitzpatrick supo de la pasión cartográfica de su mujer no fue gracias al recuento que esta hacía de sus excursiones sobre pliegos y trazos, sino por mera observación y sin aplicar más que un poco de suspicacia. Por lo que podemos deducir de sus anotaciones, ella no se lo hizo saber de manera directa, no le habló de la evasión que suponían aquellos mapas, o al menos no con la elocuencia y la sinceridad con que lo describe en las entradas de su diario.

Fue al descubrir esto que Fitzpatrick comenzó a crear otras clase de mapas además de los que su trabajo le exigía. Conocedor de la geografía personal de su mujer, empezó en secreto a poner sobre el papel los lugares que significaban algo para ella: escenarios de viajes que ambos habían hecho juntos, rincones sobre los que la hubiera oído hablar con emoción en otro tiempo, territorios de su infancia. Y camuflados como si fueran parte de su labor profesional, se los hacía llegar con aquella coartada para que ella pudiera después darse a su juego de exploración imaginada.

Fitzpatrick convertía en cartografía las fantasías de ella, sus recuerdos, sus ensueños. No se servía de los datos o del trabajo de campo, sino de su creatividad y su intuición cartográfica. A veces tomaba un mapa ya existente y lo replicaba, añadiéndole en el proceso los caracteres que sabía que ella encontraba más inspiradores. Exageraba la forma de un río, hacía más conspicuo un pequeño bosque. Otras, si lo que representaba era un lugar que su mujer no había visitado, inventaba todo a la medida de sus deseos. Se aseguraba así de que el mundo que ella recreara después en su imaginación fuera aquel que más emoción pudiera despertarle.

Ya no operaba como un cartógrafo, sino al otro lado de esa delgada línea que separa la cartografía de la pintura, como un pintor de territorios que interpretaba la realidad sobre el criterio emocional de su mujer.



Al cartógrafo le basta serle infiel a la realidad para dejar de oficiar como simple transcriptor de mundos y convertirse en un creador y narrador de universos.

Fitzpatrick llevaba a casa aquellos mapas como un fruto más de su trabajo, y ella los observaba de la misma manera que lo hacía con otros, acaso con más placer, pero sin intuir la falta de rigor voluntaria en que se sustentaban. Sin ese engaño, las mentiras de esas cartas dejaban de tener sentido.

Lo más probable es que Mary Fitzpatrick nunca sospechara que ese mundo que soñaba a través de los mapas de su marido era irreal y no tenía otro visitante salvo ella misma. Que existía solo en sus pensamientos y en esos papeles pintados. Que estaba hecho para su solo disfrute.

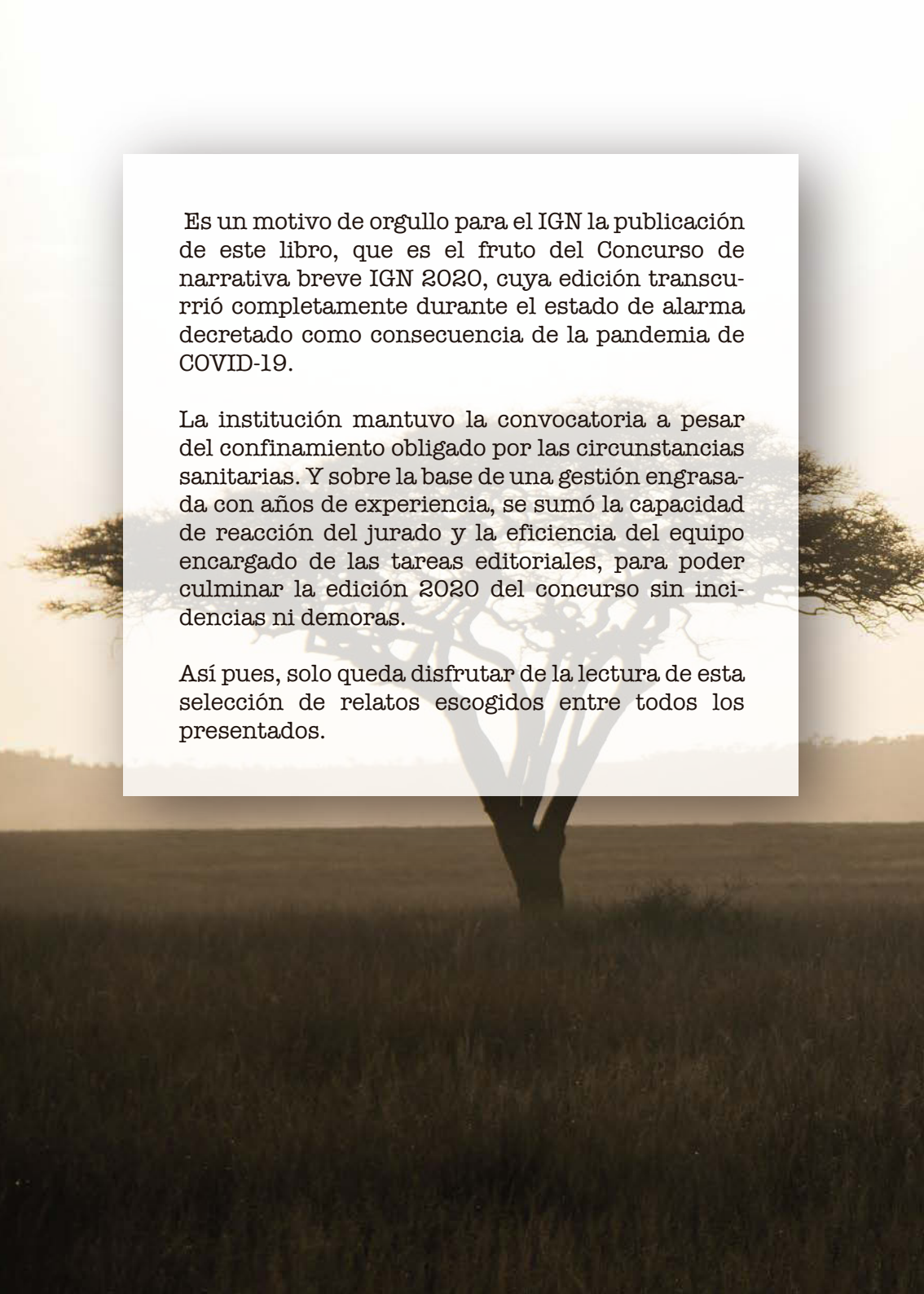


Apenas se conservan hoy un puñado de esos mapas que Fitzpatrick hizo para su mujer, aunque se sabe que fueron muchos más. No había especial razón para preservarlos y catalogarlos más allá de su atractivo estético, una vez que se aceptó como válida la tesis de que no eran obras suyas. A la mayoría hace tiempo que se les perdió la pista.

Sus otros mapas, los profesionales, los que elaboró sin el sesgo de lo emocional, aparecen de cuando en cuando en alguna subasta humilde. Se venden a precios más modestos que otrora, valorados más por la mera antigüedad que por el prestigio de su autor.

De salir a la venta alguno de aquellos que entonces fueron puestos en duda, es de suponer que alcanzaría un valor mayor, como sucede con lo desacostumbrado y con todo aquello que arrastra una historia de esta clase. Mientras tanto, los mapas oficiales de Fitzpatrick parecen ser ahora piezas menores, porque de qué otra forma podría ser si detrás de ellos hay labor y artesanía, pero no romanticismo ni ternura. Como si, a la sombra de los que creó al gusto exacto de su esposa, estos fueran más correctos, más exactos, pero hubieran perdido toda la ensoñación que siempre ha de contener un mapa.





Es un motivo de orgullo para el IGN la publicación de este libro, que es el fruto del Concurso de narrativa breve IGN 2020, cuya edición transcurrió completamente durante el estado de alarma decretado como consecuencia de la pandemia de COVID-19.

La institución mantuvo la convocatoria a pesar del confinamiento obligado por las circunstancias sanitarias. Y sobre la base de una gestión engrasada con años de experiencia, se sumó la capacidad de reacción del jurado y la eficiencia del equipo encargado de las tareas editoriales, para poder culminar la edición 2020 del concurso sin incidencias ni demoras.

Así pues, solo queda disfrutar de la lectura de esta selección de relatos escogidos entre todos los presentados.